



TAMARA

Gill

INFIERNO EN
EL CORAZÓN

LIGA DE CABALLEROS INCASABLES. LIBRO 2

INFIERNO EN EL CORAZÓN

LIGA DE CABALLEROS INCASABLES. LIBRO 2

Traducido por
JORGE RICARDO FELSEN



ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Otras Obras de Tamara Gill](#)

[Acerca de la autora](#)

CRÉDITOS

Infierno en el corazón
Liga de Caballeros incasables, Libro 2
Copyright © 2020 por Tamara Gill
Traducido por: Jorge Ricardo Felsen
Arte de portada por Wicked Smart Designs
Todos los derechos reservados.

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del escritor o se han utilizado de forma ficticia y no deben interpretarse como reales. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos reales, lugares u organizaciones es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Sin limitar los derechos de autor reservados anteriormente, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o introducida en una base de datos y sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o medio (electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de otro tipo) sin el previo permiso por escrito tanto del propietario de los derechos de autor como de los editores anteriores.

Explorar las arenas del Medio Oriente mientras aprende sobre culturas antiguas y civilizaciones enterradas es todo con lo que sueña la señorita Hallie Evans. Pero cuando un escándalo inminente la obliga a regresar a Inglaterra, sus esperanzas y sueños se destruyen. Ahora, como arqueóloga contratada por ricos, Hallie explora y estudia las antiguas ruinas excavadas en sus propiedades.

El vizconde de Duncannon, Arthur Howard, quedó cautivado después de un encuentro casual con la señorita Hallie Evans hace varios años. Ella le dejó una impresión que nunca se desvaneció. Pero cuando sus caminos se cruzan nuevamente, Arthur está decidido a ganarse el corazón de Hallie esta vez, a toda costa.

A medida que los secretos enterrados de Hallie comienzan a salir a la luz, ninguno de los dos puede evitar que la sociedad descubra la verdad. Ahora, Arthur debe elegir entre el amor y el deber familiar. ¿Podrá Hallie detener a quienes amenazan su sustento por una oportunidad real de amor verdadero?

Surrey 1813

Hallie estaba sentada a la mesa del desayuno con su papá, leyendo los últimos artículos que habían salido de Egipto y los maravillosos hallazgos de la antigua tierra que había estado enterrada durante miles de años.

Suspiró, mirando por la ventana la triste y húmeda mañana, soñando con el calor, la arena y la cultura. Donde las especias flotaban en el aire y vigorizaban el alma. No como su vida aquí en Surrey, donde hacía poco más que cuidar el jardín y leer en la biblioteca.

Su padre se aclaró la garganta para llamar su atención. "Hallie querida, hay algo que necesito discutir contigo. Es de gran importancia, así que déjame terminar antes de decir algo."

Hallie dejó su periódico y se volvió hacia su papá. "Por supuesto."

Su padre, un caballero, pero con tierras y fortuna limitada, sonrió un poco y ella frunció el ceño, preguntándose por qué parecía tan nervioso. Se le formó una ligera capa de sudor en la frente y, con la servilleta, se la secó.

"Mi querida niña, esto no es fácil para mí decírtelo, y por favor quiero que sepas que lo hago solo porque tengo en el corazón lo mejor para tí."

Ella se recostó en su silla, un nudo duro formándose en su estómago. "Por supuesto," se las arregló, aunque temía que esta conversación era diferente a cualquier otra que habían tenido antes. Algo andaba mal, pero qué era eso que en parte no deseaba saber.

"Te voy a enviar a una escuela en Francia. La escuela de refinamiento para niñas de Madame Dufour es muy recomendable y con tu amor por la historia, creo que esto será bueno para ti. Nunca vas a lograr tus sueños con solo leer los libros de mi biblioteca. Todos los cuales, lamentablemente, son pocos y serán menos aún en los próximos meses."

"¿Me estás enviando lejos? ¿Por qué papá? No entiendo."

Él suspiró y se inclinó sobre la mesa para tomar su mano. Su toque era cálido y, sin embargo, la idea de dejar a Surrey, su papá, la dejó fría.

"Puede que haya nacido caballero, el cuarto hijo de un barón, pero el simple hecho de estar relacionado con la aristocracia, por muy distante que sea, no te hace ganar dinero. He conservado la casa todo el tiempo que pude, pero no sirvió de nada y solo ayer me alegra decir que la he vendido".

Hallie jadeó, apartando su mano. "¿Vendiste nuestra casa?"

Su padre ignoró su tono acusatorio y asintió. "Lo hice, y con los fondos me compré una pequeña cabaña en Felday. Es una casa de campo de dos dormitorios que da a la plaza del pueblo y creo que nos sentará bien. Todas nuestras posesiones que podamos llevar, vendrán con nosotros, los libros también, así que creo que podemos hacer nuestra la cabaña y estar muy cómodos allí".

Ella negó con la cabeza, sin creer lo que estaba oyendo. "Papá, nuestra vida está aquí. Nací en esta misma habitación. Mis últimos recuerdos de mamá están aquí. Por

favor reconsideralo."

Su padre echó la silla hacia atrás, raspando los pies contra el suelo. Hallie hizo una mueca mientras se acercaba a la ventana, con vistas a las malvas y rosas afuera.

"¿No crees que lo sé, querida? ¿No sabes que me rompió el corazón vender nuestra casa, pero era eso, irme con algunos fondos o irme sin nada? Elegí lo primero. La venta fue rentable y tengo suficiente para el resto de mis días y para darte una pequeña dote junto con tu educación en Francia."

Se dio la vuelta y se acercó a ella, haciendo que Hallie se pusiera de pie. "Debes prometerme que usarás tu tiempo en la escuela para mejorarte. Ármate con tanto conocimiento que nada ni nadie se interpondrá en tu camino. Que correrás con tu inteligencia que sé que tienes y harás una vida con ello. Conoce el mundo, visita tu amado Egipto sobre el que siempre está leyendo," dijo, mirando su artículo, "y vive una vida plena y feliz. Tal como tu mamá y yo siempre deseamos. Siempre serás bienvenida en la cabaña cuando estás en casa."

Hallie se tragó el nudo en la garganta, nunca antes había escuchado a su padre hablar de esa manera. "Te lo prometo, papá. Te haré sentir orgulloso y antes de irme, juntos nos aseguraremos de que la cabaña sea como nos gusta. Conviértelo en nuestro nuevo hogar lejos de este."

Su papá la abrazó con fuerza y Hallie lo rodeó con sus brazos, notando por primera vez lo frágil y mucho mayor que era, lejos de lo que ella pensaba. Ella lo apretó con más fuerza, deseando que la vida se detuviera por un momento, que se detuviera y se quedara como estaba.

"Me alegro que hayas dicho eso, querida. Porque tengo al viejo granjero McKinnon que vendrá mañana con su carro para ayudarnos a mudarnos. Serán dos días muy ocupados."

Su padre caminó hacia la puerta, dirigiéndose hacia el vestíbulo. Hallie lo siguió. "Dos días. ¿Por qué dos días? ella preguntó.

Se volvió sonriendo. "Porque tenemos que estar fuera de casa en dos días. Te sugiero que termines el desayuno y empieces a empacar."

Hallie lo miró fijamente, cerrando la boca con un chasquido. La casa no era pequeña, y la idea de empacar, recoger lo que guardarían y dejarían la dejó momentáneamente aturdida. Sin embargo, ¿lo harían con una criada, una cocinera y un mayordomo?

Sacudiendo la cabeza, pero sin alejarse del trabajo duro, Hallie llamó a Maisie, su criada, para que la ayudara. Si solo tenían dos días, solo le tomaría dos días completar la reubicación de sus pertenencias. Se arremangó y se dirigió hacia las escaleras. "Creo que empezaré con el dormitorio de invitados primero y seguiré hasta el final," se dijo en voz alta. Decidida a cumplir la fecha límite de su padre y rodar con las piedras que la vida le lanza a uno, esquivando en consecuencia.

1817 Día de Año Nuevo - Felday

Era la peor forma de empezar el año nuevo. Hallie estaba junto a su carruaje en la puerta del patio de la iglesia, odiando el hecho de que ahora era huérfana. Incluso si tenía veintitrés años, su edad no cambiaba el hecho de que, aparte de sus amigos de la escuela, estaba sola en el mundo.

La nieve caía a su alrededor, húmeda y miserable, miró al cielo, deseando estar en cualquier lugar menos aquí. En algún lugar caliente para que sus huesos no le dolieran más y su nariz no se sintiera como si fuera a caerse.

El cochero la ayudó a subir al vehículo y ella se dirigió a casa. La pequeña cabaña que ahora cerraría y dejaría atrás. Su padre siempre había querido que ella viviera su vida, utilizara su educación para explorar, aprender y disfrutar del mundo que la esperaba.

Ahora cumpliría su deseo y viviría. No sobreviviría en esta Inglaterra fría y húmeda.

El viaje a Felday fue de corta duración, y Hallie miró por la ventana, pensando en su papá en sus últimos días. Para cuando falleció, no era más que un caparazón de su antiguo yo. Un tumor en el riñón de su padre, según creía el médico, la reveladora piel amarillenta y los ojos de su padre era una señal de que algo no andaba bien dentro de su cuerpo.

Su único consuelo a través de la terrible experiencia fue que él había sido feliz. Su padre aceptaba ayuda cuando la necesitaba, leía y hablaba como siempre lo habían hecho durante las últimas semanas. A veces, Hallie incluso podía imaginar que no estaba enfermo, pero esos momentos eran fugaces.

El carruaje se detuvo rápidamente y ella se deslizó del asiento, aterrizando con un empujón en el suelo. Luchando por levantarse, Hallie escuchó una conmoción afuera y abrió la puerta, queriendo ver cuál era el problema.

Saltó, la nieve bajo los pies crujía con cada paso. Hallie se acercó al frente del carruaje y vio a un hombre, o mejor aún, a un caballero de pie y hablando con su conductor. Él era alto, su ropa estaba mucho mejor hecha que la de ella, su abrigo estaba cortado a la medida de su figura musculosa y sus piernas eran largas y bien definidas por horas sobre el lomo de un caballo. Bien afeitado, su mandíbula se cortaba, sus labios gruesos. Un suspiro exhaló al verlo. Cielos, Felday no lucía hombres como él. Hallie se cubrió con la capa, para que no viera su propia ropa pasada de moda que había visto años mejores: su vestido de luto que le había transmitido su madre.

"Oh, señorita. Debo pedirle usar su vehículo si no le importa. Compártalo conmigo. Verá, mis amigos me han jugado una mala pasada y me han robado el caballo y estoy atrapado en medio de la nada sin saber qué camino tomar."

Hallie miró fijamente al Adonis mientras su mente se apresuraba a formar una respuesta. Llevaba un gorro de piel y un gran pañuelo de lana alrededor del cuello, pero aun así ella vio la insinuación de cabello rubio debajo. Sus ojos estaban muy abiertos y claros, de un hermoso tono azul oscuro, su nariz recta insinuaba su crianza, sin mencionar

sus labios ... Eran gruesos, más gruesos que quizás los suyos, y por un momento Hallie pensó que estaba mirando a un ángel. enviado para hacerla sentir mejor en este triste día.

"¿Señorita?" preguntó de nuevo. "¿Cree que podría llevarme al pueblo más cercano?" Se abrazó a sí mismo y ella se dio cuenta del viento helado.

"Señorita Evans, no sabemos quién es este hombre. Podría ser un asesino, un salteador de caminos." Su cochero señaló hacia Felday. "Camina en esa dirección y en una hora más o menos llegarás a Felday."

"Estará oscuro en media hora," dijo el caballero, volviéndose hacia Hallie. "Por favor, señorita Evans, si ese es su nombre. Por favor, ¿puede alcanzarme?"

Hallie suspiró. "¿Cuál es su nombre señor?"

Levantó la barbilla y se inclinó un poco. "Arthur Howard a su servicio."

Ella arqueó la ceja, sacudiendo un poco la cabeza. "Bueno, en realidad no, soy yo quien está a su servicio, ¿no es así?"

El señor Howard sonrió y el estómago de Hallie dio un vuelco absurdo ante el gesto. Se ajustó el chal y retrocedió para abrir la puerta del carruaje. "Vuelva a Felday, John, y dejaremos al señor Howard en la posada. Estoy segura de que podrá alquilar un caballo allí mañana."

Hallie se recostó en los cojines y tiró de la manta del carruaje para que descansara sobre sus piernas. El señor Howard saltó tras ella y cerró la puerta en la fría tarde.

"Gracias de nuevo, señorita Evans por recogerme. Tenía un caballo, ¿comprende? Pero también tengo amigos que piensan que es una broma llevárselo."

Ella lo estudió un momento, su forma de expresarse era bastante apropiada y correcta. "¿Se queda cerca?"

"Me estaba quedando en Felday Manor y regresaba a Londres con un grupo de amigos cuando me detuve... Ah, me detuve un momento y me interné en el bosque, fue cuando regresé a la carretera que encontré que mi caballo y mis amigos se habían ido".

Hallie negó con la cabeza ante tal absurdo. El hombre no estaba vestido para dejarlo al aire libre durante la noche y, con la nieve cayendo con fuerza, habría estado muerto por la mañana si tenía que llegar a Felday a pie.

"Está equivocado, señor Howard, porque ningún amigo haría tal cosa, ciertamente no en esta época del año."

Él asintió con la cabeza, aparentemente tomando su punto, antes de sentarse, cruzando los brazos sobre su pecho en un esfuerzo por mantenerse caliente. "¿Qué la trae en un día tan frío, señorita Evans?" Él sonrió después de su pregunta y ella se compadeció de su respuesta. Pronto la miraría con dolor y simpatía como todos los demás en la aldea de Felday.

"Enterré a mi padre hoy, vuelvo a casa de la iglesia."

Su boca se abrió de golpe y ella apartó la mirada de él para mirar hacia afuera. Pronto, muy pronto estaría lejos de todo este frío, esta tristeza y su vida comenzaría.

"Señorita Evans, lo siento mucho. Si lo hubiera sabido, nunca me habría entrometido. Debe perdonarme. Estoy más que arrepentido de que mis amigos eligieran un momento tan inapropiado para hacerme el tonto".

El carruaje pasó frente a algunas casas de campo alejadas del condado y Hallie se volvió hacia el hombre que se había puesto tan blanco como un fantasma. "Se esperaba la muerte de mi padre, señor Howard, y ahora ya no sufre. De vuelta en la mano de Dios y estoy feliz por eso. No necesitas disculparte. En una noche como esta, no hubiera sido cristiano haberle dejado en el camino".

Se acercó y le estrechó la mano. "Aun así, como hombre que también ha perdido a sus padres, entiendo lo difícil que debe haber sido hoy para usted. Me da pena haberme entrometido en un momento así".

Sacudió la cabeza, secándose una lágrima que le calentó la mejilla. "Gracias. Eso es muy amable, pero no se preocupe. Vivo en Felday y, de todos modos, regresaba."

El carruaje se detuvo y Hallie miró por la ventana. La posada tenía dos caballos en la parte delantera y, curiosamente, se estaban descargando tres carruajes. No era habitual ver a tanta gente en la posada y Hallie frunció el ceño. "Señor. Howard, esta es la posada en Felday, será mejor que vaya adentro y vea si hay una habitación disponible. Le deseo lo mejor", dijo ella, tendiéndole la mano. La recogió y en lugar de agitarla, se la llevó a los labios y la besó suavemente.

Un escalofrío recorrió su piel y sonrió un poco para ocultar su reacción a su toque.

"¿Tiene que ir muy lejos esta noche, señorita Evans?" Señaló por la ventana al otro lado de la plaza de la ciudad a una pequeña residencia con techo de paja. "Vivo justo allí, señor Howard. Creo que encontraré el camino a casa lo suficientemente bien".

Asintió, alcanzando la puerta. "Gracias de nuevo y le deseo lo mejor."

Hallie lo miró a los ojos, bebiendo de su belleza mientras cerraba la puerta detrás de él. Cuando se perdió de vista, Hallie suspiró aliviada. Mantener la calma ante un hombre tan guapo era digno de un premio. Su padre habría pensado que era una broma que un apuesto extraño llegara el día en que ella le decía adiós. Aunque en verdad se había despedido de su papá semanas atrás.

Y pronto, muy pronto también se despediría de Inglaterra. Y saludaría a Oriente Medio y todo lo que la esperaba allí. Una vida, como la llamaba su padre.

Un nuevo comienzo. Egipto.

* * *

LORD ARTHUR HOWARD, el vizconde Duncannon asesinaría a sus amigos cuando regresara a Londres. No solo por marcharse con su preciado caballo castrado que le había costado más de quinientas libras, sino porque su estupidez lo había obligado a entrar en compañía de una mujer que acababa de enterrar a su padre.

De todas las cosas despreciables que pudiera hacer, Arthur no creía que podría haber hecho algo tan desconsiderado y humilde si lo intentaba.

Se volvió y observó el carruaje mientras se alejaba por el pequeño camino de grava que rodeaba la plaza del pueblo hasta que se detuvo frente a la cabaña con techo de paja al otro lado del camino. La puerta de la casa se abrió y se cerró y el carruaje partió. Arthur abrió la puerta de la posada, satisfecho de que la señorita Evans hubiera regresado a casa ilesa.

Entró en la taberna delantera y se encontró con una escena de caos total. El lugar estaba lleno hasta el tope de gente, y el camarero y su esposa parecían estar corriendo como si no supieran qué hacer.

Arthur se acercó a la barra y llamó al camarero que estaba sirviendo dos cervezas. "Señor, ¿puedo pedirle una habitación? Necesito una sola para una noche si me complacen y me muestran dónde puedo ir".

El camarero, un caballero alto y de aspecto musculoso, lo miró y sonrió. "Oh, sí, sí, y todos los demás por lo que parece. Estoy lleno. Tendrás que encontrar otro lugar para estacionar tu trasero esta noche."

"Estoy más que dispuesto a dormir en la taberna si no hay otro lugar."

"La taberna también está llena. Tengo tres carruajes y dos vagones más en la parte de atrás. Lleno de la nobleza y su personal que se perdieron hoy. No tengo espacio para ti aquí. Puedes dormir en los establos si quieres, pero te costará un chelín".

"Gracias por su generosidad," dijo, dudando que el hombre entendiera el sarcasmo en su tono. Arthur volvió al exterior. Ahora estaba completamente oscuro, y se dirigió a los establos que estaban en un lado del edificio. El aire frío hizo que le dolieran los huesos y, al entrar en el granero, se sentó en un montón de heno cercano que estaba un poco protegido del viento.

Se sentó allí un rato, frotándose las manos, pero no sirvió de nada. Nunca llegaría a dormir y no solo eso, dudaba si sobreviviría a la noche. ¿Quién diría que Surrey podría tener tanto frío? Cómo daría cualquier cosa en este momento por estar de vuelta en Londres, en su cálida y cómoda casa en Berkley Square, donde podría apilar su fuego hasta que rugiera y no se pudiera filtrar frío en sus huesos.

Echó un vistazo a las puertas del establo y desde allí pudo ver la casita de la señorita Evan, la luz de las velas parpadeando en la habitación detrás de las cortinas. Se puso de pie, paseando y tratando de calentarse las extremidades. Su mente zumbó al imponerse de nuevo. Arthur murmuró improperios. No podía molestarla por segunda vez en cuestión de horas, especialmente después del día que había soportado. Flexionó los dedos, incluso con sus guantes de piel de cabrito, estaban rígidos y doloridos. Sus pies hormigueaban por la falta de flujo sanguíneo.

Maldita sea, maldijo. Arthur se puso de pie y se dirigió hacia su residencia. Era la acción más absurda e intrusiva que había realizado en su vida, pero era pedir refugio o morir congelado. Algunos hombres, hombres fuertes, pueden soportar una noche en los establos, al aire libre sin fuego ni manta, pero él no era uno de ellos.

Debatió su elección casi un momento mientras se encontraba fuera del umbral pintado de verde antes de golpear con fuerza contra la madera.

La señorita Evans la abrió, y ahora, sin su gorro negro, vestido de luto negro y la gran capa de viaje, no se parecía a nada que hubiera visto en su vida.

Antes parecía un cuervo en el carruaje, pero ahora ... Ahora no era nada de eso.

Hizo una reverencia, sin saber qué hacer cuando uno se quedaba sin palabras, por lo que volvió a caer en ser un lord, recordando sus modales cuando se encontraba con una dama. "Señorita Evans, me estoy arrojando a sus pies. Por favor, compadézcase y permítame quedarme aquí esta noche. No quedan habitaciones en la posada, y después

de haber estado sentado en el establo la última hora, me doy cuenta de que no sobreviviré la noche si me obligan a quedarme allí”.

Sus ojos se abrieron y miró más allá de él hacia la posada antes de que su atención volviera a él. Sus ojos, ahora que podía distinguir mejor su color, eran de un verde claro con una pequeña mancha de azul a través de ellos. Eran grandes, en forma de almendra, y sus mejillas eran del más dulce tono rosado. En cuanto a su cabello, era largo y oscuro y tenía la extraña sensación de querer ver si era tan suave como parecía. Visiones de ella cayendo en cascada sobre sus hombros desnudos en medio de la pasión llenaron su mente y maldijo sus pensamientos descarriados.

La señorita Evans no era una de las muchas mujeres de Londres que caían a sus pies. Ella era una mujer independiente y honorable. Sus pensamientos eran deshonorosos y nada útiles.

Ante su continuo silencio, él dijo: “Por favor, señorita Evans. Le pagaré generosamente si me lo permite”.

Sus palabras llamaron su atención y ella dio un paso atrás, permitiéndole entrar. “Muy bien, puede dormir frente al fuego, Sr. Howard.”

Arthur se dirigió directamente hacia el fuego, de pie de espaldas a él y prometiéndose a sí mismo que mataría a sus amigos cuando los volviera a ver. “Muchas gracias. Le pagaré lo que quiera, solo diga su precio”.

Ella arqueó la ceja. ¿Cualquier precio, señor Howard? ¿Es rico?”

Ella vino y se sentó en el sofá frente al fuego y él se rio entre dientes. Era un caballero adinerado, un vizconde nada menos, y uno con múltiples propiedades y tierras tanto en el campo como en Londres. Ella podía decir cualquier precio que quisiera y él lo pagaría. Cualquier cosa era mejor que morir congelado afuera. Por un lado, su abuela se sentiría muy decepcionada si muriera en Surrey antes de casarse con una de las muchas herederas de su elección. Un Duncannon debía estar casado con riqueza y conexiones. Morir congelado sin cumplir con el deber familiar sería una catástrofe.

“Lo que quiera, señorita Evans. La decisión es suya.” Ella se volvió a sentar en el salón y él miró hacia abajo para ver que solo tenía un par de calcetines en los pies. La escena era terriblemente íntima, algo que un esposo y una esposa pueden hacer a altas horas de la noche cuando todo su personal estaba en la cama. Levantó las piernas y las colocó debajo de su trasero y sus labios se crisparon.

Arthur se miró a sí mismo, sus botas hasta la rodilla hechas por el mejor zapatero de Londres. Sus pantalones de piel de ante y sus guantes de piel de cabrito junto con su chaqueta de montar que valía más de lo que supondría el coste de esta pequeña cabaña. Por no hablar de su gran abrigo y gorro de piel. Miró a su alrededor, viendo muchos libros, pero poco más. El salón en el que se sentaba la señorita Evans estaba raído y gastado, y el distintivo olor a grasa animal le dijo que no usaba velas de sebo.

“Tienes muchos libros aquí”, afirmó con total naturalidad.

Ella miró a su alrededor. “Sí, eran de mi padre. Solíamos vivir en Felday House a tres millas de la ciudad. Mi padre atravesó tiempos difíciles y nos vimos obligados a mudarnos”.

Frunció el ceño, no le gustaba que tanto dolor y sufrimiento hubieran caído sobre la

generosa, y si no se equivocaba, inteligente mujer antes que él. "Lo siento, señorita Evans. Eso debe haber sido un golpe terrible para su familia". Se quitó los guantes y se los metió en el bolsillo. "Pareciera otro paso en falso ya que estuve en Felday House hoy mismo. Por lo que vale, la casa era hermosa".

Ella se encogió de hombros. "Han pasado cuatro años desde que me mudé aquí, y he estado en la escuela la mayor parte de ese tiempo. Pronto me iré de nuevo, cerraré la cabaña y comenzaré mi nueva vida en el extranjero".

"¿Se marcha?" Arthur hizo a un lado la extraña punzada de arrepentimiento que sintió al escuchar tales noticias. ¿Por qué sentiría tal emoción? No era como si la conociera lo suficiente como para verse afectado por esa información, y después de hoy probablemente nunca volverían a encontrarse. Y, sin embargo, la idea de que nunca la volvería a ver lo ponía melancólico. Un estado al que no estaba acostumbrado.

"Lo hago. Me ofrecieron un puesto como asistente del Sr. Shelly, un egiptólogo de la Universidad de Cambridge. Viaja allí para estudiar la cultura, la historia y los sitios históricos, por supuesto. Voy a ayudarlo con esos esfuerzos".

Arthur no estaba seguro de cómo responder a tal afirmación. Conocer a una mujer que se iba a embarcar en un viaje así ... Bueno, simplemente no era algo que hiciera el sexo opuesto. Qué espléndido e intimidante al mismo tiempo.

"Qué extraordinario de tu parte." Se maravilló de ella. "¿No tienes miedo? No creo que Egipto sea el país más fácil de vivir, ni el más genial".

Ella se rio y sus rasgos se iluminaron con la acción. Arthur no podía apartar la mirada de su rostro bonito y su naturaleza dulce por su vida. No todos los días uno encontraba a alguien en el camino que aceptaba a un extraño en su casa. Que era a la vez hermosa e inteligente. Algo le dijo que la mujer que tenía ante él podía mantener una conversación inteligente que no incorporase solo discusiones sobre los escándalos actuales o la moda.

"Me imagino que no," dijo. "Pero creo que me gustará el calor. Estoy tan harta del frío". Cerró los ojos, sosteniendo su rostro contra el techo como si ya pudiera sentir el calor del sol en su piel. "Me voy mañana a Londres para tomar un barco al día siguiente, así que será mejor que me guste, ¿no?"

Arthur se rio. "Supongo que sí." Caliente ahora, se sentó, pero en lugar de sentarse en la única silla con respaldo de cuero a su izquierda, fue y se sentó junto a la señorita Evans.

"¿Puedo saber su nombre de pila, señorita Evans? Puedes llamarme Arthur si quieres."

Ella se volvió y su inspección hizo que la sangre bombeara más rápido por sus venas. Qué extraño. Nunca antes había estado tan desconcertado con una mujer, y quizás era simplemente porque la mujer a su lado era inteligente y pronto sería más mundana que él también.

"Puedes llamarme Hallie. Ya que te vas a quedar aquí, supongo que todo estará bien". Se reclinó en el sofá y Arthur estudió el fuego.

"¿Has pensado en lo que te gustaría de mí como pago por dejarme quedarme aquí? Quise decir lo que dije cuando dije que puedes tener lo que tu corazón deseé".

Hallie frunció los labios y él tragó. Maldita sea, realmente necesitaba ganar modales. A continuación, estaría escupiéndole poesía de amor a sus pies si tan solo le diera un beso

con su bonita boca. Estudió su perfil por un momento, su cuerpo se tensó al verla mordiendo el labio inferior recordándole.

Maldición. Él se encogió. Qué canalla era. Un pícaro típico de Londres sin consideración por los demás.

"Necesito algunos fondos para mi viaje. Tengo muy poco, ves. Mi padre no me dejó mucho, y aunque la cabaña se alquilará mientras esté fuera, no tendré acceso a esos fondos mientras esté en Egipto". Ella lo miró y el calor lamió su espalda. "Así que, por ayudarte hoy en el camino, y esta noche, me gustaría cincuenta libras, si quieres."

Cincuenta libras ... Bueno, ella hizo un buen trato, pero él estaba dispuesto a ceder. Él asintió con la cabeza, pero de ninguna manera planeaba dejarle una cantidad tan pequeña. La mujer que estaba a su lado merecía mucho más que eso, y le daría el doble antes de marcharse al día siguiente.

"Considéralo tuyo."

Sus ojos se iluminaron de placer. "Gracias, eres muy amable. Me había preocupado cómo pagaría las cosas mientras estaba fuera. El puesto con el Sr. Shelly paga muy poco, y su dinero evitará que tenga que vender algunos bienes del hogar y objetos de valor que tengo aquí". Se puso de pie, dobló una pequeña alfombra que se había cubierto las piernas y la dejó en el sofá. "Ya ves, no me queda mucho de papá, así que estaba triste de tener que vender cosas para hacer lo que sé que él quería que hiciera en mi vida. Qué favorable que tus amigos te jugaran una mala pasada después de todo. Qué oportuno para mí".

Arthur se puso de pie, sintiendo que ella lo iba a dejar solo. "Ha sido un honor para mí conocerla, señorita Evans ... quiero decir, Hallie."

Ella sonrió y una vez más la visión de ella le hizo perder el equilibrio. ¿Cómo fue que un simple gesto lo dejó aturdido? "Lo veré en la mañana, Sr. Howard."

"Arthur, por favor," dijo, queriendo escuchar su nombre una vez más en sus labios.

"Arthur ..." repitió, dándose la vuelta.

El pánico se apoderó de él porque su tiempo juntos estaba llegando a su fin. Extendió la mano, deteniéndola. "Antes de que te vayas, ¿podemos brindar en honor a tu padre?"

Ella pareció pensarlo un momento, antes de asentir. Arthur observó mientras ella entraba a su pequeña cocina justo al lado de la habitación, el sonido de un armario abriéndose y cerrándose y el tintineo de vasos le decía que había aceptado.

Él le lanzó una pequeña sonrisa cuando ella regresó con dos vasos de vino tinto y le entregó uno. "Para mi padre. Un hombre de sabiduría y bondad". Ella saludó y Arthur hizo lo mismo.

"Por el Sr. Evans."

Observó como ella bebía un sorbo de vino, con una sola gota en el labio. Sin pensarlo, extendió la mano, limpiándola con el pulgar. Su mirada se desvió hacia él, sus ojos muy abiertos y conmocionados. Esperaba ver reproche en su vibrante mirada verde, pero no lo hizo. En todo caso, la mirada se posó en sus labios y se le erizó el vello de la nuca.

Demonios, ella era una belleza. Un tesoro escondido en medio de la nada.

Habiendo tenido una buena cantidad de mujeres, podía leer los signos de necesidad tan bien como cualquiera, y su cuerpo se agitó ante la necesidad que emanaba de ella.

Arthur se inclinó hacia adelante y le tomó la cara. Se detuvo, pero un susurro de sus labios. Su aliento se mezcló, el aroma de ella, cálido y dulce, intoxicaba su alma. Nunca había conocido a alguien tan único. Una mujer tan diferente a con las que se esperaba que se casara. Ella era embriagadora.

"Voy a besarte, Hallie," dijo, rozando sus labios un poco contra los de ella. Como esperaba, eran suaves, dóciles debajo de los suyos.

Sin embargo, lo que no esperaba era que Hallie le devolviera el beso. No fue un beso de doncella, sino una exploración profunda y minuciosa de su boca. El eje en el que su mundo giraba, se inclinaba, aceleraba y giraba hacia un territorio desconocido.

Y estaba perdido con ella en medio de la nada y feliz.

Londres, temporada de 1824

Hallie estaba junto a sus amigos más cercanos del mundo en el baile de apertura para la temporada de Londres de 1824 de los duques de Whitstone .

Todos los que eran alguien habían aceptado la invitación a la casa del duque en Londres, que rara vez se abría en estos días debido al hecho de que el duque y la duquesa dirigían una exitosa finca de carreras de caballos. Una empresa tan grande los mantenía ocupados la mayor parte del año.

Pero, al igual que con personas de tan alto rango, a veces había un deber para con la nobleza y Su Excelencia tenía responsabilidades en la Cámara de los Lores.

"Tanta gente aquí. Estoy seguro de que no todos entraremos en esta sala si la gente sigue llegando."

Hallie asintió distraídamente a su amiga Willow pensando que podría tener razón. Sin embargo, el duque y la duquesa habían planeado bien y había otras opciones para sus invitados. Se había abierto un gran comedor durante toda la noche, junto con una sala de juegos que Hallie podía ver desde donde estaba y que ya estaba llena de caballeros jugando.

Las cuatro puertas de la terraza estaban entreabiertas, lo que permitía que un poco del exterior se adentrara. La noche era templada y un paseo o una conversación al aire libre no sería incómodo. Estar en Inglaterra y en una sociedad en la que nunca antes había circulado era extraño. Hallie miraba a la alta sociedad jugar, su mente siempre dividida estos días. Parte de su vida significaba que tenía que participar en este mundo. Dejarse ver gracias a su amistad con Ava, la duquesa de Whitstone. Pero su corazón también permanecía con su hijo, que en ese momento estaría profundamente dormido si su prima, que lo estaba criando, se hubiera apegado a la rutina de Hallie.

Hallie comprobó su vestido, agradecida de que su amiga Ava le hubiera prestado un vestido adecuado para la noche. Tenía muy poco, aparte de una educación y una casa de campo en Felday, a la que no podía regresar en este momento ya que estaba siendo alquilada. Pero un día volvería a casa con su hijo. La idea de su próxima excavación en Somerset ayudaría a lograr ese objetivo, y si pudiera conseguir más trabajo similar, su independencia financiera estaría asegurada.

Pasó un lacayo con una bandeja de champán y ella consiguió una copa, necesitando entereza para afrontar la noche, o al menos una persona que estaría aquí y no había visto en tres años, no desde la noche del incendio en la finca de Ava.

Lord Duncannon. El mismo hombre que había usado su casa y luego, incluso antes de que ella se levantara de la cama al día siguiente, se levantó y se fue sin decir una palabra. Él era un libertino y un charlatán, ambos cargos que ella podía poner en su puerta. Que el duque de Whitstone fuera el mejor amigo del caballero tenía poco sentido, y más de una vez le había preguntado a Ava cómo podía ser que su encantador y maravilloso esposo pudiera ser amigo de un idiota así.

Hallie negó con la cabeza, avergonzada por sus acciones esa noche en Felday. Lo que había hecho estaba tan fuera de lugar que uno pensaría que había perdido la cabeza. Muy posiblemente, considerando lo que hizo.

"Oh, mira, Ava y Su Gracia están abriendo el baile con un vals. Qué hermoso" dijo Evie, mirándolos con adoración y añoranza.

Un caballero se acercó a Evie, otra de sus amigas de la escuela que había sido enviada a Francia y la invitó a bailar. Hallie sonrió, contenta de que su amiga se estuviera divirtiendo. Incluso si solo bailara una vez esta noche, sería suficiente para Evie y haría que el baile fuera inolvidable en su opinión.

"Deja de apretar tu copa de champán, Hallie. Romperás el tallo de cristal".

Hallie relajó los dedos alrededor de su copa, sin darse cuenta de que la había estado sosteniendo con tanta fuerza. "Lo siento, estoy cansada, eso es todo. El viaje desde Egipto fue largo y no creo que todavía me haya aclimatado al clima más fresco. Tampoco he dormido muy bien ya que tengo que ponerme tantas mantas pesadas para no congelarme".

"Oh," dijo Willow, inspeccionándola como si estuviera inspeccionando un nuevo par de guantes de piel de cabrito. "Estás nerviosa."

Hallie frunció el ceño, se volvió para mirar a los bailarines e ignoró a su amiga. ¿Se había enterado de alguna manera de ella y su hijo? Ninguno de sus amigos sabía de su desgracia y nunca lo sabrían, no si ella pudiera manejarlo. Su hijo era feliz y vivía con su prima en Berkshire él sería criado sin que la mancha de bastardo empañara su nombre si ella podía evitarlo.

"¿Por qué tengo que estar nerviosa? Estoy a punto de comenzar mi propia excavación en Somerset. Estaré lejos de la terrible sociedad y no tendré a nadie más que a mí misma con quien lidiar durante los próximos tres meses. Soy la mujer más feliz aquí, estoy segura", se mintió, prefiriendo estar con su pequeño, pero no podía. Tenía que ganar dinero para asegurarse de que estuviera a salvo. Nada más importaba.

"Entonces, si te dijera que Lord Duncannon te estaba mirando desde el otro lado del salón de baile, ¿no reaccionarías?"

Sus piernas se debilitaron ante la idea de que él la estuviera mirando. Lo mejor que pudo, miró a su amiga, fingiendo indiferencia. "Dime que no es así." Ella no quería verlo y ciertamente no quería hablar con él. El señor Arthur Howard, de hecho, la había engañado años atrás, pero no la volvería a engañar. Ya había sido bastante malo a su llegada a Londres que se enterara de que él era el nuevo benefactor del Museo de Londres, el lugar donde ella debía entregar los últimos hallazgos del Sr. Shelly desde Egipto. Era el último de sus deberes con el egiptólogo, quien había declarado que esta era su última excavación en Egipto y, por lo tanto, su empleo con el caballero había terminado.

Afortunadamente, el día en que entregó los artefactos, Lord Duncannon había estado ausente y ella no había tenido la desgracia de tener que hablar con él.

"Lo está, y te ha estado mirando durante los últimos cinco minutos." Willow le lanzó una mirada curiosa. "¿Qué pasó entre ustedes dos? Parece que te quiere, pero eres muy fría y distante. No tiene sentido. Un matrimonio con un hombre tan grande te permitiría

hacer lo que quisieras por el resto de tu vida”.

"Excepto que no lo haría," replicó Hallie con vehemencia. Los Duncannon eran famosos por casarse bien. Ava había mencionado cuando regresó por primera vez de Egipto que los Duncannon anteponían la riqueza y la posición por encima de todo. Ella era madre de un niño, ilegítimo, además. Dudaba de que Lord Duncannon fuera tan favorable con ella si supiera su secreto. "Estoy demasiado abajo en la esfera social para ser otra cosa que un juguete para su señor." Como ya lo había descubierto. "Tampoco deseo convertirme en la amante de nadie."

"No necesariamente. Tomemos a Ava, por ejemplo, todavía es una exitosa mujer de negocios. Casarse con el duque no le ha impedido dirigir su propiedad de carreras”.

"El duque es una excepción a la regla." Había pocos hombres dentro de esta sociedad que permitieran tal libertad para sus esposas. Ava había tenido suerte en su elección. Hallie tendría suerte a su manera. Tenía a su hijo y él era su futuro. No necesitaba un marido mientras pudiera seguir trabajando y obteniendo ingresos.

Willow extendió la mano y le tocó el brazo. "Espero que no te alejes de la vida simplemente porque has amado y perdido, Hallie. Sé que amabas a Omar, pero ahora se ha ido, y existe la posibilidad de que encuentres ese tipo de amor de nuevo. Por favor, no sigas huyendo a las excavaciones arqueológicas para no tener que tener una vida. Queremos que seas feliz. Casarte y ser amada”.

Hallie suspiró. Cómo decirle a tus amigas que eso no es lo que ella quería. Realmente no. Estaría perfectamente contenta si no se casara en absoluto, siempre que pudiera continuar con su trabajo y hacer feliz y seguro a su hijo. Inglaterra estaba plagada de sitios históricos, en su mayoría romanos, y estaban esperando ser explorados. Tener un marido sólo interferiría en encontrarlos y dudaba que hubiera muchos hombres que quisieran tener un hijo ilegítimo a su cargo. Por eso se había adelantado para excavar un antiguo fuerte romano que supuestamente estaba ubicado en Baron Bankes Estate cerca de Dinnington Somerset.

Era la mejor alternativa a estar en Egipto y los sitios romanos a menudo mostraban monedas, cerámica, tejas e incluso armas. Un montón de cosas interesantes para catalogar y entregar al museo británico una vez que se completara la excavación.

"Si pudiera encontrar un esposo que se contentara con viajar, pasar todo el día desenterrando tierra y tener la mente abierta, estaría muy complacida. Pero sabes tan bien como yo que esa no es una posibilidad. Todos los caballeros aquí están demasiado ocupados con sus muchas propiedades. Te aseguro que puede haber algunos que disfrutarían de una pequeña aventura, pero pronto se cansarían de ella”.

"Lord Duncannon no parece haberse cansado nunca de ti. Habla de ti todo el tiempo, eso ha dicho Ava. Ella no lo presionó sobre el tema, por supuesto, pero definitivamente quedó marcado. Puede que tengas un admirador allí”.

Los nervios se agitaron en su estómago ante la idea de que su señoría le hubiera hablado de ella a su amiga. Cuando se habían juntado tres años antes durante el incendio en la finca de Ava, ella casi se tragaba la lengua en estado de shock al volver a verlo. Después de la noche que pasó dentro de su cabaña en Felday, ella había asumido que nunca volvería a ver al caballero.

Ella había estado tan enojada con él, no había podido dejar atrás su pasado y seguir adelante como amigos. Durante el tiempo que estuvieron juntos justo antes de la boda de Ava y el duque, ella apenas le había dicho dos palabras. Se merecía menos que eso como estaba.

Tantas cosas habían cambiado desde la noche en que se conocieron.

Había conocido a Omar y se había enamorado de él, había dado a luz a su hijo. Cuando se enteró de que él había muerto, solo unas semanas después se dio cuenta de que estaba embarazada. Por suerte para entonces, el profesor estaba terminando su expedición y pronto regresarían a casa. Hallie había viajado con ellos hasta Francia y luego había hecho su propio camino a casa, en Berkshire, a la casa de su prima, donde había dado a luz, y mantuvo en secreto el aviso del nacimiento de su hijo a todos los que conocía.

La vergüenza se apoderó de ella de no haberse casado con Omar como él hubiera querido, independientemente de lo que hubiera pensado su familia. Un error que nunca podría reparar. Tomó un sorbo de su bebida para calmar el revuelto en su estómago.

"No me importa su interés, como él bien sabe."

"¿Lo crees, Hallie?" Willow preguntó mientras miraba a los bailarines frente a ellos. "No parece."

Hallie no estaba segura de si él lo sabía exactamente, pero ciertamente no había mostrado interés en su señoría la última vez que se vieron. Un impulso abrumador de pisotear su pie la asaltó. Si tan solo no fuera amigo del duque. Si tan solo lo hubiera dejado congelado en la carretera en Surrey hace tantos años, no estaría sufriendo la introspección de su amiga ahora, o la marcada atención del vizconde al otro lado de la habitación.

"Le recordaré si pregunta," dijo. "Me sorprende que, en cualquier caso, no esté casado. ¿Ha estado vinculado románticamente con alguien, lo sabes?" No pudo decir por qué preguntó, solo que un hombre tan guapo como el vizconde, dejó uno para suponer que se habría casado con un diamante de la alta sociedad años atrás. Sin duda, era su forma familiar de hacer las cosas después de todo.

Su amiga la miró de cerca. Hallie luchó por no verse afectada por el hecho de que uno de los hombres más buscados de Londres la estuviera mirando. "¿Por qué tengo la sensación de que conoces a su señoría mejor de lo que me dices? Ven, Hallie, somos mejores amigas. Puedes confiar en mí."

Ella sonrió, obligándose a permanecer indiferente. "No lo conozco bien en absoluto, lo prometo," dijo. Una noche juntos en una cabaña no le daba más información que cualquier otra persona que pasara una noche con él en una compañía como esta.

Era una tontería imaginar lo contrario.

* * *

ARTHUR SE PARÓ en el lado opuesto de la habitación y bebió de la visión de la señorita Hallie Evans.

Maldita sea, no había pensado que podía extrañar a una mujer tanto como la había

extrañado a ella. Su única noche en Surrey había dejado una huella permanente en su mente y no se detendría hasta que ella volviera a ser tan despreocupada y dulce con él, como lo fue la fría noche de invierno.

A la mañana siguiente, después de la única noche en sus brazos, su despedida debería haber sido agridulce, con promesas de volver a verse. Se había despertado temprano y había caminado hasta la posada, con ganas de encargarse un carruaje para él y para Hallie a Londres. Esperando poder pasar algún tiempo con ella antes de que se fuera de Inglaterra.

Que sus bribones amigos habían estado en la posada buscándolo, lo habían obligado a subir al carruaje y lo habían llevado de regreso al pueblo sin su aprobación o sin que él le hubiera dado a la señorita Evans el dinero que le había prometido, todavía lo molestaba. No había salido con ellos desde esa noche, y sabía que esa era la razón por la que ella lo había congelado cada vez que sus caminos se cruzaban desde entonces. Ella había ignorado todos sus intentos de explicación y disculpas.

No la había vuelto a oír ni a ver, no hasta la noche en que la duquesa viuda de Whitstone había organizado un baile. Whitstone se había puesto furioso porque Ava había sido excluida del baile, y recordó haber levantado la vista para ver a la única mujer que había pensado que había perdido para siempre, arremetiendo contra ellos como una guerrera.

Sus piernas habían amenazado con ceder al verla y le tomó un tiempo antes de que pudiera murmurar algo coherente. No es que ella hubiera querido escuchar una palabra de él, a menos que fuera en respuesta a su amiga que había sido tratada injustamente por la madre del duque y, como sucedió, necesitaba su ayuda.

Arthur se dirigía hacia ella ahora, moviéndose a través de la masa de cuerpos, mientras la mantenía a la vista. Hallie. Incluso su nombre hacía que su corazón se acelerara. Esta noche le explicaría lo que había pasado, por qué se había ido y no había regresado. No había querido saber nada de él cuando la había visto por última vez, hacía tres años, pero ya no le permitiría pensar lo peor de él. Ella sabría la verdad y entonces podría decidir si quería seguir ignorando su presencia o al menos estar en términos agradables.

Se inclinó ante ella y sonrió mientras su amiga le deseaba buenas noches antes de excusarse.

"Señorita Evans, qué gusto verla aquí esta noche. No sabía que asistiría."

Ella arqueó la ceja y lo miró con aire de desprecio. Un poco de su esperanza se disipó ante su fría bienvenida. "Creo que sabía que estaba de vuelta en Londres, lord Duncannon. Por supuesto que asistiría al baile de mi amiga."

Él vino a pararse a su lado y el olor a jazmín flotaba de su piel y así fue transportado de regreso a Surrey y su pequeña cabaña. ¿Todavía sabía tan dulce como la flor? Apretó los puños a los costados, sabiendo que pensar en ella de esa manera no ayudaría a enmendar su causa. Ser amigos por lo menos.

"Esperaba que estuviera aquí. Hace tiempo que quería hablar con usted."

"¿De Verdad? Entonces hable, señor Howard ... oh, por favor, disculpe mi error, lord Duncannon" se corrigió.

Él la miró, suponiendo que se lo merecía. Arthur notó el hermoso tono dorado de su piel, el brillo claro de pecas en su nariz que no estaba allí cuando se conocieron. Ahora era una mujer independiente que había viajado mucho, más que cuando se conocieron. Se maravilló de su capacidad para avergonzarse. Había hecho muy poco en los pocos años que habían estado separados, excepto tratar de escapar de las muchas propuestas de matrimonio que su abuela lo acosaba para que le hiciera a las mujeres que consideraba apropiadas. Solo podía imaginar la vida que la mujer antes que él había experimentado en el extranjero. Lamentablemente, él no había viajado más allá de la frontera con Escocia, mientras que ella había visto parte del mundo con el que la gente solo había soñado.

"Quería explicar por qué desaparecí esa mañana en Surrey. Ha estado jugando en mi mente durante muchos años".

Ella rechazó sus preocupaciones, pero se negó a mirarlo. "Eso fue hace mucho tiempo, milord. Mejor creo que lo dejamos en el pasado, donde pertenece".

"Por favor déjeme explicarle, señorita Evans. Quiero que seamos amigos, ya que compartimos amigos mutuos y habrá muchas ocasiones en las que nos encontraremos juntos". Todo cierto, por supuesto, pero no era la única razón por la que quería que le agradara. La disfrutaba, más que nadie que hubiera conocido antes y odiaba que pensara lo peor de él, no cuando en verdad, su partida no había sido culpa suya.

Ella lo miró entonces y el ligero hundimiento de sus hombros le dijo que había sucumbido a su súplica. "Muy bien, dígame qué le pasó esa mañana."

El alivio lo invadió por haber tenido la oportunidad de decirle la verdad. "Fui a la posada para encargarme de un carruaje para Londres. Tenía toda la intención de volver a ti, pero mis amigos, los mismos que me habían dejado en el camino la noche anterior habían llegado y me estaban buscando. Me metieron en el carruaje antes de que pudiera explicarme y se negaron a detenerse hasta que llegáramos a Londres."

"No necesito entrar en detalles de lo bien entrados en copas que estaban, pero no hace falta decir que al llegar a la ciudad traté de buscarla en los muelles sabiendo que se dirigía hacia allí. Vi al Ariande alejarse de sus amarres. Llegué tarde y extrañé decirle adiós".

Ella lo miró un momento y algo del fuego que ardía en sus ojos se atenuó un poco ante su explicación. "Gracias por decírmelo, mi señor. Me alegra saber que no eres tan voluble y grosero como suponía".

"No lo soy, señorita Evans." Quería que ella le creyera. "A menudo pensaba en usted. Qué estaba haciendo y cómo se estaba aclimatando al país más cálido. Su excelencia dijo que ahora está en casa después de haber terminado de trabajar para el señor Shelly. ¿Tienes planes para tu futuro?"

Una pequeña sonrisa apareció en sus labios, labios con los que había soñado con besar de nuevo durante años. No importaba cuántas mujeres hubiera llevado a su cama, no era tan tonto como para no darse cuenta de que todas eran del mismo color que los de la señorita Evans. Todas tenían los mismos ojos en forma de almendra y labios carnosos y suaves.

No es que haya ayudado alguna vez ya que ninguna de ellas tenía su mente.

Ninguna de ellas era ella.

Hallie.

¿Cómo puede una noche alterar tanto la vida de uno? No tiene sentido. Había luchado para salir de su pequeño enamoramiento, pero había fallado en todo momento. Su abuela se desesperaba porque nunca se casaría, pero no podía evitar sentir que la señorita Evans era la otra mitad de su alma. Aquella por quien debería dejar de lado todos los deberes familiares y casarse. Si tan solo le tirara una migaja, un poco de esperanza de que no lo odiara y desconfiara de él tanto como él temía.

"Voy a hacer una excavación en Somerset. Me voy mañana de hecho. El Barón Bankes es el caballero que me contrató y debo admitir que no estoy segura de quién es, aunque el duque de Whitstone ha respondido por su carácter, así que estoy segura de que estaré a salvo".

"Estoy seguro de que lo estará," dijo, conociendo bien al barón. "Me parece fascinante que haya tenido un sueño, haya trabajado duro y se haya propuesto lograrlo. No muchas mujeres hacen lo que usted ha hecho, señorita Evans. Deberías escribir un libro sobre eso. Estoy seguro de que sería muy beneficioso para las mujeres jóvenes que deseen seguir sus pasos".

Ella se rio entre dientes y el aliento en sus pulmones se detuvo después de haber extraído uno. "No, seguiré haciendo lo que amo, mientras pueda y estaré contenta con eso. Pero supongo que soy afortunada de haber tenido un padre que me permitió primero educarme y luego viajar al extranjero. El Sr. Shelly también tenía una mentalidad liberal, así que eso también ayudó".

Arthur sonrió, el calor en sus venas al verla descongelarse hacia él. "Me lo imagino."

Los músicos levantaron sus instrumentos, el sonido de un minuetto en sus cuerdas. Arthur extendió su brazo. "¿Me hará el honor, señorita Evans?"

Ella miró fijamente su brazo por un momento y él no estaba del todo seguro de que ella estuviera de acuerdo con su pedido. El alivio lo invadió cuando ella colocó su mano sobre su brazo. "Por supuesto, gracias, mi señor."

La llevó al suelo cuando empezó la música. Tomaron sus lugares en el baile, con otros haciendo fila a su lado. Al menos esto era un comienzo, un nuevo comienzo para una historia que lo había atormentado durante años. Odiaba el hecho de que ella pensara mal de él, especialmente cuando fueron sus amigos quienes le habían jugado una mala pasada esa mañana y rompieron su contacto con la señorita Evans antes de que él cumpliera su promesa y se despidiera.

Hallie, era la única mujer que se le había escapado. No escaparía tan fácilmente por tercera vez. Se lo prometió a sí mismo.

* * *

EL SEÑOR ROBERT STEWART se paró a un lado del salón de baile y observó cómo la señorita Hallie Evans circulaba por la sala con sus amigas, una de las cuales era la duquesa de Whitstone. La perra que había matado a su primo hace algunos años.

Era casi imposible acercarse a la duquesa estos días, pero era mucho más fácil circular

cerca de su amiga y la otra mujer que había sido parte de ese trágico evento. Si no podía vengarse de la duquesa, lastimaría a su amiga, la señorita Evans, tal como la duquesa había matado a su primo. Se contentaría con algo similar.

Esa noche, la señorita Evans había pasado junto a él en numerosas ocasiones. Tan cerca de hecho que había podido extender la mano y tocar su vestido. Ella no se había dado cuenta, por supuesto, él era particularmente bueno para pasar desapercibido. Aun así, tener a Lord Oakes como primo le permitía circular dentro de esta esfera, incluso después de todo lo que su primo le había hecho a tanta gente de rango.

Los de la alta sociedad eran tontos. Dudaba que hubiera alguno inteligente entre ellos. Aparte de la señorita Evans, a quien él entendía como una mujer muy inteligente y bien educada.

Pero no lo suficientemente inteligente como para ocultar todo lo que era. Una madre...

No solo eso, sino una madre de un hijo bastardo.

Tomó un sorbo de vino, mirándola por encima del borde de su copa. El hombre con quien ella le había dado a luz había muerto hacía mucho tiempo, pero su familia tenía influencia y poder en Egipto, el Cairo para ser precisos y sabía que pagarían bastante bien si supieran que su hija mayor había engendrado un niño varón.

Dentro o fuera del matrimonio.

Su única pregunta era, ¿qué estaba dispuesta a pagar la señorita Hallie Evans para asegurarse de que él mantenga la boca cerrada? Sonrió al pensar en todas las cosas que podía obligarla a hacer. Oh, sí, esta temporada sería realmente placentera.

Para él al menos.

Hallie miró alrededor de la habitación que le habían asignado. Le había preguntado a la criada que la había dirigido al ala de invitados si tal vez habían cometido un error. El hecho de que estuviera segura de estar en la finca bajo el empleo del barón Bankes significaría que él desearía que la alojaran en las dependencias de los criados.

La criada había insistido en que ese no era el caso, y había depositado su baúl, lo había desempacado rápida y eficientemente y le había dicho que si necesitaba ayuda tocara el timbre y que vendría de inmediato.

"Ah, y antes de que lo olvide, señorita Evans. La cena es a las siete en punto si desea cenar abajo. Sin embargo, puede comer en la habitación si lo prefiere." La sirvienta hizo una rápida reverencia y se marchó.

Hallie miró alrededor del dormitorio, la gran e imponente cama doble estaba en el centro de la habitación y, sin embargo, era el único mueble masculino que podía ver. Todo lo demás era blanco, los cojines azules y rosas, extremadamente femeninos y bonitos.

No se parecía en nada a cómo era Hallie en la vida, pero todavía le encantaba. Le recordaba la habitación de su madre en Felday House antes de que la perdieran.

Al llegar le habían dicho que el barón no llegaría hasta dentro de varios días, pero a partir de mañana contaba con la ayuda de dos mozos de cuadra que harían cualquier trabajo pesado o excavación que pudiera necesitar en el sitio del fuerte romano.

Hallie se desató el sombrero, colocándolo sobre una silla cercana, antes de caminar hacia la ventana y mirar hacia el jardín. Había varias colinas que podía distinguir. Por su correspondencia con el barón, sabía que una de las colinas había albergado una vez un fuerte romano y había informes de que también tenía una familia romana viviendo allí en el puesto de avanzada de ese momento. La posibilidad de que pudiera descubrir cimientos de antiguas viviendas, cerámica, monedas o equipo militar hizo que la sangre en sus venas bombeara rápidamente. Los fondos que ganaría también ayudarían en su plan para un futuro seguro con su hijo.

La casita que su padre le dejó en Felday sería su hogar. La gente del pueblo creería su historia de que su esposo había muerto y su hijo sería aceptado allí. Su padre había sido un caballero muy respetado y ella siempre había ayudado en la iglesia o para cualquier persona necesitada. La apoyarían y protegerían, estaba segura. Este puesto en la propiedad del barón era otro paso hacia una vida que tenía que procurar para su hijo. Las próximas semanas aquí en Somerset iban a ser muy ocupadas y emocionantes y no veía la hora de empezar.

Hallie se sentó en el pequeño escritorio, tomando una pluma y un pergamino, se dispuso a escribir una carta a su prima y su hijo. Estarían ansiosos por saber de su llegada a salvo y todas las cosas que planeaba hacer mientras estuviera aquí.

AL DÍA SIGUIENTE, después de desayunar, Hallie se dirigió a la salida de los criados hacia donde dos mozos de cuadra, hombres fuertes y jóvenes de edad similar dedujo ella, la estaban esperando cerca de las puertas del establo.

"Hola, soy la señorita Hallie Evans. Es un placer conocerte." Ella extendió una mano y estrechó las suyas por turno.

"Soy Greg y este es Bruce. Es un placer trabajar con usted, señorita Evans".

"Por favor, llámame Hallie. Vamos a pasar mucho tiempo juntos, creo que tiene sentido que renunciemos a las formalidades".

Se quitaron el sombrero. "Por supuesto, señorita ... quiero decir, señorita Hallie."

Hallie les indicó con un gesto que abrieran el camino. "Si tuviera la amabilidad de mostrarme el lugar donde se encontraba este fuerte romano en la tierra, lo agradecería mucho."

Los hombres recogieron sus carretillas llenas de palas y cubos y su equipo que ella había enviado aquí la semana pasada y comenzaron a dirigirse al oeste de la propiedad. La caminata era cuesta arriba y tuvieron que atravesar un pequeño bosque que rodeaba la base de la colina antes de abrirse a un área despejada de tierra. Tardaron media hora en llegar a la cima de la pequeña colina y Hallie se detuvo un momento para disfrutar de la vista que le brindaba la altura sobre Somerset.

Desde aquí podía ver la finca del barón Bankes ubicada en el barranco de abajo, con ventanas relucientes y paredes de arenisca que se destacaban como un faro sobre las tierras verdes y exuberantes. Hallie se volvió lentamente, contemplando el paisaje de colinas, municipios, ríos y campos más pequeños. Un caleidoscopio de colores y una de las vistas más bonitas para trabajar.

Por mucho que amase Egipto, el calor, la arena y la gente, extrañaba su tierra natal. La tierra verde y exuberante que era propensa a la lluvia habría sido bienvenida de vez en cuando en el extranjero, ciertamente durante un largo verano en el que las temperaturas se disparaban. Hallie no pensó que extrañaría el frío y la humedad, pero a veces se sorprendía haciendo exactamente eso.

Con la ayuda de los mozos del establo, instaló una pequeña carpa en la ladera de la colina, lejos de donde se excavarían los supuestos restos romanos. Los hombres charlaron, contándole sobre la zona, lo que sus familias habían sabido que había estado allí y para qué pensaban que se habían utilizado las ruinas. En una hora, todo estaba en su lugar y listo para cuando comenzaran su excavación al día siguiente.

"Voy a estar dibujando aquí por el resto del día, así que pueden regresar a la finca si lo desean."

Greg se secó la frente, apoyándose en un martillo largo que había estado usando para golpear los postes que marcaban la zanja que se iba a cavar. ¿Está segura, señorita Hallie? Probablemente no deberíamos dejarla sola aquí".

Bruce asintió con la cabeza, retorciendo su gorra en sus manos. Greg tiene razón, señorita. No deberíamos dejarla aquí sola".

Hallie hizo caso omiso de sus preocupaciones, habiendo trabajado con una supervisión mínima en Egipto. Estaba acostumbrada a estar sola y en los sitios de excavación. Egipto era mucho más peligroso que Inglaterra y no tenía nada que temer aquí. "Estaré bien y

regresaré a la finca para cenar. Tengo todo lo que necesito aquí ahora y, de verdad, no necesito que dejen de trabajar ni un momento más”, agregó, al ver que ninguno de los dos parecía cómodo con que ella se quedara sola en la ladera. "A menos que haya alguna amenaza para mi persona de la que no tenga conocimiento. ¿Es eso así?" ella preguntó.

Ambos hombres negaron con la cabeza, aparentemente opuestos a tal idea. "Claro que no, señorita Hallie. La dejamos con su trabajo”.

Hallie sacó de su bolso su cuaderno de bocetos encuadernado en cuero, muy usado. Caminó por el área en cuestión que Baron Bankes había mencionado en sus cartas y echó un vistazo a los pequeños bocetos que le había proporcionado.

Había un declive notable del suelo en ciertas áreas que, en su conjunto, ciertamente parecía que podría ser donde las paredes exteriores del edificio se asentaban debajo de la tierra.

Cogió su pequeña silla y se sentó, dibujando el sitio, cada piedra que se encontraba en el área ahora intacta durante cientos de años o incluso desde el momento en que supuestamente se asentó aquí el fuerte. Durante horas se perdió en los dibujos, moviéndose y dibujando desde diferentes ángulos y grados. Por fin miró las muchas páginas que había llenado en su cuaderno de bocetos, feliz con su progreso.

Una brisa sopló sobre su piel y miró hacia el oeste, sorprendida de ver el sol bajo en el horizonte. Se estremeció con el aire de la tarde que comenzó a asentarse sobre la tierra. Hallie se puso de pie, entró en la tienda y se puso el abrigo, una prenda de vestir que suelen llevar los hombres, pero que había encontrado indispensable cuando estaba en Inglaterra. Después de los años en el extranjero en climas más cálidos, el clima inglés frío y húmedo no era algo a lo que estuviera acostumbrada todavía.

Antes de perder la luz, Hallie empacó todo lo que podía quedarse en el sitio, guardándolo en la tienda lo mejor que pudo antes de emprender el regreso hacia la propiedad. Las luces estaban encendidas a lo largo del camino de grava y la casa también tenía la iluminación encendida, muy diferente a cómo se veía la finca a la luz del día.

Se detuvo justo antes de donde terminaba el bosque y observó cómo los carruajes llegaban ante las puertas dobles de entrada, los invitados salían de los vehículos, su advertencia y su ropa de viaje arrugada contaban sus largos viajes.

Quizás el barón había llegado antes de lo planeado. Hallie rodeó el bosque, dando la vuelta a la parte trasera de la casa, no queriendo ser vista con su atuendo actual y también demasiado cansada para asistir a cualquier cena o entretenimiento que su señoría había planeado para sus invitados.

Al hacer la entrada trasera de los criados, abrió la puerta, restregando sus botas de arpillera en la alfombra exterior antes de entrar y cerrar la puerta en la noche fría que había descendido más rápido de lo que había pensado. Tendría que asegurarse de que la próxima vez que terminara en el sitio de excavación tuviera suficiente tiempo para regresar a la propiedad. Odiaría perderse y quedarse atrapada afuera en un lugar con el que no estaba familiarizada.

Hallie se quitó los guantes y ahogó un grito cuando una presencia en las sombras apoyada contrala pared se enderezó y dio un paso hacia la luz. Sintió que se le abría la

boca y la cerró, tragándose la sorpresa. "Lord Duncannon." Distraídamente recordó hacer una reverencia y, molesta, sintió que el calor de un rubor subía por sus mejillas.

No esperaba ver a su señorita aquí. Ciertamente no mencionó viajar a Somerset cuando ella le contó sus planes. Siempre que se encontraban juntos debido a su amistad mutua con el duque y la duquesa de Whitstone, era incómodo y difícilmente tolerable en el mejor de los casos, y este encuentro casual no era diferente.

"Señorita Evans," dijo, haciendo una reverencia. "El barón Bankes me invitó a su propiedad para su fiesta en casa de un mes. Veo que ya estás trabajando duro buscando artefactos históricos".

Sus ojos se fijaron en su atuendo, sus labios se crisparon cuando notó sus pantalones en lugar de un vestido. Su inspección de ella le picaba el orgullo y ella levantó la barbilla, consciente de que no era la mujer habitual, ciertamente no era el tipo de dama que revoloteaba frente a los espejos todo el día y se preocupaba por lo que había en la última La Belle Assemblée. Mujeres como esas le irían bien a Lord Duncannon y a su estimada familia.

"Como ve," dijo, pasando junto a él y dirigiéndose hacia las escaleras de servicio. "¿No debería estar con sus amigos en lugar de señalar mis deficiencias, mi señor?"

Ignoró su pregunta. "¿No se une a nosotros esta noche, señorita Evans?" preguntó, volviéndose, pero sin seguirla.

Hallie le lanzó una mirada de desprecio, una que esperaba que él entendiera. Ella no quería que él siguiera sus faldas, ni deseaba particularmente que la trajeran a la pequeña fiesta de clase alta que estaba organizando el barón. Puede que tuviera una duquesa como mejor amiga, pero ahí era donde comenzaba y terminaba su asociación con la alta sociedad. Ella no era parte de ese mundo y tampoco deseaba serlo. Si lo que había sucedido entre ellos todos esos años atrás demostraba que hombres como su señorita eran indignos de su tiempo, nada lo haría. "No, así que si me disculpa, debo regresar a mi habitación. Buenas noches, mi señor."

* * *

ARTHUR SE REPRENDIÓ A SÍ mismo por disfrutar su ropa y de la vista que tuvo con los pantalones de piel de ante y las botas de arpillera. Sin mencionar su deliciosa camisa y chaqueta que acentuaban su dulce figura. La señorita Evans desapareció por las escaleras de servicio y él se pasó la mano por la mandíbula. Justo cuando pensaba que estaba progresando con ella, trabajando para ser amigos una vez más, lo había fastidiado disfrutando de la vista de ella en lugar de preguntar si su primer día en el sitio de excavación estaba progresando bien.

Idiota.

Él gimió por dentro, con la imagen de su trasero mientras desaparecía escaleras arriba incrustada en su mente. Un whisky grande era lo que necesitaba y un baño frío. Cerró los ojos un momento para ganar algo de control. Siempre, cuando él estaba cerca de ella, la sensación de que esa mujer estaba destinada a él no desaparecía.

Su familia nunca estaría de acuerdo, ella era pobre después de todo, una intelectual

hasta la médula no tenía ninguna duda, pero maldita sea, era inteligente. Alguien que vale más que el apellido y el dinero juntos. Sobre todo, porque no necesitaba una esposa. Realmente no. Es posible que su familia siempre haya pensado que estas dos cosas no tenían precio, pero él no lo hacía. No después de conocer a la señorita Evans hace tantos años.

Ahora quería algo completamente diferente.

Ella.

Regresó al salón y se dirigió al Baron Bankes, su anfitrión de la fiesta en la casa de un mes. Una de las razones por las que había aceptado la invitación se debía únicamente al hecho de que Hallie estaría aquí. El barón había dejado escapar que la había contratado para excavar sus ruinas romanas y no podía venir lo suficientemente pronto.

El barón llamó a un lacayo para que le trajera más vino y le dio una palmada en el hombro a Arthur en señal de bienvenida. "¿Estás disfrutando de mi casa, amigo? Creo que hay algunas mujeres muy atractivas y disponibles aquí este mes. Señoras que sé que su abuela aprobaría". Él rio entre dientes. "Nos divertiremos mucho, estoy seguro."

Arthur sonrió, contemplando la habitación y encontrando poco que lo tentara. La única mujer a quien nunca había podido sacar de su mente estaba alojada en el piso de arriba y de ninguna manera tentada a unirse a las actividades de abajo.

Un lacayo le entregó una copa de vino tinto y Arthur tomó un sorbo satisfactorio, disfrutando del roble y los sabores terrosos que bombardearon su boca con la bebida bien añejada. "No veo a su historiadora aquí esta noche. ¿Ella esta aquí?" preguntó, no queriendo que el barón supiera que ya la había visto y rápidamente se había despedido para no unirse a ellos esta noche. El barón asintió con la cabeza, sus mejillas enrojecidas por el exceso de vino y el fuego rugiente detrás de él. Su anfitrión era un hombre alto, de huesos grandes y con una perspectiva alegre de la vida. Le gustaban las artes y la historia, lo que explicaría por qué la señorita Evans había sido invitada aquí para explorar sus ruinas.

"Oh, sí, llegó ayer. Le envié un mensaje arriba para que ella asistiera siempre que pudiera, pero no la forzaré". El barón Bankes se acercó más. "Su padre era un pequeño granjero en Surrey, no un gran terrateniente, y creo que antes de su muerte habían perdido su tierra y su hogar debido a deudas y mala administración. Es posible que la señorita Evans no se sienta cómoda en nuestra compañía, si comprende lo que quiero decir".

Arthur asintió con la cabeza, comprendiendo muy bien que tenía que trabajar para ganarse la vida y en una línea de negocio muy inusual para una mujer. "Si no le importa, me gustaría ayudarla cuando pueda en el sitio de excavación romana. Como sabe, soy el benefactor del Museo Británico y los hallazgos históricos siempre me interesan mucho".

"Oh, sí, ese dato se me pasó por alto. ¿Cómo estás encontrando el puesto?"

La verdad es que Arthur había encontrado el puesto poco inspirador y con muy poco que atender. Ser el benefactor en realidad solo significaba que cuando el museo requiriera fondos, estaba obligado a abrir su bolso. "Muy satisfactorio," mintió, tomando un sorbo de vino para aliviar la punzada de mentir en la cara de su amigo. "Por eso me interesa el trabajo de la señorita Evan."

Bankes asintió. "Le diré algo, pero debe quedar entre nosotros. Encuentro abominable la idea de una mujer haciendo un trabajo tan manual e intensivo, pero la chica está muy decidida y parecía bastante desesperada por trabajar. No podría rechazarla". El barón se rio. "No olvidemos que ella es cercana a la duquesa de Whitstone y debo admitir que su bonita cara me convenció con bastante facilidad. Nunca se sabe, con una mujer así bajo mi techo, es posible que nos conozcamos mejor al final de su estadía". Bankes le dio un codazo y le guiñó un ojo. "Si entiendes lo que quiero decir, por supuesto."

Arthur lo miró fijamente, sin querer abrir la boca para no usarla para gritar improperios al bastardo por hablar de Hallie de esa manera. "Ella es una mujer profesional. Creo que sus bonitas palabras se le pueden perder". Dijo las palabras de la mejor manera que pudo sin traicionar la ira que hervía a fuego lento en sus venas por lo que había dicho el barón. No ayudaría a nadie, ni siquiera a Hallie, si se permitía decir lo que realmente quería: que el hombre se mantuviera alejado de ella a menos que quisiera que alguien lo alimentara con una cuchara por el resto de su vida.

"Bah, creo que ella estaría dispuesta. Demonios, pasó años en Egipto sin un acompañante. ¿Qué tan virginal puede ser ella? Arthur se atragantó con el vino. "Con el debido respeto, conozco a la señorita Evans a través del duque y la duquesa de Whitstone, a quienes, debo recordarles, la quieren mucho. No creo que sea correcto hablar de ella de esa manera, no sea irrespetuoso con la señorita Evans y debo pedirle que se detenga."

Los ojos de Bankes se abrieron como platos y sus mejillas se pusieron de un color rubicundo y profundo. "Le pido disculpas si le he ofendido, lord Duncannon. Nunca quise ser ofensivo. Simplemente estaba bromeando, ¿comprende?" Su señoría sonrió a otro invitado al otro lado de la habitación. "Si me disculpa, debo atender a mis visitantes."

Arthur lo vio irse, contento de la soledad por un momento. Necesitaba controlar su temperamento, que había estado muy cerca de estallar ante la cruda insinuación de su señoría hacia la señorita Evans. El barón necesitaría vigilancia, y también la señorita Evans. Bajo ninguna circunstancia, sin importar lo que ella pensara de él en particular, él permitiría que ella sufriera algún daño o que se burlaran de ella simplemente por lo que hacía como empleo o porque su familia había atravesado momentos difíciles.

No toleraría nada desfavorable o cruel.

La mañana siguiente, Hallie llegó al lugar de excavación con cinco mozos de cuadra en lugar de los dos como el día anterior. La esperaban en sillas que habían llevado al lugar y se quedaron parados cuando vieron su llegada.

"Señorita Hallie, estamos listos para hacer cualquier tarea que nos asigne. El barón nos ha dado su permiso para trabajar aquí durante el día, por lo que solo estamos esperando que comiencen sus instrucciones".

"Maravilloso, muchas gracias," dijo Hallie, sintiendo el alivio que la recorría por tener a otros en el lugar, y no a dos hombres, sino a cinco. Era un placer que el barón considerara que su empleo aquí valía el tiempo que los hombres pasaban fuera de sus deberes en la finca. Tenerlos aquí para ayudar con la excavación, un trabajo intensivo en mano de obra que nunca le había gustado les daría excelentes resultados y más rápido de lo esperado.

"Cavaremos una zanja en la esquina este del sitio." Llevó a los hombres al lugar al que se refería y señaló el pequeño declive en el suelo.

"Creo que debajo de aquí están los muros periféricos del fuerte. Si mira el área desde la distancia y más arriba, el hundimiento de la tierra es más frecuente y obvio. Lo excavaremos. Unos buenos tres metros a cada lado y tres metros de largo. La tierra se va a apilar y podría usar a dos de sus hombres aquí," dijo, moviéndose hacia donde quería que se vierta el exceso de tierra, "haré que examinen esta tierra para buscar algo de valor histórico que es posible que nos hayamos perdido".

Greg se quitó la gorra, la emoción brillaba en sus ojos. Hallie supuso que para los hombres que normalmente solo trabajaban con caballos esto sería una pequeña aventura en su vida. Según sus estimaciones, la posibilidad de encontrar un artefacto antiguo era mejor que palear mierda de caballo todo el día. "Muy bien, señorita Hallie. Empezaremos con eso de inmediato".

Hallie fue y guardó su almuerzo y bebida que la cocinera le había puesto dentro de una canasta en la pequeña tienda. Se puso una bata que había hecho sobre su ropa para reducir el impacto en su atuendo. Afortunadamente, los hombres no habían dicho nada sobre sus zapatos y las botas de cuero hasta la rodilla que usaba junto con una camisa y una chaqueta. Participar en tales excavaciones no era posible si uno tenía que usar una bata y ella se negaba a que la obstaculizaran con ropa adecuada para su sexo. Al salir de la tienda, se puso el sombrero de ala ancha, tomó una paleta pequeña de su caja de herramientas y se acercó a donde los hombres estaban cavando.

Trabajaron toda la mañana y solo se detuvieron para comer y beber algo durante el almuerzo. Cuando la tarde se posó sobre la tierra, la trinchera tenía unas buenas diez pulgadas de profundidad y unos pocos metros de ancho y largo. Con la trinchera solo en su primer día, Hallie ya podía ver los viejos cimientos romanos del fuerte comenzando a emerger de su tumba de mil años.

Los hombres que habían terminado el día empacaron sus herramientas y se ofrecieron a acompañar a Hallie a casa. "Estaré con ustedes en breve. Necesito dibujar los hallazgos

de hoy y luego regresaré a la propiedad. Pero gracias" dijo mientras se alejaban colina abajo, el murmullo de su conversación se desvaneció junto con la luz.

Hallie sacó su cuaderno de bocetos, se sentó en una silla cercana y comenzó a dibujar. Se perdió en su dibujo por un tiempo, asegurándose de catalogar dónde estaban los pequeños objetos y lo que ella suponía que podían ser.

"Pensé en acompañarla de regreso a la propiedad, señorita Evans. Una dama no debería estar aquí sola."

Su mano se detuvo sobre el papel y no necesitó mirar hacia arriba para ver que era Lord Duncannon. Que la llamara dama le dolía los dientes. No era una dama y, en verdad, nunca lo había sido. Ciertamente, ella nunca se adhirió a cómo debe actuar una mujer en la sociedad ni en ningún otro lugar. Haber pasado una noche en la cama de su señoría y con un hijo nacido fuera del matrimonio era prueba de ello.

"No necesita hacer eso, mi señor. Soy más que capaz de caminar de regreso a la propiedad del Barón Bankes".

Se acercó a donde ella estaba sentada, y caminó hacia otra silla cercana, se sentó. "Sé que eres más que capaz, pero quería venir y ver de qué ha estado hablando toda la fiesta de la casa durante todo el día. Eres lo último on dit".

Hallie se encogió por dentro. Ella no quería ser el tema de conversación de nadie y tampoco quería que la sociedad mirara su vida. Si se enteraban de que había dado a luz a un hijo fuera de la santidad del matrimonio, nunca volvería a trabajar. Nadie contrataba a una ramera. Al menos, así la llamarían.

"Esto es simplemente una excavación arqueológica, mi señor. A menos que encontremos algo de valor histórico significativo, no veo cómo la alta sociedad pueda estar muy interesada. Como puede ver", dijo, haciendo un gesto hacia la pared de piedra que absorbía los últimos rayos del verano después de siglos de estar enterrada, "esto es simplemente piedra. Ni oro ni joyas ni ningún artefacto antiguo hecho de jade".

Él miró a la pared, una pequeña sonrisa jugando en su boca y ella lo miró un momento. Se permitió disfrutar de su hermoso rostro. Un rostro que desde el momento en que lo había recogido en la carretera de regreso a Felday había considerado demasiado guapo para ser noble. Y eso era exactamente lo que era.

Una vocecita la reprendió en su mente. Tú tampoco eras exactamente noble ...

Su amiga Ava le había contado numerosas historias de las escapadas de su señoría en la ciudad. El señor era alguien que no se tomaba nada en serio. El día que se conocieron, el hombre había sido expulsado del carruaje de su amigo, y todo por una broma.

No es que lo hubiera encontrado divertido. Ser expulsado de un carruaje para hacer frente a las gélidas temperaturas de un invierno inglés era la encarnación de lo estúpido.

"Bankes mencionó que puede ser romano. ¿Crees que ese será el caso después de ver finalmente algunas de las ruinas?"

Ella asintió. "Lo creo. Siglo IV y al mirar el suelo antes de comenzar esta trinchera, creo que la teoría de que esto era un fuerte es correcta. Podría resultar ser una villa, pero no parece lo suficientemente grande para ser una."

Él la miró y ella luchó por no inquietarse bajo su escrutinio. "Tiene usted una gran cantidad de información, señorita Evans. No creo haber conocido a una mujer tan

educada como usted."

"Mi educación en el extranjero fue buena, sin mencionar que trabajar con el Sr. Shelly en Egipto me ha proporcionado información incalculable que solo puedes aprender mientras estás en el lugar. Los libros de texto solo pueden enseñar algo a una persona".

"¿Puedo ayudar mañana?" preguntó, volviendo a mirar la trinchera a medio cavar. "Quería subir hoy, pero me retuvieron." Ella suspiró aliviada por no tenerlo mirándola más. El hombre tenía la capacidad de ponerla nerviosa y ella era mucho más educada y de pensamiento rápido cuando él miraba hacia otro lado.

"Es un trabajo sucio. Nunca te tomé por un hombre al que le gustaba ensuciarse las manos". De hecho, al mirar sus manos sin guantes, notó que sus uñas estaban bien cuidadas y perfectamente limpias. Su piel suave y sin manchas por el sol. Hallie miró sus propias uñas sucias y astilladas. El hombre estaba mejor cuidado que ella y ella era una mujer.

"Me gustaría. Entre usted y yo, señorita Evans, un día en la cima de esta colina cavando en la tierra es mucho más atractivo que estar en la finca y tener que fingir que quiero estar allí".

Ella lo miró. ¿Por qué la repentina aversión a las fiestas en casa y socializar? Era conocido por disfrutar de tales eventos. O al menos, solía serlo. ¿Había cambiado en los tres años desde la última vez que lo vio? "Puede ayudar si lo desea, no lo detendré. Pero necesita vestirse con un poco menos de delicadeza. Odiaría que arruinara su abrigo superfino, sin mencionar esos preciosos pantalones color crema, mi señor."

Echó un vistazo a su impecable abrigo que estaba cortado a cada medida, la corbata muy almidonada y perfectamente atada y los pantalones de piel de ante. Parecía listo para un baile y no para un día en el bosque o en las cimas de las colinas excavando la tierra.

Él se rio entre dientes y el sonido hizo que su piel se erizara por la conciencia. ¿Estaría ella alguna vez libre de su atracción? "Estaré vestido apropiadamente. ¿A qué hora se marcha? Caminaré con usted."

"Esté en la puerta principal a las siete, milord. Nos iremos entonces."

* * *

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Arthur estaba listo y esperando a Hallie cuando salió de la puerta principal, con una pesada capa de lana sobre los hombros y lo que parecía ser un gorro de punto cubriendo su cabello y orejas. Sus mejillas estaban enrojecidas por su aseo matutino. Se veía adorable y lo suficientemente dulce como para mordisquear.

Sacudió la cabeza ante su imprudencia. Aquí estaba, a punto de caminar hasta la cima de una colina y cavar en la tierra todo el día, y todo para poder intentar convencerla de gustarle. Era un tonto enamorado.

Podía entender por qué ella desconfiaba de él y lo mantenía a distancia. Su reputación lo precedía en todos los lugares a los que iba, y durante años se supo que su familia estaba perdida por su inacción hacia el matrimonio. Por supuesto, algunas de las historias que circulaban en la ciudad sobre sus escapadas eran ciertas. Los amigos que había

tenido el día en que conoció a Hallie le habían dado una reputación increíble, pero se separó de ellos hace años. Ahora era un hombre diferente y necesitaba mostrárselo.

Captó pequeños atisbos de ella mientras caminaban por el bosque por el que pasaron para hacer el sitio de excavación. Su nariz pecosa que estaba un poco roja por la fría mañana. Su falta de conciencia de lo exquisita que era lo humilló. Su piel había sido besada por el sol y tenía un hermoso tono dorado, nada que ver con él, que era pálido y nunca había viajado fuera de Inglaterra.

Su indiferencia hacia él, literalmente, lo llevó a la distracción. Ella era una de las pocas mujeres que no parecía interesada en su persona. Un dilema que lo mantenía despierto la mitad de la noche, pero que complacería a su familia sin fin.

Los Duncannon eran famosos por sus grandes matrimonios, ya sea en relación con la riqueza o la posición. Era vizconde y la señorita Evens era la hija de un caballero con pocos medios. No tenía ninguna duda de que Ava le había dicho a Hallie que su familia esperaba que él continuara con la tradición de casarse bien. Eso no significaba que, en ocasiones, como hoy, cuando caminaba junto a una de las mujeres más inteligentes y hermosas de Inglaterra, ella no lo tentara a dejar de lado todas las expectativas de su familia y hacer lo que él quisiera.

Es decir, elegirla a ella.

"¿Cuál es el plan para hoy?" preguntó, cerrándose aún más su abrigo para evitar el aire frío de la mañana. El canto de los pájaros había comenzado en los árboles cuando amanecía y desde allí podía ver algunos ciervos pastando en el césped de la finca.

"Terminaremos la zanja y luego comenzaremos a arar el suelo, buscando artefactos enterrados. Haré que los otros hombres examinen la tierra que excavamos para asegurarnos de que no se pierda nada. Estoy segura de que habrá algún mosaico o piso de adoquines enterrado. Uno nunca sabe cuán elaboradas serán estas ruinas romanas hasta que comencemos a excavar más profundamente. De cualquier manera, espero encontrar algunas piezas que al menos fechen el fuerte y también le den al barón algo de información sobre el sitio".

"Estoy deseando que me ponga a trabajar," dijo, frotándose las manos.

Ella se burló y él la miró. "¿Le parece divertida esa declaración, señorita Evans?"

"Un poco. Será la primera vez que veo a un vizconde con la muñeca hundida en el barro". Ella le lanzó una pequeña sonrisa. Una pequeña migaja de bondad que se lamía. "Por favor, llámeme Hallie o señorita Hallie como hacen los obreros. Estamos a punto de cavar en la tierra todo el día juntos, al diablo con las formalidades".

Tan atrevida y diferente. Se quedó asombrado con ella por un momento, inseguro de sí mismo y de cómo debería hacer para que ella lo viera como algo distinto a la opinión que se había formado en su mente. Él podía saber cómo pasar un buen rato, ciertamente, sabía cómo brindar placer a las mujeres con las que se acostaba, pero eso no significaba que no pudiera ser genuino o preocuparse por una sola persona.

Él la deseaba, no era tan tonto como para no admitirlo. Pero ella también estaba completamente equivocada con él. Opinión y descaro no eran rasgos que normalmente se asociaban con una novia Duncannon. Su familia nunca se recuperaría de tal conmoción. Un Duncannon no se casaba con una plebeya y ciertamente no con una que

disfrutara cavando en la tierra todo el día. La historia demostraba que aquellos que se casaban con miembros de su familia eran mansos y de carácter dulce. Las princesas mimadas de la sociedad, esas que de solo pensarlo, le hacían doler los dientes.

Los labios de Arthur se crisparon. Hallie no era ninguna de esas cosas. A él le agradaba a pesar de este conocimiento y cuando ella saltó a la trinchera, arrodillándose ante una roca de forma extraña, ajena a la suciedad que manchaba sus pantalones, ese cariño creció. No podía imaginarse a su última amante haciendo tal cosa ni a las de su pasado en Londres.

"Por favor, llámame Arthur a cambio," dijo, arrodillándose a su lado y recogiendo su propia herramienta para quitar la tierra alrededor de la piedra circular en el suelo. "¿Qué crees que es esto?" preguntó, ignorando el hecho de que ella seguía siendo formal y profesional a su alrededor, mientras sus propias entrañas estaban alborotadas. Estar tan cerca de ella, el dulce aroma de rosa en el viento, lo llevaba a la distracción.

"Creo que será un recipiente de algún tipo. Probablemente uno que contenía vino". Cavó un poco de tierra. "Mira," señaló, "no es roca, es terracota."

Pasó el dedo por el borde liso, pensando en los que lo habían usado por última vez y cuándo. "Todos estos años ha estado enterrado, y ahora aquí estamos, llevándolo a la superficie para que otros lo vean y disfruten."

Ella le sonrió y su estómago se apretó ante la pura alegría que leyó en sus vibrantes ojos verdes. Este era el amor de su vida. Cavar en el suelo y encontrar mundos ocultos y perdidos. Tendría que trabajar duro para hacerle ver cualquier otra cosa que no fueran los artefactos que estaba decidida a encontrar.

"Lo que yo pensaba exactamente, Arthur. Puedo convertirlo en un arqueólogo todavía".

Él se rio entre dientes, dudando del hecho, pero disfrutando de su día con ella en cualquier caso. Esta vida no era para él, pero podía ver la atracción de ser tan despreocupado. Con sus muchas propiedades, este tipo de existencia nunca sería un camino abierto para sus pies.

"Por hoy al menos lo harás." El pauso. "Ahora, veamos qué tan grande es realmente esta olla," dijo, sin dejar de quitar la suciedad de su hallazgo. "Cualquier cosa que tenga que ver con el vino y tienes toda mi atención."

La noche siguiente, Hallie fue invitada a cenar y a participar en los entretenimientos de después de la cena que estaba organizando el Barón Bankes. Caminaba por su habitación, volviendo continuamente a su guardarropa como si milagrosamente pudiera producir los últimos diseños de Londres y utilizarlos. Todos los vestidos que había traído consigo eran lamentables y nada adecuados para la cena. Algunos que realmente debería tirar, estaban tan andrajosos y gastados.

Mordió su labio inferior con los dientes. Tal vez podría pedirle a una doncella que le comprara un vestido a otra invitada. Si preguntaba con la suficiente amabilidad, tal vez se apiadarían de ella y le prestarían un vestido.

Sonó un ligero golpe en la puerta y la abrió, jadeando al ver a su amiga. "¡Willow!" dijo, atrayéndola en un abrazo feroz. "¿Qué diablos estás haciendo aquí?"

"Llegamos esta tarde, sabes que mi tía, la vizcondesa Vance, estaba invitada y cuando el barón Bankes mencionó que estabas trabajando en la excavación de su fuerte romano, bueno, casi me desespero por verte. Sin embargo, mi tía no me dejaba subir la colina y tuve que esperar hasta esta noche, pero tan pronto como supe que estabas en casa preparándote para la cena, tuve que venir a verte".

Hallie la llevó a su habitación y se maravilló del hermoso vestido de Willow. Fue enviada a la escuela en Francia al igual que ella y sus amigas, y fue en la Escuela de Refinación para Niñas de Madame Dufour donde su amistad se solidificó. De todas ellas, Willow había sido la más afortunada. Su tía la había acogido después de la muerte de sus padres y resultó que su tía era rica, no tenía hijos y tenía títulos.

Hallie devoró la vista de su amiga y el hermoso vestido de seda azul claro que llevaba, los guantes largos hasta el codo y el bonito collar de perlas. Willow era tan hermosa por dentro como por fuera y una punzada de desesperanza la inundó.

"No estás vestida todavía, querida." Willow se acercó a su guardarropa, buscando entre su minúscula selección de vestidos, un pequeño ceño fruncido entre sus ojos y estropeando su rostro normalmente perfecto. Willow se volvió hacia ella y cerró las puertas del armario detrás de ella con un chasquido decidido. "¿Te gustaría tomar prestado uno de mis vestidos? Tengo más que suficientes".

Hallie asintió aliviada, muy dispuesta a aceptar ayuda. Con el atuendo que tenía no estaba en condiciones de ser vista abajo, y menos en el comedor. "Muchas gracias, querida. Ni siquiera pensé que me invitarían a cenar y no empaqué en consecuencia". Sin mencionar que detestaba gastar sus fondos en otra cosa que no fuera mantener a Ammon vestido y bien cuidado en casa de su prima. Un vestido nuevo de moda de Londres no podría mantener a su hijo vestido y alimentado durante meses, por lo que su atuendo había sufrido y no le importaba.

Supuso que tendría que comprar al menos un vestido si situaciones como esta noche se le presentaban y no había Willow Perry para salvarla la próxima vez.

"Ven, vamos a mi habitación y tú puedes elegir. Supongo que ya te has bañado".

"Sí, y este vestido está limpio, aunque es un vestido de día y no es apropiado para la

cena, ni está a la última moda."

Willow entrelazó sus brazos y tiró de ella hacia la puerta. "Tengo el vestido perfecto que se adapta a tu color. Y debes contarme todo lo que has estado haciendo. Siento que no te vi lo suficiente en Londres y te escapaste de allí tan pronto como pudiste. Por favor, díme que se quedará en Inglaterra a partir de ahora. Sé que Ava, Evie y Molly, además de mí, te extrañamos terriblemente. ¿Qué hay de tu excavación aquí? ¿La has disfrutado?"

Hallie luchó por recordar cada pregunta que Willow le hacía. Ella respondió lo mejor que pudo, pero también eliminó cualquier mención de su hijo y la verdadera razón por la que estaba tan decidida a escapar de Londres para trabajar. Ni siquiera Ava sabía que había dado a luz a un niño sano y feliz. Por supuesto que sabían de Omar, pero no del niño que ella le había dado a luz.

Los nervios se agitaron en su estómago por lo que sus amigas más antiguas y queridas pensarían de ella si se enteraran de que había tenido un hijo fuera del matrimonio, que su hijo no solo era un bastardo a los ojos de la sociedad, sino también mestizo.

"Sabes que la sociedad londinense nunca me ha sentado bien, y quería visitar a mi prima antes de venir aquí. Me quedaré en Inglaterra en el futuro previsible, y este trabajo, como el que estoy haciendo para el Barón Bankes, es lo que quiero hacer".

Llegaron a la habitación de Willow y la hizo pasar al interior, cerrando y bloqueando la puerta detrás de ella. "Bueno, por mi parte, estoy absolutamente encantada de tenerte aquí conmigo. Pensé que esta fiesta en una casa de un mes sería aburrida. Solo mi tía se pone al día con sus viejos amigos, pero no es así. ¿Viste que Lord Duncannon está aquí? ¿Te ha visto?"

Ella asintió con la cabeza y se sentó en el sofá frente al fuego. La habitación de Willow era más opulenta que la de Hallie, pero eso era de esperar cuando Willow formaba parte de su set y Hallie no. "Me ayudó ayer en la excavación, pero no lo he visto hoy. Creo que algunos de los caballeros andaban hoy por la finca, saliendo de la casa y tomando un poco de aire fresco del campo".

"Mi tía dijo lo mismo," dijo Willow, con palabras ahogadas mientras buscaba entre la abundancia de vestidos que cubrían su guardarropa. "Ah, aquí está. Lo encontré."

Hallie jadeó al ver el vestido que Willow le mostró. Era simplemente la pieza más hermosa que jamás había contemplado. El vestido de corte estilo imperio era de seda verde esmeralda intenso con un tul color crema muy fino superpuesto. Las bandas decorativas de satén crema y los bordados de encaje en el dobladillo y el corpiño completaban el conjunto a la perfección. Se acercó a donde Willow lo levantó para que lo inspeccionara, dejando que la seda y el tul le corrieran por la mano. Era tan fino y suave que Hallie no estaba segura de que se le permitiera acercarse a tal perfección.

"Esto se adaptará perfectamente a tu color. Complementará tus hermosos ojos verdes y tu hermosa piel aceitunada," dijo Willow, dejando el vestido en la cama y llamando a una doncella. "Haré que mi doncella te peine el cabello y con este vestido no te sentirás en lo más mínimo fuera de lugar entre los invitados del barón."

Hallie estrechó las manos de su amiga, muy agradecida de que ella esté aquí. Sus

ojos ardieron por las lágrimas no derramadas y olfateó. "Estoy tan contenta de que hayas llegado, Willow. Tenía la esperanza de excusarme de tales entretenimientos. Ciertamente no empaqué nada más que ropa adecuada para trabajar en el campo. Me has salvado esta noche, amiga mía".

Willow se rió entre dientes, invitando a la criada a entrar cuando un ligero golpe sonó en la puerta. "¿Para qué son las amigas si no es para esas cosas? Ahora siéntate, querida, y deja que Jane haga su magia."

Hallie hizo lo que Willow le pidió y observó con fascinación cómo Jane podía arreglarle el cabello al último estilo y sin problemas. Esta noche puede que no sea tan terrible después de todo.

* * *

DURANTE TODA LA CENA, Arthur luchó por concentrarse en la conversación que lady Portman susurraba a su izquierda. La joven condesa recién casada tenía problemas de audición y hablaba muy a la ligera por temor a hablar demasiado alto. Ella era una deliciosa compañera de cena y, sin embargo, su atención seguía siendo atraída hacia otra parte de la mesa donde Hallie se sentaba junto a un caballero al que nunca había visto antes, y también a Lord Hood, un conde y antiguo compañero de escuela de Eton. Ambos eran pícaros en su enamoramiento menos que oculto por la falta de tela alrededor de la zona del corpiño de Hallie.

Cuando la vio por primera vez en el salón antes de la cena, casi se atragantó con su propia lengua. Por supuesto que la había visto en Londres en bailes y fiestas, pero después de verla ayer, sucia y despeinada en su sitio de excavación, esta noche era la perfección. Una mujer que llamaba la atención y podía mantener sus propias conversaciones con su ingenio y mente rápida.

Quería acercarse y hablar con ella, pero ella parecía ser un poco extraña aquí en la fiesta y todos querían conversar con la mujer que estaba investigando las ruinas romanas en la propiedad de Bankes.

Arthur agradeció la distracción de su amigo y marqués, Noah, Lord Capell quien vino y se paró a su lado.

"La arqueóloga entre nosotros es tremendamente atractiva, debo decir," dijo Capell, su atención se dirigió a Hallie.

Arthur entrecerró los ojos ante la observación de su señoría antes de volver a mirar a Hallie. El calor se extendió a lo largo de su piel cuando ella se rio y habló con sus compañeros que la rodeaban. "Siempre lo ha sido, como bien sabes. Si tan solo me arrojara una migaja o dos de esa amabilidad, estaría muy complacido".

Capell lo miró. "¿Te gusta en un sentido romántico? Nunca lo habías dicho antes".

"No a ti," bromeó, tomando un sorbo de su bebida. "Hay algo en ella que me gusta y que no puedo quitarme. No importa cuánto trate de descartar la idea, cada vez que la veo, estoy allí de nuevo, admirando su inteligencia y sus modales fáciles. Preguntándome cómo sería un futuro con ella a mi lado". Se rio entre dientes de sus propias tonterías. "Pido disculpas por mi conversación poco estimulante."

Capell se rió entre dientes. "Olvida eso. Esta conversación es realmente interesante, pero incluso que la señorita Evans sea la amiga favorita de la duquesa de Whitstone, ni siquiera eso la hará adecuada para su familia, Duncannon. Deberías buscar una novia en otro lugar".

La idea de hacer algo así le irritaba, pero era lo que su familia quería. "Lo sé, pero dejando de lado a mi familia y sus prejuicios arraigados, ella quiere muy poco que ver conmigo en cualquier caso. Nos llevamos bastante bien y ella es amigable cuando estamos en el mismo círculo social, pero también es distante". No dio más detalles sobre por qué era así. Que él durmiera con ella y luego se fuera a la mañana siguiente, o eso pensaba ella, era razón suficiente.

Capell le dio una palmada en el hombro. "Tal vez, y lo digo con el mayor respeto hacia ti y nuestra amistad, pero tal vez ella no te ve en una luz romántica. Aun así, seguramente no estás buscando casarte. Aún no tenemos veintinueve."

La idea de que Hallie se casara con otra persona, de que esté sola con su marido y tras las puertas cerradas de la habitación, le heló la sangre. Odiaba la idea de que ella estuviera con otra persona que no fuera él, así que, si tenía que casarse con ella para quedarse con ella, lo haría.

Arthur digirió esa forma de pensar por un momento.

Matrimonio.

"Puede que tengas razón." Él miró hacia ella y la sorprendió mirando en su dirección. Su mirada se fijó con avidez en su vestido de seda esmeralda y tul transparente. Maldita sea, era hermosa, y el hecho de que fuera totalmente ajena al hecho la hacía doblemente hermosa.

"Su pequeño grupo de admiradores parece estar avanzando. Si quieres tener la oportunidad de hablar con ella, te sugiero que vayas ahora".

Duncannon dio un paso hacia ella solo para detenerse a mitad de camino cuando el caballero que se había sentado a su lado en la cena se acercó a ella y llamó su atención. Arthur buscó al lacayo que llevaba vino. Le daría un momento con el caballero y luego hablaría con ella. Vería si había alguna forma de crear una camaradería con ella que, con el tiempo, esperaba que condujera a más.

Quizás incluso el estado que en el pasado le hizo estremecerse de repulsión.

El estado matrimonial.

Robert se acercó sigilosamente a la señorita Evans y le dedicó la mejor sonrisa caballerosa que pudo esbozar ante la moza de sus sueños. Ella lo inspeccionó, con mirada cautelosa y él esperaba no haberla desanimado durante la cena cuando habló del clima y las últimas noticias sobre Londres. No sabía realmente de qué se debería hablar en estos eventos, y ciertamente no quería hablar con ella en absoluto si podía evitarlo, pero necesitaba hacerle saber que tal vez él sabía más de ella de lo que realmente le gustaría.

Después de todo, su tiempo aquí en Somerset se debió únicamente a derribar a esta perra y lastimar a la duquesa de Whitstone a su vez a través de la amistad. Ver a ambas mujeres caer en desgracia sería realmente dulce y su primo estaría complacido de haber logrado vengarse de ellas.

"Qué fiesta tan hermosa, ¿no está de acuerdo?" preguntó, tomando un vaso de ratafía de un lacayo que pasaba y bebiendo un pequeño sorbo de la bebida dulce. Vio al vizconde Duncannon mirándolos con interés y entrecerró los ojos, haciendo una nota mental de desconfiar del hombre. No necesitaba que metiera las narices en sus asuntos y detuviera su plan de derribar a la mujer que estaba a su lado.

"Ciertamente lo es," respondió ella, sin hacerle demasiado caso.

Una pequeña sonrisa jugó alrededor de su dulce boca mientras miraba a los invitados que los rodeaban y él se preguntaba si podría divertirse un poco con esta mujer antes de rebajarla. La idea de su boca sobre él no era desagradable y la lastimaría más si él jugaba un poco con sus emociones antes de arrancarle esa base de debajo de sus pies.

Se inclinó hacia ella, más cerca de lo que debería. "¿No te has preguntado alguna vez qué secretos esconden los invitados a tales eventos?" Tomó un sorbo de su bebida, riendo por dentro mientras ella se quedaba quieta a su lado. "¿Debemos adivinar qué es lo que cada invitado puede estar ocultando? Amantes secretos. Ruina financiera. ¿Qué más cree que deberíamos incluir en nuestra lista, señorita Evans?"

"No puedo saberlo, señor Stewart. Nunca me he tomado el tiempo de pensar en esas cosas".

Él la miró a los ojos y no se perdió la pequeña llamarada de miedo que entró en sus ojos. "¿No es así?" dijo, suspirando por si acaso. "Bueno, me atrevo a decir que tendremos que pensar en ello. Avísame si se le ocurre algo más. Lo convertiremos en nuestro pequeño juego mientras estemos aquí en la propiedad del Barón Bankes. ¿Qué me dice?"

La señorita Evans palideció y Robert luchó por mantener la cara seria. Oh, qué delicioso era atormentarla. Ella había apoyado y ayudado a la duquesa a averiguar quién estaba detrás de todos los incendios en Berkshire. Observó cómo su primo moría en la casa de su amiga y no hizo nada para intentar salvarlo. Derribaría a esta mujer y, a través de ella, la duquesa de Whitstone resultaría herida.

Una joven se sentó en el piano y comenzó a tocar un jig country. Robert le tendió la mano a la señorita Evans. "¿Bailamos? Parece que algunos de los otros invitados están

participando en el evento improvisado".

Ella miró su mano como si fuera una serpiente, pero negó con la cabeza y dejó su copa de champán. "Lo siento, no. Me siento mal y me retiraré. Buenas noches."

"Oh, espero que se sienta mejor pronto, señorita Evans," le dijo mientras ella huía. Tal vez mañana por la noche continuemos nuestro pequeño juego. Me aseguraré de que el barón la invite a cenar con nosotros nuevamente".

Ella le lanzó una sonrisa temblorosa por encima del hombro, pero él pudo ver el miedo acechando en sus orbes verdes oscuros. "Buenas noches, señor Stewart".

Hizo una reverencia. Buenas noches, señorita Evans. Y dulces sueños tranquilos, querida ...

* * *

HALLIE TRAGÓ la bilis que subió por su garganta mientras caminaba fuera de la habitación, tratando de no llamar la atención. Lo que el Sr. Stewart había dicho había sido tan impactante e inesperado que no le dejó otra opción que irse. Jugar un juego, ser interrogada sobre sus pensamientos sobre lo que otros presentes pueden haber escondido en su pasado la hizo cuestionar sus motivos. Era demasiado atrevido, demasiado divertido con su juego, para que no hubiera una razón nefasta que quisiera saber.

¿Sabía de Omar? ¿Se había enterado de su hijo?

Apretó los puños a los costados para detener su temblor y, sin prisa como pudo, regresó a su habitación. Mañana tendría que disculparse con el barón Bankes por su partida sin decir una palabra, pero no podía quedarse ni un momento más.

Hallie empezó a quitarse los guantes de seda que Willow le había prestado mientras recorría el largo pasillo hacia su habitación. ¿Por qué querría el señor Stewart jugar a ese juego con ella? Sus palabras hablaban de alguien que intentaba obtener más información y, en este caso, de ella.

"Señorita Evans," llamó una voz desde atrás.

Hallie cerró los ojos al oír el sonido de Lord Duncannon. Genial, todo lo que necesitaba era que él la viera y supiera que estaba molesta. Estaba demasiado familiarizado con ella y era capaz de leerla como un libro. Se volvió, intentó una mirada de interés agradable que se sentía apretada y antinatural de sostener.

"Lord Duncannon," respondió ella, sonriendo un poco. "¿Puedo ayudarle con algo?"

Se detuvo ante ella con el ceño fruncido por la preocupación. Ella lo consideró un momento, el puro atractivo que un hombre podía poseer no parecía muy justo en su opinión. Omar había sido hermoso, de piel oscura y sus ojos del marrón más profundo con pestañas que se prolongaban durante días. Lord Duncannon era todo lo contrario. Su piel era clara, sus ojos tan azules como el océano en un día tormentoso, su cabello besado por el sol y el color del trigo en el sol del verano.

Se aferró a los guantes que tenía en la mano, consciente de que había comenzado a desvestirse antes de llegar a su habitación.

"Por favor, discúlpeme, pero no pude evitar notar que parecía angustiada cuando

hablaba con el Sr. Stewart. Me diría si la ha insultado de alguna manera". Ella asintió con la cabeza, tragándose el miedo que le producía la mención del hombre. Tenía que saber algo, lo que la hizo preguntarse qué iba a hacer con esa información y cuándo.

"Un dolor de cabeza repentino, milord. Nada más. Le agradezco su preocupación".

La estudió un momento, su inspección minuciosa y un poco escéptica. Hallie tenía una sonrisa, consciente de que si mirara lo suficientemente de cerca habría visto a través de ella como un cristal.

"Si está segura, señorita Evans." Él frunció el ceño, aparentemente luchando por las palabras correctas para decir, o para preguntarle si ella estaba siendo sincera. "Haré que te traigan una tisana de inmediato y una cacerola para calentar. El aire está frío esta noche".

Ella asintió, agradecida por su amabilidad. Después de que la dejó en Felday, ella no pensó que él hubiera sido capaz de tal emoción, pero aquí estaba él, tratando de consolarla sin saber realmente por qué. Hallie contempló sus mejores galas, su fuerte mandíbula y su nariz aristocrática que podía despreciar a las personas si así lo deseaba. Una cosa que él nunca había hecho con ella, afortunadamente. Tal vez él realmente había cambiado, o al menos estaba tratando de corregir el daño que le había hecho todos esos años atrás.

"Le doy las gracias," dijo.

Asintió, retrocediendo. "Buenas noches." Hallie lo vio irse, su mente zumbando con lo que debería hacer. No solo sobre el Sr. Stewart, sino también sobre Lord Duncannon. Su secreto era tan devastador, y existía una buena posibilidad de que, si alguien se enterara de su hijo, nunca le ofrecerían el tipo de trabajo que estaba haciendo ahora. Trabajar en una gran casa como empleada doméstica podría resultar incluso difícil. A nadie le gustaba contratar mujeres que no se habían comportado de la manera en que se esperaba de ellas. Lord Duncannon puede que no la despreciara ahora, pero lo haría si supiera la verdad. Por mucho que esperaba que no fuera así, que él fuera honorable en lo más profundo de su ser, el miedo de que él también se volviera contra ella no cambiaría.

Se frotó la frente, la desesperanza la inundó. No podía permitir que el señor Stewart la amenazara de esa manera. Tampoco debería entrar en pánico todavía. Su juego podría haber sido solo eso, un pequeño juego tonto que había llegado más cerca de lo que él podría imaginar. Por lo que ella sabía, es posible que el caballero no sepa nada en absoluto.

Hallie abrió la puerta de su dormitorio y se hundió en una de las sillas de cuero delante de la chimenea. Mañana se mantendría alerta, pero continuaría como si nada la hubiera inquietado la noche anterior. Se dirigiría al sitio de excavación a las siete, continuaría con su trabajo y mañana por la noche asistiría a la cena si la invitaban y no se escabulliría como un pájaro asustado ante un gato.

Su futuro y el de su hijo dependían de que ella mantuviera la cabeza fría y no le fallara en esto.

El día siguiente amaneció con tormentas, nubes grises y aguaceros atravesando la tierra. Hallie, afortunadamente, había llegado al lugar de la excavación antes de que pasara la primera lluvia fuerte, y ahora con el suelo húmedo, ayudó a los mozos del establo a cavar lo último de la zanja.

El ruido sordo de los cascos de los caballos en el césped sonó y ella se volvió para ver a Lord Duncannon levantando una magnífica montura castaña, su nariz exhalaba vapor en el día frío y pisando fuerte con una pezuña delantera en protesta por haber sido detenido en su carrera matutina.

Su señoría saltó sin problemas y ella admiró el hecho de que él parecía tan bueno y cumplido en todo lo que hacía. Sus hábiles manos ataron su montura a un árbol cercano y caminó hacia ella, su abrigo ondeando detrás de él como una capa.

Ella apartó la mirada, el calor le picaba la piel. Por qué tenía esta reacción con el caballero cada vez que lo veía, se estaba volviendo exasperante. ¿Y si fuera el hombre más guapo que había visto en Inglaterra? Eso no significaba que tuviera que actuar o ser tonta con la idea. El hecho de que estuviera allí tampoco significaba que la estuviera mirando de forma romántica. Después de todo, era el benefactor del Museo de Londres. Si no se interesaba por las excavaciones arqueológicas en Inglaterra y en el extranjero, algo iba mal.

"Lord Duncannon," dijo, saliendo de la trinchera y acercándose a él. "¿Que le trae aquí hoy?"

Él le sonrió y se quitó los guantes. "He venido a ayudar de nuevo, por supuesto." Se acercó a la carpa y recogió la paleta pequeña que estaba usando el otro día. "Como dije antes, preferiría estar aquí que en la fiesta de la casa. Están jugando a las charadas y no tengo ganas de tratar de averiguar qué o quiénes son las personas. Prefiero estar aquí. Contigo" añadió, con su rostro serio de repente.

Hallie extendió la mano y lo arrastró hacia un lado de la tienda y fuera de la vista de sus trabajadores. "Mi señor, no estoy segura de por qué está tan fascinado con la historia de la propiedad del Barón Bankes de repente, pero debo asegurarme de que no es por mí que está aquí. Nos conocemos desde hace algunos años, y creo que lo suficientemente bien como para hablar con claridad".

Levantó la ceja y cruzó los brazos sobre el pecho. La acción llevó su visión a esa parte de su cuerpo. El recuerdo de la única noche que pasaron juntos muchos años antes y cómo se sentía bajo su toque. Querido señor del cielo, se iba al infierno.

"Continúe. Creo que me gustará escuchar su punto de vista."

Comprobó que los otros hombres no oyeran, los cuatro estaban todavía ocupados cavando la trinchera. "Lo que pasó en Surrey no volverá a suceder aquí si eso es lo que espera. Nuestra noche fue un error. Uno que lamento, y espero que no me siguiera hasta Somerset con la esperanza de tener un poco de falda para disfrutar durante la fiesta de un mes en la casa".

Un músculo se contrajo en su sien mientras la miraba. "¿Es eso lo que piensa de mí?"

Que solo estoy aquí para tenerte en mi camade nuevo”.

La mención de tenerlo una vez más envió un dolor a asentarse profundamente en su núcleo. Se agarró el estómago, sacudiendo la cabeza, deseando que su cuerpo no gritara "sí" internamente ante la mención de eso exactamente. "Espero que no lo sea. No fui yo misma esa noche y nunca debí haberte hecho proposiciones como lo hice. Como bien sabes, no pensé que nos volviéramos a ver. Ciertamente, no pensé que tendríamos amigos en común”.

EXTENDIÓ LA MANO, le dio una palmada en el hombro y ella entrecerró los ojos. No le gustó la acción condescendiente. "No temas, Hallie. No estoy aquí para seducirte, por mucho que disfruté de nuestro encuentro la primera vez. No, estoy aquí para ayudar como tu amigo y eso es todo. Tu virtud está a salvo conmigo”.

Ella lo estudió un momento con la esperanza de que fuera cierto, antes de caminar hacia la trinchera. Era una complicación que ella no necesitaba, ni tampoco necesitaba que él descubriera que había dado a luz a un hijo de otro hombre después de estar con él. Pensaría que era una puta común que daba sus favores a cualquiera que pasara por su lado. Y esa no era la verdad.

La vergüenza se apoderó de ella de haber sucumbido a su encanto, buena apariencia y demasiado vino esa noche en Surrey. Que se había permitido olvidar todos sus problemas y entregarse al placer y la pasión por un hombre al que pensaba no volver a ver jamás. Un error imprudente del que se había arrepentido desde entonces.

Hallie se frotó la parte de atrás de su cuello, sintiendo su mirada sobre ella mientras se dirigía hacia los trabajadores. Lord Duncannon la siguió y pronto estuvo trabajando cerca de donde había encontrado los restos de un barril de vino anteayer. De vez en cuando se sorprendía a sí misma mirándolo, sus pequeños matices como se mordía el labio cuando estaba tratando de tener cuidado, o cómo un mechón de cabello seguía cayendo sobre uno de sus ojos dándole una apariencia desenfadada.

Ella resopló. Como si tuviera que lucir más libertino. El hombre era un verdadero dios del sexo con piernas mortales. Que ella supiera cuán divino podía ser él en el calor de la pasión tampoco ayudaba. De lo suave que era ese cabello mientras la besaba en su estómago, sus manos apretando esos mechones dorados mientras él se sumergía más en su cuerpo.

Hallie empujó su pala al suelo con más entusiasmo del necesario. Ella no se sentía atraída ni interesada por él de esa manera. Ya no.

Ahora solo tenía que convencer a su cuerpo del hecho.

* * *

ARTHUR PODÍA SENTIR A HALLIE MIRÁNDOLO. Sería un mentiroso si no admitiera que le gustaba que tuviera sus ojos puestos en él, mirándolo cuando ella no creía que nadie se diera cuenta. Hoy era la primera vez en años que abordaron el tema de su indiscreción en Surrey. No

estaba seguro de cómo sucedió, y supuso que en parte se debió a que ella había estado terriblemente triste cuando se sentó a su lado en la casa esa noche. Ella acababa de enterrar a su padre y él quería consolarla.

Ese consuelo se había convertido en una espiral caliente y desesperado que lo había sacudido hasta la médula. Había dejado su cama temprano a la mañana siguiente, caminó hasta la posada para organizar un carruaje y prácticamente había sido secuestrado por sus amigos idiotas.

Era de extrañar que lo odiara tanto y no le ofreciera la mano de la amistad. No podía culparla, pero podía intentar cambiar su opinión sobre él. Decirle a ella la verdad.

Cavó en la tierra, buscando cualquier cosa que pudiera surgir y requiriera un manejo delicado. Al igual que Hallie, tendría que caminar con cuidado alrededor de ella. Gánate su confianza y ve si pueden seguir adelante como amigos y posiblemente más.

A su familia no le gustaría, pero ellos no lo controlaban. Desde el momento en que se sentó en su pequeño salón en Felday, sintió una conexión con ella que nunca había sentido con nadie más. Una emoción que no podía explicar, y sabía, hasta el fondo, que si no la cortejaba y veía si lo que esperaba podría ser el comienzo de algo grandioso, lo lamentaría por el resto de su vida.

Las acciones de sus amigos y Hallie con su partida habían acabado con esa idea. Sacudió la cabeza. Odiando el hecho de haber perdido una oportunidad que pudo haber sido eterna.

Hallie jadeó y Arthur se arrastró hacia donde ella estaba cavando. Comenzó a quitar más tierra del área que estaba excavando, tomándose su tiempo para tener cuidado. "¿Has encontrado algo?"

"Creo que sí," dijo. Ella le sonrió y su estómago se apretó ante el genuino placer escrito en sus rasgos. Demonios, le encantaba verla feliz, emocionada. "Creo que puede ser oro. Capté un destello de color cuando estaba cavando".

La ayudó a quitar la tierra del área y, efectivamente, al cabo de un minuto de excavación adicional, se mostró la parte superior lisa de un pequeño artefacto de forma redonda. Se tomaron su tiempo para quitar la tierra, y luego, en una hora, Hallie había liberado el tesoro enterrado y lo sostenía ante ellos. "Creo que esta es una sección del casco de un legionario. Qué extraordinario".

Cómo ella. La ayudó a ponerse de pie y por un momento se quedaron mirando el hallazgo. "El primero de muchos grandes descubrimientos, espero."

Ella asintió, se dirigió hacia la tienda y colocó el artículo en una pequeña caja que había colocado sobre una mesa. "Veamos qué más tiene que revelar este fuerte, ¿de acuerdo?" preguntó, pasando junto a él para volver a la trinchera.

"Estoy justo detrás de usted, señorita Evans." Arthur se sentó a su lado. De hecho, el resto del día contó con nuevos hallazgos, otras partes del casco y algunas puntas de flecha, aunque Hallie no estaba segura de si eran del siglo IV o antes.

Arthur contempló su circunstancia actual. Si su abuela lo viera ahora, vizconde Duncannon, bota en el barro y escarbando en dicho barro en busca de artefactos que ya no tienen ningún valor para la sociedad, solo del pasado. Ella estaría horrorizada. Y, sin embargo, nunca se había sentido más vivo y beneficioso que ahora junto a la señorita

Evans. Contribuía a la sociedad, por pequeña que fuera esa ayuda.

Hallie se sentó en su habitación más tarde esa noche después de la cena, donde afortunadamente el Sr. Stewart no se dignó mencionar más juegos sobre el pasado de la gente. Su amiga Willow se sentó frente a ella, tranquila y reflexiva mientras miraba las llamas en el fuego.

"Willow," dijo, llamando su atención. "Hay algo que necesito decirte, a todas nuestras amigas de hecho, pero ya que estás aquí, deseo confiar en ti si puedo."

Willow frunció el ceño y se volvió hacia ella, prestándole toda su atención. "Por supuesto. Sabes que puedes confiar en mí. Nunca traicionaré tu confianza".

Hallie apretó su estómago como nerviosa por admitir su secreto que nunca le había contado a nadie más que a su prima. No estaba segura de cómo tomaría la noticia cualquiera de ellas, o si la mirarían con desprecio, la despreciarían por su elección. "Hay dos cosas en realidad, y no estoy segura de lo que pensarás de mí cuando te lo diga."

Willow cruzó el espacio que las separaba y le estrechó la mano. "Nunca pensaré mal de ti, no importa lo que estés a punto de decirme. Te lo prometo."

Esperaba que fuera cierto, porque perder a sus amigas por su secreto sería insoportable. "Sabes cuánto amé a Omar, siempre lo amaré aunque se haya ido, pero hay algo que tú no sabes y necesito confiar en alguien antes de gritarlo a todo pulmón para que todos lo escuchen y al diablo con las consecuencias".

"Dime qué es antes de que expire," dijo Willow, sonriendo un poco.

Hallie tomó un respiro para calmarse y se tragó su miedo. "No mucho después de que mataran a Omar, me enteré de que estaba embarazada de él".

Willow jadeó, retorciéndose hacia atrás en su silla. "Estabas embarazada. ¿Qué pasó, Hallie?"

Se puso de pie, paseando de un lado a otro entre la chimenea y su cama. "Para entonces, el Sr. Shelly, el egiptólogo, estaba programando para irse y aproveché la oportunidad de regresar a casa. Necesitaba regresar a casa, a Berkshire, donde vive mi prima y dar a luz. Todo esto sucedió en el momento en que Ava perdió su casa por el incendio. Fui a visitarla si recuerdas. Bueno, no es que nadie lo sepa, pero fue solo unas semanas después de dar a luz a Ammon".

"¿Tuviste un niño?" Willow preguntó, poniéndose de pie y acercándose a ella, juntando sus manos. "¿Eres madre?"

Hallie asintió. "Lo soy. Es el niño más dulce y mi trabajo aquí para el barón es para poder apoyarlo. Necesito puestos como este para poder regresar algún día a Surrey, a mi cabaña en Felday y nunca más tendré que dejarlo. Pero hay un problema con eso".

"¿Qué problema?" Willow preguntó, frunciendo el ceño.

"El problema de Lord Duncannon," admitió Hallie. "Tampoco he sido completamente honesta acerca de su señoría y, después de contarte lo que sucedió hace muchos años, me temo que me considerarás una ..."

"¿Una qué?" Willow la apretó por los hombros para detener el paso de Hallie. "¿Una qué, Hallie?"

Hallie mantuvo su atención en el fuego, incapaz de mirar a su amiga. "Una puta," admitió, la vergüenza se apoderó de ella de haber estado con dos hombres en su vida y en ambas veces sin estar casada con ninguno de ellos. Tan poco femenino incluso para una mujer como ella, que pensaba que las mujeres deberían tener tanta libertad como los hombres. Aun así, al igual que todas las mujeres que conocía, era producto de su tiempo y había reglas. Reglas que ella había dejado de lado y ahora tendría que pagar el precio.

"No eres una puta. Dime qué pasó y, por favor, deja de darle vueltas." Willow tiró de ella para que se sentara de nuevo ante la chimenea. "Quiero saber todo."

Hallie se frotó el labio inferior un momento antes de decir: "Me encontré con Lord Duncannon por casualidad en el camino a Felday, el día que enterré a papá. Sus amigos lo abandonaron en una tormenta de nieve y lo llevé a la ciudad para que encontrara un lugar donde quedarse. Pero, debido a las inclemencias del tiempo, muchas personas que viajaban por Surrey ese día se habían detenido en Felday para pasar la noche. No quedaba alojamiento en la ciudad. Lord Duncannon me preguntó si podía quedarse en mi cabaña y no pude ver el daño en ello así que se lo permití". Hallie recordó la noche, los demasiados vinos, el fuego cálido y la habitación acogedora, iluminada solo por una vela, era una situación perfecta para la seducción y los errores.

Y vaya si cometió uno esa noche. La idea de sus manos, fuertes y conoedoras, ciertamente inteligentes para hacerla temblar hasta el día de hoy, bombardearon su mente. Dejó que el recuerdo tomara vida en su mente mientras le contaba a Willow todo lo que sucedió como si fuera ayer.

"Comenzó con un brindis por papá, y se salió de control desde allí ..."

Felday 1817

TE VOY A BESAR, HALLIE , le dijo, rozando sus labios un poco contra los de ella. Sin pensarlo, Hallie se estiró abrochando sus largos y malvados mechones para tirar de él y besarlo.

Él gimió ante su acción y su cuerpo dolía en lugares que no sabía que podrían doler. Además, Arthur le devolvió el beso. Él tomó sus labios de una manera feroz, y ella se apresuró a seguir el ritmo de su deseo.

Nunca antes había hecho algo así, pero se apoderó de ella una sensación embriagadora. Un sentimiento de que esto era lo correcto y lo que ella quería, más que nada antes de dejar su casa y comenzar una nueva vida.

La acción era escandalosa, por supuesto, y cuando lo recogió hoy temprano, así no fue como pensó que terminaría su noche, pero en sus brazos, mientras su mano se deslizaba por la de ella, a través de su estómago y alrededor de su trasero, nada antes se había sentido tan bien.

"¿Estás segura?" preguntó, besando su garganta y tirando de las pequeñas cintas de su vestido, dejando que el vestido quedara boquiabierto en su cuello.

Hallie asintió y volvió a besarlo. "Estoy segura," jadeó cuando su mano ahuecó su pecho, sus dedos encontraron su pezón y lo hizo rodar entre el pulgar y el índice. Un rayo

atravesó sus venas y, con voluntad propia, su cuerpo ronroneó contra el de él como un felino en busca de consuelo.

Arthur se puso de pie, la tomó en brazos y la llevó a su habitación. La acostó en la cama, siguió besándola, su intención era tan clara como su consentimiento.

"Eres tan hermosa." Se apartó un poco de ella, levantó el dobladillo de su vestido y lo tiró hacia arriba sobre su cuerpo. Hallie se sentó para permitirle quitarse todo lo demás, y en su habitación iluminada por la luna pudo ver la necesidad que ardía en su mirada. Él se quitó los pantalones, su camisa era su único atuendo, abriendo el cuello y dándole una vista perfecta de su cincelada cintura.

Ella se acercó, tomó la camisa en sus manos y se la pasó por la cabeza. Hallie se mordió el labio ante la vista que la recibió. Su cuerpo era tan hermoso como su rostro, líneas fuertes, tensas y de ella para pasar la noche.

Hallie pasó la mano por los músculos ondulantes de su estómago, incapaz de evitar que sus ojos se hundieran en lo que estaba erguido entre sus piernas. Se agachó, pasó el dedo por la punta y se maravilló de su perfección. "Es tan suave y a la vez duro. No tenía ni idea."

Sintió sus ojos sobre ella y miró hacia arriba. "¿Eres virgen?" Sus palabras fueron jadeantes pero controladas, y ella asintió.

"Sí."

Él frunció el ceño, su mano se detuvo en su camino por sus pechos.

"No quiero detenerme," dijo, acercándose a él y envolviendo sus brazos alrededor de su cuello. "Muéstrame cómo es antes de dejar todo esto atrás. Solo una vez quiero estar con un hombre".

Le apartó el pelo de la cara y le apretó la mandíbula. "¿Estas realmente segura? No quiero que pienses que me aproveché de ti esta noche. Esta no era mi intención cuando vine aquí. Necesito que sepas eso."

Ella lo besó, lenta y profundamente, tal como lo había hecho antes y él la apretó con fuerza contra su persona. "Sé que no lo hiciste, pero quiero hacerlo. Realmente quiero."

Arthur la besó con fiereza y se dejó caer sobre la cama. Hallie sonrió a través del abrazo. Sí, eso era lo que quería. Esto, todo esto.

Su último recuerdo antes de dormirse más tarde esa noche, envuelta en sus brazos y escuchar el latido de su corazón contra su oído, era de Arthur, y el perfecto regalo de despedida que le había dado. Múltiples regalos de despedida de hecho.

¿Qué le deparaba el mundo a continuación? No podía esperar a averiguarlo.

* * *

HALLIE TERMINÓ de contarle a Willow sobre ella una noche con Lord Duncannon, menos la mayoría de los detalles que eran solo para sus recuerdos. Los ojos de su amiga estaban muy abiertos, sus mejillas tan rojas como una chica escocesa que había estado al sol demasiado tiempo.

"Bueno," dijo Willow, sin aliento. "Conoces muy bien a Lord Duncannon."

Hallie asintió. "No sabía que él era un señor en ese momento. Se presentó como el Sr.

Howard. Cuando lo volví a encontrar en el baile de la duquesa de Whitstone, la noche del incendio en la propiedad de Ava, supe quién era en realidad. No es que hubiera cambiado lo que sucedió esa noche en Surrey, pero ciertamente habría estado más preparada de lo que estaba cuando nos volvimos a encontrar”.

“Lo que no pensaste que pasaría. ¿Estoy en lo cierto?”

“Así es. Pero nos hemos encontrado de nuevo y es incómodo. Creo que le gusto ,” admitió, encontrándose con la mirada de sorpresa de su amiga. “¿Qué estás pensando? Pareces sorprendida por eso”.

Willow le lanzó una mirada de preocupación. “Solo estoy preocupada, eso es todo. Vivir con mi tía ha sido informativo y no siempre en un sentido positivo. No se debe confiar en estos señores, y aunque hay algunos que pueden serlo, el duque de Whitstone, por supuesto, pero la mayoría de los hombres que conozco son pícaros y atraviesan a las mujeres como un cocinero pasa por el agua de los platos.

“Eu,” dijo Hallie, sin gustarle la idea de que la miraran como fregadero o simplemente como una de las muchas en el poste de la cama de Lord Duncannon. Pero entonces, debería pensar de esta manera, porque lo más probable es que fuera cierto. Era un libertino de renombre. Su familia también se esforzaba por que se casara solo con las mejores. Le sorprendió que le hablara, estaba tan por debajo de él, al menos en la estimación de su familia.

Pero sí habló con ella, la ayudó en la excavación y estaba tratando de enmendarlo. Hallie no podía culparlo por eso. Él era dulce y cariñoso con ella. Ya se había acostado con ella, así que no había ninguna razón por la que debería seguir trabajando en su amistad, a menos que estuviera siendo sincero y tratando de arreglar las cosas entre ellos.

“Tienes que hablar con él, decirle lo que pasó en Egipto. Explícale que lo que ocurrió entre ustedes no volverá a suceder y que él debería concentrarse en mujeres más elegibles que estén realmente interesadas en su noviazgo”. Willow la estudió un momento y Hallie luchó por no inquietarse bajo su inspección. “A menos que quieras su atención.”

Los nervios se agitaron en su estómago ante la idea de que él la tocara. Se puso de pie y se acercó a su escritorio, se sirvió dos vasos de vino, después de que la criada que había hecho su cama esta noche le procurara una botella antes de retirarse por la noche.

Hallie le entregó un vaso a Willow y se tragó el suyo de una vez. “Por supuesto que no, y ya le he dicho que no ocurrirá nada más entre nosotros. Tengo otras cosas que me llaman la atención. No necesito que un hombre se interponga en el camino de mi vida. Ya me harté de todo eso. No puedo ver a nadie acercarse a cómo me hizo sentir Omar”.

Se dejó caer en su silla, apoyando la cabeza contra su respaldo, sabiendo que lo que acababa de decir estaba lejos de la verdad. Lord Duncannon también la había hecho sentir cosas, no solo Omar, pero ella no podía expresar esas cosas. Esperar donde no había esperanza era un error que no podía cometer. Ese camino condujo a la angustia y ahora no era solo ella la que debía considerar. Ella también tuvo un hijo.

“Creo que si eres honesta con él, te dejará en paz. Es el mejor amigo del duque de Whitstone. Whitstone, no sería su amigo si no fuera honorable”.

Hallie asintió, habiendo pensado lo mismo. "Hablamos de lo que sucedió hoy en Surrey, en el sitio de excavación. La forma en que habló me hizo creer que quiere más".

Willow se rió entre dientes, sorbiendo su vino. "Estoy segura de que sí, pero eso no significa que vaya a conseguirlo."

"Por supuesto que no," replicó Hallie, ignorando el hecho de que su cuerpo se apoderó de la idea de tener sus manos sobre ella de nuevo. La primera vez fue rápida pero muy satisfactoria. Después de estar con Omar era muy consciente de lo que su cuerpo era capaz de hacer y de lo que le gustaba. Tener un amante no era una mala idea, pero los riesgos eran demasiado altos. Tener más hijos fuera del matrimonio no era algo que estuviera dispuesta a hacer. Ni siquiera por otra noche en sus brazos.

"Me alegro," dijo Willow, poniéndose de pie y palmeando su hombro mientras pasaba para dejar su vaso en el escritorio de Hallie. "Te dejaré ahora para que descanses, pero no te preocupes, Hallie. Sé honesta con Lord Duncannon y todo irá bien. Verás, él comprenderá que ya no buscas ese tipo de relación. Tu hijo debe tener prioridad y respetará tu decisión".

"Buenas noches, Willow," dijo Hallie cuando su amiga salió de la habitación, cerrando la puerta suavemente detrás de ella. Se puso de pie y volvió a su escritorio, sirviéndose otra copa de vino. Cuando terminó la botella, no solo estaba un poco borracha, sino que también necesitaba otro trago.

Quizás la biblioteca tuviera un poco de whisky que pudiera llevar a su habitación. Hallie se puso la bata y, al revisar el pasillo fuera de su puerta, no vio a nadie ni ruido de abajo. Algunos candelabros ardían a lo largo de las paredes, iluminando su camino, pero cuando llegó a las escaleras, vio a un lacayo abajo, desplomado en su silla dormido, solo una vela encendida en el vestíbulo de entrada.

Ella pasó junto a él y se dirigió a la biblioteca, afortunadamente encontrándola vacía. El decantador estaba lleno y lo recogió, preguntándose si llevar eso a su habitación se vería un poco extremo. En cambio, lo volvió a colocar, inclinándose para mirar en el armario de debajo. Había una botella de vino tinto junto con una variedad de vasos. Cogió el vino y se volvió hacia la puerta, sus pasos un poco desiguales mientras cruzaba la habitación, tratando de no chocar con ningún mueble y hacer ruido.

Una mirada rápida a la entrada sólo mostró al sirviente dormido que no se había movido. Hallie pasó corriendo junto a él, subiendo las escaleras lo más rápido que pudo. Cuando llegó al pasillo que conducía a su habitación, se le calmaron los nervios. El vino la había calentado y relajado y, después de admitir sus dos mayores secretos esta noche, necesitaba un refuerzo.

Gracias a Dios, Willow parecía haberse tomado bien la noticia. Quizás sus otras amigas también lo harían cuando les dijera, y ella tenía que decírselos. Y así. Quería vivir con su hijo y ya no viviría escondida, asustada de lo que todos pudieran pensar. Si optaban por dar la espalda, esa era la cruz que debían llevar.

"Beber sola nunca es algo bueno, señorita Evans." Hallie sofocó un grito y buscó a tientas la botella, casi tirándola. Miró hacia arriba y, a través del pasillo oscuro, vio a Lord Duncannon, vestido de manera similar a como estaba la noche que estuvieron juntos en Surrey. Sus pantalones de piel de ante le quedaban como un guante y su camisa se abría

de par en par, tentando una vez más a pecar.

Ella cerró los ojos, apartando lo visual. "Espíandome ahora, mi señor. Si sigue así, empezaré a pensar que está obsesionado conmigo".

Él se rio entre dientes y se apartó de la pared, paseando con un aire relajado que le recordó a un gato depredador escabulléndose después de su comida. "Oh, admito que estoy obsesionado con usted, señorita Evans y enamorado, con asombro y muchas otras cosas. Si tan solo me sacara de mi miseria y estuviera conmigo. Siempre."

Jadeó y se tapó la boca con la mano, preguntándose si había bebido demasiado esta noche y ahora estaba imaginando todo esto. Seguramente no. "Bromea," dijo ella, viendo si bromeaba y encontrándose con él en el medio del pasillo. El aroma a sándalo flotaba de su piel y de tan cerca podía ver que se había bañado recientemente. La idea de él con el cuello hundido en el agua, frotándose la piel con jabón y lavándose el cuerpo hizo que un escalofrío recorriera su espalda. Ella apretó la botella de vino entre sus pechos con la esperanza de detener sus manos y evitar tocarlo.

Saber lo que se sentía al estar con Lord Duncannon, ser la única destinataria de las atenciones del caballero no era algo que se pudiera quitar de la mente sin una fuerza pura. Una fuerza que se hacía imposible por el estado de zorra en el que se encontraba actualmente.

"Nunca he hablado más en serio." Se acercó aún más y su pecho rozó el de ella. Su respiración se entrecortó y dejó caer las manos a los costados, con la botella colgando de una mano. Su corazón latía tan fuerte que estaba segura de que él lo oiría.

"Le dije hoy temprano que lo que pasó entre nosotros fue un error y no estoy dispuesto a repetirlo." Estudió su mandíbula, una pequeña sombra de barba que estropeaba el rostro normalmente perfecto. Maldita sea, era tan guapo y tan dulce. Sus dedos ansiaban deslizarse por su pecho y apretar su mandíbula, tirar de él hacia abajo para darle un beso. Permitir que la seduzca con la idea de ellos, y un futuro que nunca llegaría. Si permitía que esta locura comenzara, solo la conduciría a la angustia.

Ella no podía tolerar eso.

"Te quiero, quiero todo de ti, Hallie. Lo he hecho desde el día en que me ofreciste llevarme en Surrey. ¿No lo sentiste también?"

Ella cerró los ojos, deseando que las emociones que él provocó en ella se calmaran. Para que se fueran y no volvieran nunca. Él no era para ella. Si su linaje no era suficiente para excluirla de ser algo para él, sus acciones en Egipto y el hijo que había tenido fuera del matrimonio ciertamente acabarían con esa idea.

"No importa lo que sienta. Solo podemos ser amigos". Ella comenzó a regresar a su habitación, necesitando estar lejos de él y todo lo que le ofrecía. Ser amada por el vizconde de Duncannon significaba seguridad y protección, tanto para ella como para su hijo. Pero era un sueño voluble. Tan pronto como supiera la verdad de su situación, correría hacia las colinas. Ningún hombre quería criar al hijo de otro hombre. Especialmente si ese niño no había nacido dentro del matrimonio.

Tiró de ella para que se detuviera, girándola para mirarlo. "¿Por qué estás luchando contra esto? Sé que sientes algo por mí, así que, si no es demasiado problema, me gustaría que dejaras de alejarme. ¿Puedes hacer eso?"

Ella se soltó el brazo y lo miró con furia. Odiándole por ser tan honesto. Sería mucho más fácil negarlo si no fuera tan dulce. "No siento nada por usted, mi señor. Lamento decepcionarlo, pero esa es la verdad".

"¿De Verdad?" dijo, una inclinación sarcástica hacia su boca. "¿Por qué no creo eso?" susurró, acercándose y tentándola con sus labios.

Se mordió el labio inferior, obligando a apartar la mirada de su rostro. "Deberías. Es la verdad. Buenas noches." Hallie regresó a su habitación, la necesidad de correr era casi imposible de negar. No la siguió esta vez y ella estaba agradecida por ello. No estaba segura de poder rechazarlo por segunda vez. No con su mente confusa por el exceso de vino y también con su propio ser persuasivo.

Sus palabras tentadoras para una vida con ella.

Hallie llegó tarde al lugar al día siguiente, con un dolor de cabeza que le golpeaba las sienes con fuerza. Observó desde la seguridad de la tienda mientras los hombres continuaban cavando, frotando y tamizando el suelo dentro y fuera de la zanja. Esbozó algunos de los artefactos que se habían encontrado, y también el sitio en sí, contenta con esa línea de trabajo en lugar de los trabajos más intensivos manuales que normalmente haría.

Nadie quería ver a una mujer echar a perder sus cuentas.

Lord Duncannon no la había visitado en el sitio y ella ignoró el hecho de que no verlo allí le revolvió el estómago de una manera desagradable. O podría estar batida por todo el vino que había bebido la noche anterior, habiendo tomado varias copas más después de dejar a Arthur. Afortunadamente, se había quedado dormida y no había ido a su habitación para permitirle que se conocieran más.

Hallie se frotó la frente, su mente no estaba tan aguda ni clara como normalmente estaría. No volvería a beber, se prometió a sí misma. No más beber para calmar sus penas. Enfrentaría sus miedos y su vida tal como su padre la educó para enfrentarlos. De frente y con la barbilla levantada.

"Aquí tienes," dijo una voz grave antes de que una cabeza asomara entre las solapas de la tienda.

Su corazón dio un salto al verlo, todos sus rasgos rubios y divinos y una sonrisa que seduciría a una monja. "¿Qué estás haciendo aquí?" preguntó, poniéndose de pie, apretando su cuaderno de bocetos contra el pecho como para protegerse de él con armadura de papel.

"Vine a ver si has cambiado de opinión."

"No lo he hecho," replicó ella, alejándose para colocar la pequeña mesa de trabajo entre ellos.

Entró en la tienda, con una mano corriendo distraídamente sobre la mesa mientras caminaba hacia ella. "Tal vez necesites un recordatorio de lo bueno que puede ser lo nuestro."

Hallie cerró los ojos, no era necesario recordarlo. Podía recordar cada segundo de su tiempo juntos en Surrey. Cada toque y mirada, la forma en que sus labios tomaron los de ella, exigentes y, sin embargo, suaves y flexibles.

"Sé que estás mintiendo, querida. Ven y bésame."

Ella se detuvo y él continuó paseando por la mesa, alcanzándola. "Bésame, Hallie. Si después de nuestro beso aún no sientes por mí nada más que amistad, no volveré a molestarte. Lo prometo" dijo, haciendo la señal de una cruz sobre su pecho.

Hallie frunció los labios, debatiendo la oferta. Ciertamente le permitiría decirle al menos que su beso no la afectó, incluso si lo hiciera.

"Muy bien, puedes besarme. Una vez. Y eso es todo." "Y eso es suficiente, te lo aseguro," dijo.

rápidamente, levantándola en sus brazos y tomando sus labios sin dudar.

EN EL MOMENTO en que los labios de Arthur tocaron los de Hallie, supo lo que era sentirse bien. La mujer en sus brazos era su otra mitad en este mundo. Él estaba seguro de ello. Ella se derritió contra él y él profundizó el abrazo, queriendo mostrarle todo lo que ella le hacía sentir, y le hacía sentir muchísimo.

Más de lo que jamás había sentido con nadie más. Lo supo en el momento en que la tocó en Surrey, ella era diferente. Su alma sabía que ella era la indicada. Ahora, tenía que convencerla a ella y a su familia, a quienes no les impresionaría que se casara con una mujer fuera del ámbito en el que circulaban.

"Eres tan dulce," dijo, levantándola para colocarla en su banco de trabajo. Ella jadeó ante la acción y él aprovechó la oportunidad para besarla larga y profundamente. Su cuerpo rugió a la vida cuando ella le devolvió el beso con tanta pasión como recordaba, aumentando su necesidad de ella. Había pasado tanto tiempo desde que había estado con una mujer y especialmente con una mujer que lo hacía sentir mucho más que seducción.

Quería más para Hallie. Quería hacerla feliz tanto en estas situaciones como en la vida cotidiana. Quería darle un hogar, seguridad y, si Dios quiere, hijos.

Sus manos se aferraron a sus hombros antes de deslizarse alrededor de su cuello, acercándolo. Podía sentir sus pechos levantándose con cada respiración contra su pecho y ansiaba ahuecarlos. Arthur mantuvo las manos en su cintura, exigiéndoles que se quedaran quietas y no se movieran. No empujarla demasiado lejos. La necesitaba en su vida, no que huyera por miedo.

Su lengua se deslizó contra la suya y él gruñó. Maldita sea, ella lo tentaba como el canto de una sirena. Se acercó aún más, colocándolo con fuerza contra su cuerpo. Lástima que ambos estuvieran completamente vestidos. Él ondeaba contra su sexo, provocando un grito ahogado en ella. Su pierna envolvió la de él, acercándolo aún más.

La polla de Arthur estaba tan dura como una varilla y empujaba contra su sexo, la acción lo provocaba y luchaba por no derramarse en sus pantalones como un muchacho verde. Su respiración ronca le hizo cosas raras, y aceleró el paso. Si alguien hubiera entrado, habría parecido como si estuvieran en celo como dos bestias salvajes. Quería tenerla de nuevo, soñó con eso a menudo durante años, si era honesto consigo mismo.

El sonido de la risa de los hombres fuera de la tienda lo hizo volver a su ingenio y se soltó de sus brazos, alejándose. Saltó de la mesa, sosteniéndola como apoyo justo cuando Bruce subía las solapas de la tienda y entraba, quitándose la gorra cuando los vio.

"Señorita Hallie, hemos encontrado otro artefacto de oro. ¿Quiere echarle un vistazo antes de que nos adentremos más en el suelo?"

Arthur la observó mientras luchaba por recuperar la compostura. Se revisó el cabello y luego, mirando a su alrededor, agarró su gorro de lana que le gustaba usar y, poniéndolo en su cabeza, salió de la tienda sin decir una palabra.

Arthur se inclinó sobre la mesa, respirando profundamente para calmarse. Maldita sea, el único beso que había pedido había progresado demasiado rápido que incluso

ahora su cabeza daba vueltas. La miró, esperando que ella no lo despidiera después de su error de etiqueta.

Había algo entre ellos y necesitaba descubrir qué era eso. Tenía la ligera sospecha de que era algo parecido a lo que su buen amigo el duque de Whitstone sentía por su esposa.

Se pasó una mano por el cabello, revisando su ropa antes de salir para unirse a Hallie y sus trabajadores en la trinchera. Seguramente después de un beso como el que acaban de compartir ella estaría de acuerdo en que tenían algo especial. Algo que solo aparecía una vez en la vida.

Algo a lo que aferrarse y no tirar, sin importar los obstáculos.

* * *

MÁS TARDE ESA NOCHE, Hallie se sentó en el salón, escuchando a Willow hablar de su día y de que su tía le había dado su aprobación para visitar su sitio de excavación al día siguiente. Todas las palabras de sus amigas se perdieron en ella, ya que su atención había sido cautivada por el muy mortal y seductor Lord Duncannon, quien hablaba con un grupo de caballeros al otro lado de la habitación, incluido el Baron Bankes.

Después de perder a Omar, había jurado no verse afectada ni arrastrada a los juegos de los hombres. Pero claro, Lord Duncannon no se parecía a la mayoría de los hombres. El hecho de que ella lo hubiera conocido antes de irse a Egipto también era un factor. Incluso entonces, cuando apenas conocía al caballero, había sentido una conexión con él. Lujuria, más que nada. De eso estaba segura ahora que sabía cuál era esa emoción.

Y estaba sintiendo esa emoción una y más. Un sentimiento en el que no quería profundizar demasiado en este momento. Caminar por ese camino significaba arriesgar su corazón, y no estaba segura de poder sobrevivir a que se rompiera por segunda vez.

Ella maldijo por dentro por ser débil. Necesitaba ser fuerte, por su propia brújula moral y por su hijo. Estar con un hombre de nuevo era un riesgo y estaba segura de que incluso por muy sexy que fuera su señoría, no valía ese precio.

Él se rio de algo que dijo el barón y su corazón dio un vuelco. Ella suspiró, tal vez valiera ese precio...

“¿Hallie? ¿Has escuchado una palabra que te dije?”

Hallie se volvió hacia Willow y luchó por recordar lo que su amiga le había estado diciendo. Algo sobre el encaje ... "Lo siento, Willow. Estaba en las nubes."

"No lo estabas," replicó su amiga. "Estabas mirando a cierto dios rubio al otro lado de la habitación."

El calor floreció en sus mejillas y negó con la cabeza, descartando físicamente la idea a pesar de que su mente gritaba, sí, sí, ella lo estaba mirando y disfrutando cada momento. "Por supuesto que no lo estaba. Simplemente estaba mirando a los invitados, eso es todo. Lady Hayes se ve muy bonita esta noche".

Willow lanzó una mirada superficial a Lady Hayes y volvió su mirada incrédula a Hallie. "Por favor, incluso yo puedo mentir mejor que eso. Estás resbalando, Hallie. Solías ser mejor en mentiras".

Ella se encogió de hombros, su mirada inquietantemente se deslizó de nuevo a Lord Duncannon. Como si sintiera su inspección, miró en su dirección, sus labios se torcieron en una sonrisa desenfadada. Su estómago se apretó. ¿Qué iba a hacer ella con él?

"Tenemos la edad suficiente para saber que, si eres discreta puedes tener un amante," susurró Willow, acercándose para garantizar la privacidad. "Nadie necesita saberlo."

"No," dijo, odiando la idea. "Ya he tenido un hijo fuera del matrimonio, no lo volveré a hacer. Estoy contenta como estoy. Soy independiente, o lo seré muy pronto y en los próximos meses podré regresar a Surrey con Ammon y vivir tranquilamente. No necesito nada que se interponga en eso".

"Por supuesto que la decisión es tuya, pero debes ver que Lord Duncannon puede valer la pena el riesgo."

"Quizás deberías llevarlo a tu cama ya que te gusta tanto la idea."

Willow jadeó, sus ojos se abrieron en shock. "No soy yo en quien está interesada, de lo contrario probablemente ya lo habría hecho. Sé que mi tía quiere que me case bien, pero después de todos estos años en sociedad y sin perspectivas, temo que su sueño sea en vano. Estoy destinada a ser solterona. Al menos te tendré de compañía".

Hallie se rió entre dientes. "Eres incorregible." Se volvió para mirar a Lord Duncannon. Tenía una conversación profunda con Lord Bankes sobre algo y ambos parecían absortos en el tema. Probablemente caballos o perros.

"¿Lo has besado desde que estuvo aquí? Siento que no me lo estás contando todo". Willow arqueó una ceja en interrogación.

¿Cómo podía decirle a su amiga después de todo lo que le había dicho sobre su señoría que lo había besado y algunas otras cosas? Permitió que la tocara mientras ambos eran invitados del barón, que se deslizara contra su cuerpo de la manera más evocadora para provocarlos a ambos.

Ahogó un suspiro al recordarlo. Todo era delicadeza y un pasatiempo al que podía acostumbrarse. Aun así, había algunas cosas que Willow o cualquiera de sus amigas no necesitaban saber y esta era una de ellas. Nada saldría de su único beso en la tienda, por lo que sería una tontería involucrar a su amiga o hacer que se ilusionara con su señoría.

"No," mintió, tomando un sorbo de vino. "Y tampoco lo haré."

* * *

ROBERT TOMÓ un sorbo de whisky y observó a Hallie y Lord Duncannon intercambiar miradas acaloradas a través de la habitación. La chica tonta estaba caliente con el hombre, y él también era un participante dispuesto, según su opinión. Lástima que su conocimiento de la señorita Evans arruinaría sus posibilidades con su señoría. Si Lord Duncannon no rechazaba una alianza con esta chica cuando conociera sus secretos, entonces su familia seguramente se aseguraría de que ocurriera.

"Señorita Evans," dijo, acercándose a ella. "Se ve particularmente bonita esta noche. ¿Es otro vestido prestado de la señorita Perry?"

Ella giró la cabeza para mirarlo y él sonrió ante el desdén que ella tenía en sus ojos

por él. Bueno. Porque él también la despreciaba.

"Lo es, señor Stewart. Qué inteligente de su parte darse cuenta. ¿Estás muy familiarizado con el atuendo femenino de esta fiesta en casa?"

"Solo cuando se trata de usted," dijo, tomándola del brazo y alejándola de Willow. Hallie frunció el ceño ante su coraje. Él sonrió y continuó.

"Me alegra que estemos teniendo este momento para conocernos mejor. Me encanta estar informado, tener información sobre otras personas. Se podría decir que es un pequeño pasatiempo mío".

"¿De Verdad?" dijo, en forma aburrida y desinteresada. "Sí, de verdad, señorita Evans. ¿Quiere que le cuente una pequeña historia que escuché mientras viajaba por Roma el año pasado?" Ella se encogió de hombros y se llevó las manos al frente. Él miró sus manos, preguntándose si era un pequeño temblor lo que podía ver. "Por supuesto, si lo desea."

Se rio entre dientes, disfrutando de este pequeño juego más de lo que pensaba. "Que cierta mujer soltera de Felday había tenido un hijo fuera del matrimonio y con un general egipcio. ¿Se imagina el escándalo? ¿No me preguntará a quién me refiero?"

Su piel palideció visiblemente y se negó a mirarlo. "No preguntaré. Parece ser un asunto privado", respondió. Chica inteligente, pero no lo suficientemente inteligente. "Bueno, en eso puedo ayudar," dijo con total naturalidad. "Es usted, querida. ¿Se imagina un rumor así? Sin embargo, ¿ha sobrevivido tanto tiempo con ese bocado colgando de su cuello como una sogá?"

Ella no respondió y él se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de reclamar alguna reacción de ella. Ella era genial, esta señorita Evans, pero no lo suficiente como para escabullirse de este lío. Quería que ella se pusiera en ridículo. Parecer paranoica y poco clara con su pensamiento. Había visto morir a su primo sin pestañear. Hacer pagar a la educada y respetada señorita Evans por sus indiscreciones era la única responsabilidad. Su familia y su honor lo exigían.

"No voy a molestarla más, señorita Evans. Que yo sepa su secreto debe sorprenderla, lo sé, pero seré honesto con usted en cuanto a lo que voy a hacer con esta información, que es más de lo que jamás le has dado a mi primo. Usted y su amiga no le dieron a su señoría una segunda oportunidad".

Ella liberó su brazo del de él y dio un paso atrás. "¿Su primo, señor? No entiendo."

"No, supongo que no, pero se lo explicaré. Permítame decirle que sé todo lo que hay que saber sobre usted, señorita Evans. Sé de Ammon y dónde vive. También sé que Omar, su amante, era de una familia muy influyente y rica de El Cairo. Estoy seguro de que estarían muy interesados en saber que Omar, su único hijo, ha sido padre de un niño".

"No se atrevería," dijo. Tenía que darle crédito, donde pensó que ella podría sucumbir a los vapores o las lágrimas, en cambio ella lo miró con furia, su boca se tensó en una línea dura y determinada.

"Oh, lo haría. De hecho, tengo toda la intención de decirles a todos en Londres y aquí en esta fiesta quién es realmente. Que no es nada más que una puta que, aunque le daré el crédito de tener una mente, sigue siendo solo una mujer en busca de una pelea difícil".

"¿Por qué me está haciendo esto?" preguntó ella y él casi pudo sentir pena por ella. Se veía muy patética con el miedo que permanecía en las profundidades verdes de sus ojos. Qué triste que, como mujer independiente que era la señorita Evans, se volviera patética al primer signo de desacuerdo.

"Mi primo, Lord Oakes probablemente pidió lo mismo antes de que lo dejara morir quemado. No merecía su destino y fueron usted y la señorita Ava Knight quienes le quitaron su futuro. Así que ahora te quitaré tu futuro, a menos que hagas lo que te pido".

Echó un vistazo a la habitación. Robert hizo lo mismo, notando que estaban bastante solos. "¿Qué desea?" susurró, su voz temblorosa.

"Dinero. Quiero lo que ganes aquí en esta excavación y cualquier otra excavación en el futuro previsible. Yo también tengo un futuro, vea que necesito planificar y trabajar hacia él. Me ayudará a obtener todo lo que quiero".

"Pero si le doy todo lo que gano, ¿qué me quedará para vivir? Tengo gastos como los suyos, señor Stewart".

Él se encogió de hombros. "No es mi problema. Hará lo que le pida o le diré a lord Duncannon y a la familia de su hijo todo lo que está escondiendo y dejaré que los dados rueden. Puede permitir que el destino elija tu futuro, o puede hacerlo usted."

Ella lo miró fijamente por un momento y él la vio debatir, sopesando lo que él le estaba exigiendo. La miró con interés, sabiendo ya que ella estaría de acuerdo con su demanda. ¿Qué opción tenía ella? Ella no tenía elección.

La señorita Evans asintió con la cabeza y se alejó, dejó su vaso y salió de la habitación. Él sonrió. "Justo como pensé."

Hallie huyó del salón y, al ver gente en la escalera y sin estar de humor para charlar, se dirigió a la parte trasera de la casa y a las escaleras de servicio que usaba a menudo durante el día. Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas y se las secó, no queriendo que nadie la viera molesta.

¿Qué iba a hacer ella? Las ciento cincuenta libras que le iban a pagar por esta excavación se habían destinado a las deudas impagas y a estabilizar su futuro y el de su hijo. Ella había querido comprar algunas cosas nuevas para el niño y ayudar a pagar a su prima por el bienestar que le proporcionó durante los últimos años. El dinero era su seguridad y protección cuando no tenía trabajo. Tener que regalárselo al señor Stewart simplemente porque ella estaba involucrada en el reino de locura de su primo era en sí mismo una locura.

Hallie se desplomó en un sofá de una habitación desocupada, mirando la chimenea apagada frente a ella. La arruinaría, de eso no tenía ninguna duda. El odio que leyó en sus ojos fríos fue prueba de ello. Cualquiera que los hubiera mirado, no habría visto su odio oculto hacia ella, pero estaba allí, enmascarado bajo una boca sonriente y una voz encantadora.

Bastardo.

Ella moqueó y se secó la cara. ¿Cómo era posible que existieran hombres como el señor Stewart? Dudaba que intentara semejante plan con un caballero. No, solo apuntaba a mujeres. Sólo a mujeres como ella que tenían mucho que perder y que no tenían familia, ningún hermano que las defendiera.

"¿Hallie?"

Ella saltó y se volvió para ver a Lord Duncannon de pie en la puerta, la luz del pasillo detrás de él lo iluminaba, pero dejaba sus rasgos demasiado oscuros para leer.

"¿Puedo ayudarlo, mi señor?" preguntó, volviéndose para mirar hacia atrás a la chimenea, no queriendo que él la viera molesta.

"Te vi con el Sr. Stewart y parecías molesta por su conversación. Quería asegurarme de que no te haya lastimado de ninguna manera".

Cerró los ojos en parte exasperada de que Lord Duncannon fuera lo suficientemente consciente de ella como para saber cuándo estaba herida y en parte placer de que le importara lo suficiente como para ver si estaba bien. "El Señor. Stewart simplemente estaba siendo un hombre. No hay necesidad de preocuparse por mí, mi señor. Soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma". Ella suspiró. Por supuesto, al pagarle al Sr. Stewart su salario, ella le mantendría la boca cerrada durante algunos meses, o al menos hasta que encontrara un nuevo empleo y entonces sus amenazas comenzarían de nuevo. ¿Cuánto tiempo planeaba mantener esta amenaza sobre su cabeza?

Probablemente para siempre. ¿Quién no seguiría pidiendo fondos y por lo tanto no tendría que trabajar ellos mismos? Se imaginaba a mucha gente.

Lord Duncannon entró en la habitación, cerró la puerta detrás de él antes de sentarse a su lado. Ella esperaba que él no pudiera ver que ella había estado llorando o él sabría

que ella había mentido y posiblemente podría hacer una escena con el Sr. Stewart sin conocer todos los hechos. No se sabía de lo que era capaz el hombre si estaba amenazado. Lo más probable es que gritara a todos los presentes que ella se había acostado con un general egipcio y tenía un hijo fuera del matrimonio.

"Estás molesta," dijo, tomando su mano y tirando de ella hacia él.

¿Cómo lo había sabido? El hombre debe tener visión nocturna para haber visto que ella había estado llorando. Su presencia la abrumaba, tentándola a apoyarse en su calidez y cuidado. Quedarme ahí para siempre.

"No se preocupe, mi señor. Por favor, no se entrometa", dijo, esperando que él dejara el tema.

"Hallie," suplicó, estirando la mano y apretando su mandíbula, volviéndola para mirarlo. "Me dirías si algo anda mal. Sabes que te ayudaría en cualquier cosa. No me gusta verte angustiada".

Ella liberó su mandíbula de su mano. Su toque la hizo querer cosas que no debería. Cosas que en el pasado la colocaron en la situación que ahora enfrentaba. El hombre era un problema, pero de una manera completamente diferente a la que le traía el señor Stewart. Una noche en sus brazos estaba comenzando a ser muy difícil de negarse a sí misma, especialmente cuando escapar a ese sueño podría sacarla de la pesadilla en la que el Sr. Stewart la hacía vivir.

"Estoy cansada, eso es todo, mi señor. Creo que me retiraré por la noche". Ella se puso de pie y él la detuvo tocándole el brazo.

"¿Tienes que irte? No te he visto hoy. Lord Bankes me pidió que lo acompañara a sus granjas arrendatarias y viera algunas de sus tierras. No pude negarme".

"Hay mujeres más elegibles y adecuadas en el salón, Lord Duncannon. Todavía me confunde por qué perderías tu tiempo conmigo. No encajamos". El recuerdo de Arthur en su cama esa noche en Surrey bombardeó su mente. Ella supuso que no encajaban no era del todo cierto. Se adaptaron muy bien cuando se juntaron en tales circunstancias. Pero la idea de para siempre, bueno, eso era un absurdo en el que no podía permitirse creer.

Su toque el otro día en el sitio de excavación, el calor abrasador y la necesidad que hizo que su cuerpo se sintiera tentado incluso ahora. La tentó cuando no debería. Mucho después de que él regresara a trabajar en la trinchera, ella ardía por su toque, por sentir sus labios implacables contra los suyos. Ella estaba condenada si tales deseos continuaban. Un defecto dentro de ella que quería cosas similares a los hombres. Querer la misma libertad, pero no poder tenerla.

"No me importa lo que piensen los demás. Necesito que sepas y creas que eres la mujer que anhelo. La única mujer que quiero en mi cama". Él se acercó aún más, agarrando su rostro con ambas manos. "Ardo por ti, Hallie. Lo hago desde hace años. Sé que nuestra historia es tan turbulenta como el primer viaje en carruaje que me ofreciste en Surrey, pero eres la única mujer que nunca he podido olvidar. No quiero arrepentirme de no saber si tú y yo podemos ser más que nuestra historia".

Ella lo miró fijamente, con su mente dando vueltas para entender lo que estaba diciendo. "No soy para ti, Arthur. Tu familia nunca me aceptaría, y si me conocieras, sé que tampoco lo harías". Hallie se estiró y juntó sus manos, jalándolas hacia abajo para

sentarse en su regazo. "Estaría mintiendo si no admitiera que te quiero. Que por la noche el anhelo en mí de estar contigo me da ganas de dejar a un lado todas las reglas de etiqueta y colarme en tu habitación, pero eso no cambiaría nada. Hay cosas en mi pasado que no puedo cambiar y son cosas que no creo tú o tu familia entenderían. Por favor, quiero que sepas que no puedo darte lo que quieres. Arriesgo demasiado con tales acciones".

Él frunció el ceño, sus manos agarraron las de ella en un agarre implacable. "¿Qué ha sucedido que te hace creer eso? Conozco a mi familia, una vez que te conozcan, te adorarán. Eres la hija de un caballero y yo soy un caballero. No veo ninguna razón por la que no pueda cortejarte al menos".

Su respiración se atascó ante la dulzura de él. Ser cortejada y coqueteada sonaba celestial, si no fuera una mujer que había tomado a un amante fuera del matrimonio y había dado a luz a su hijo sin remordimientos.

"Ya no me cortejan. Ese tiempo ha expirado hace mucho".

"Por favor," suplicó, apretando sus manos. "Déjame al menos intentar conquistarte y si no deseas perseguir un futuro conmigo, entonces te dejaré en paz. Te lo prometo."

Hallie se puso de pie y se acercó a la ventana, mirando los terrenos oscuros que tenían solo una pequeña cantidad de luz de luna para iluminar el camino de cualquiera. Ella pensó en su propuesta. No es que pensara que podría conducir a algo, pero si el Sr. Stewart pensaba que Lord Duncannon la estaba cortejando, también podría dejarla en paz. De hecho, podría detener sus amenazas.

Se volvió hacia su señoría, odiando en parte que lo fuera a usar para mantener al señor Stewart a distancia. "Muy bien. Dejaré que me cortejes, pero quiero que sepas que no creo que nada pueda salir de esta unión. Aun así, será agradable que un apuesto caballero me corteje."

Él sonrió y se puso de pie, acercándose a ella. "Crees que soy guapo."

Ella se rio entre dientes. "Sabes que lo eres," dijo ella, tomando aire mientras él se acercaba a su persona, su pecho rozando el de ella y haciendo que le doliera el cuerpo.

"Eres tan hermosa." Su aliento le hizo cosquillas en los labios.

Hallie podría acostumbrarse a que Arthur le hablara de esa manera. Hacía mucho tiempo que no le susurraban palabras tan dulces. Incluso con todo trabajando en su contra, su familia y su pasado, ella no podía evitar caer en la danza del cortejo.

Ella se inclinó hacia él y lo besó, sonrió interiormente mientras él se quedaba quieto un momento con sorpresa antes de levantarla con fuerza contra él y devolverle el beso. Sus labios tomaron los de ella y ella se abrió para él de inmediato, queriendo sentir su toque, el deslizamiento de su lengua contra la de ella, su calor y deseo. Todo solo para ella.

Estar con él era delicioso.

Su beso, al igual que todo lo que habían compartido, pasó de ser dulce y tentador a caliente y exigente en un momento. Solo con Arthur tenía esta reacción. Esta necesidad que se elevaba dentro de ella y la dejaba dolorida y deseando más. Siempre más.

"Deberíamos parar. Cualquiera podría entrar", jadeó, alejándose. Besó su cuello, su lengua se deslizó contra su clavícula. Ella se aferró a sus hombros, sus rodillas se

debilitaron de repente.

"Dios, hueles bien." Le besó la oreja y le lamió el lóbulo. Hallie cerró los ojos, un escalofrío recorrió su cuerpo. Maldita sea, era bueno en la seducción. Bueno para hacer que cualquier mujer que estuviera en sus brazos se sintiera especial. "Es difícil de parar," admitió.

Con gran dificultad, empujó su pecho, separándolos. Dio un paso atrás, con la decepción escrita en su rostro. Una decepción que podía entender bien, ya que ella también la estaba sintiendo bien en este momento.

"¿Vas a ir al sitio de excavación mañana?"

"Sí," dijo, revisando su vestido y asegurándose de que su cabello estaba como estaba antes de que comenzaran a abrazarse. "¿Vendrás a ayudarme? Espero comenzar una segunda trinchera mañana".

Él se acercó por detrás de ella, envolvió sus brazos alrededor de su cintura y besó su cuello rápidamente. "Lo haré. Primero tengo que escribir algunas misivas a mi mayordomo, y luego estaré allí. Llevaré el almuerzo si quieres hacer un picnic conmigo".

La idea de tener una comida encantadora con él en el lugar de la excavación, encontraba placer con tan solo tenerlo cerca, sin embargo, trabajar juntos, hacía que su corazón se acelerara. A Arthur no sólo le gustaba lo que hacía, sino que la apoyaba, algo le decía que tal vez ya no era el pícaro que se decía que era. No todos los hombres serían tan complacientes. Ciertamente no titulados.

"Me gustaría eso. Gracias."

* * *

ARTHUR PASÓ la mañana escribiendo cartas a su mayordomo sobre sus dos propiedades y luego se dedicó a escribir una carta a su abuela. Había estado posponiendo el envío de una misiva simplemente porque la última vez que ella le había escrito, ella había respondido, largamente, con respecto a su continuada soltería y su falta de perspectivas o inclinación hacia el matrimonio.

Todo eso había cambiado. El beso del otro día en el sitio de excavación, para empezar, y ahora, la noche anterior, había parecido ser un punto de inflexión para él y Hallie. Que ella le permitiera cortejarla era un gran paso para ella y un gran alivio para él.

Ahora tenía que escribir a su abuela y explicarle de qué se trataba y a quién cortejaba. Estaba seguro de que una vez que conociera a Hallie se enamoraría de ella tanto como temía que él estuviera en camino de hacerlo.

Nunca había sentido tal conexión con nadie antes en su vida y finalmente tenerla de regreso en Inglaterra y estar dispuesto a ver lo que podría suceder con ellos era un deseo que nunca pensó que se haría realidad.

"Ah, lord Duncannon, ¿puedo entrar? Hay un libro sobre botánica que el Barón Bankes mencionó y estoy ansioso por leerlo".

Arthur levantó la vista de la firma de la carta a su abuela y asintió con la cabeza al Sr. Stewart, que estaba en el umbral de la habitación. "Por supuesto. Por favor, pase. En

cualquier caso, casi he terminado aquí”.

El caballero escaneó las estanterías mientras Arthur selló con cera sus misivas y las selló con el emblema de su familia. Por el rabillo del ojo vio el progreso del hombre, algo raro había sobre el caballero que no estaba sentado a su lado. Arthur no podía decir exactamente de lo que desconfiaba, tal vez un instinto, pero había algo decididamente extraño en el hombre. Desde luego, a Hallie no le agradaba, y su presencia la desconcertaba, más de lo que admitiría. Soportaría vigilarlo.

“Qué fiesta en casa más deliciosa”, dijo Stewart, de espaldas a Arthur mientras continuaba su búsqueda. “No creo que alguna vez haya estado en una con invitados tan agradables. ¿No está de acuerdo, Lord Duncannon?”

Arthur había estado en muchas fiestas en casas a lo largo de los años, algunas con personas mucho más amistosas y agradables, pero es posible que el Sr. Stewart no haya ido a tantas como él y asintió con la cabeza, mostrando su apoyo. “Ha sido una estancia de lo más agradable.”

“¿Ha estado ya en el sitio de excavación arqueológica? Debo admitir que todavía tengo que investigarlo, pero creo que la mujer que está a cargo, la señorita Evans, es muy competente.”

“Lo es,” estuvo de acuerdo, al menos en este punto, el Sr. Stewart tenía razón. “De hecho, mañana comenzarán una nueva zanja. Estoy seguro de que en los próximos días encontrarán muchos artefactos nuevos para fechar y explicar”.

“Oh, sí, sin duda,” estuvo de acuerdo el Sr. Stewart. “Tengo entendido que pasó algún tiempo en Egipto. Qué exótico de su parte. Las historias que podría contar si solo pudiera.” Él rio entre dientes. “¿No está de acuerdo, mi señor?”

Arthur dejó las cartas sobre el pisapapeles plateado en el escritorio para que el personal las enviara y se reclinó en el sillón de cuero con respaldo de orejas. Juntó los dedos delante de él, mirando al señor Stewart pasearse por los estantes. Entrecerró los ojos, comenzando a dudar de que su único propósito aquí era hablar de Hallie y no de este libro sobre botánica.

Se le encogió el estómago ante la idea de que al señor Stewart le podría gustar Hallie más de lo que dejaba ver y estaba buscando ver si tenía competencia. “Me imagino que ella sabría mucho sobre el área y la gente. Sé por amigos en común que estaba muy enamorada del país”.

“Quizás hay más en eso de lo que sabemos”, dijo. “Las mujeres, después de todo, son seres misteriosos con muchos pensamientos y sueños dentro de sus mentes.”

Arthur miró la espalda del Sr. Stewart, la idea de que Hallie tenía más vida que trabajo en Egipto nunca había pasado por su mente. No creía que la cultura permitiera bailes como los a los que había asistido en Almacks con sus numerosos amigos. Eso no significaba que no ocurrieran o que ella hubiera tenido la capacidad de conocer gente. Hombres...

“Ah, ja, aquí está,” dijo, sosteniendo el grueso tomo y mostrándole a Arthur. “Estoy tan contento de que el Barón Bankes no me hubiera llevado a una alegre persecución. Un libro como este es justo lo que necesito en una finca tan grande y solitaria”.

Arthur miró hacia el escritorio, pensando en Hallie y su tiempo en el extranjero.

"Espero que disfrute su libro," dijo, poniéndose de pie. "Visite el sitio de excavación, señor Stewart. Creo que lo encontrará bastante interesante".

El hombre no respondió, simplemente asintió. Arthur salió a la entrada y se dirigió a su habitación. Lo que el señor Stewart había dicho hizo que Arthur se detuviera. Nunca había pensado en Hallie en Egipto y sus muchos años allí debieron dedicarse a algo más que excavaciones arqueológicas. Por supuesto, sus días eran largos y arduos y de mucho trabajo, pero eso no significaba que fuera lo único que Hallie hiciera cuando no estaba.

¿Alguien en el extranjero la había cortejado? Hubo muchos ingleses que viajaron al extranjero, que fueron a Egipto y más al este para estudiar y conocer nuevas tierras. ¿Alguno de ellos había mostrado interés en Hallie? ¿Por qué otra razón diría el Sr. Stewart tal cosa? No se podía confiar en el hombre y Arthur no pudo evitar pensar que estaba insinuando algo.

¿Pero qué?

Se frotó la mandíbula, pensando en la perspectiva. No significaba en absoluto que Hallie hubiera sido cortejada por un inglés. ¿Y si hubo un hombre de Egipto que captó su atención? ¿La había cortejado?

Y la había amado tanto como él temía comenzar a hacerlo.

* * *

HALLIE SE DEDICÓ A TRABAJAR durante los siguientes días. La nueva trinchera estaba en marcha, un proceso lento a mano y no podía evitar esperar que algún día esas tareas pudieran ser más fáciles con algún invento o artilugio de algún tipo.

Desafortunadamente, el Sr. Stewart la había visitado ayer mismo, hablando sobre lo que habían encontrado y lo interesante que era descubrir cosas que se perdieron. Uno de sus comentarios particulares sobre el pasado y cómo las cosas nunca permanecían enterradas por mucho tiempo fue de particular interés y pareció hacerle reír de sus propias amenazas.

Ella lo había mirado, deseando que él viera cuánto lo odiaba a él y sus chantajes. No podía confiar en él o en que mantendría la boca cerrada si le pagaba. Estaba tramando algo más que tomar el dinero que tanto le costaba ganar, y la boca de su estómago se revolvió porque él no estaría satisfecho con esa compensación.

Después de una hora más o menos, se alegró de verlo irse y estaba especialmente complacida con la lluvia que había atravesado y que había asegurado su partida. A pesar de todo lo que decía sobre disfrutar de su tipo de trabajo y estar al aire libre en la naturaleza, no tenía una opinión muy buena del lugar o el clima.

Lamentablemente, la lluvia había seguido atravesando Somerset y tuvo que abandonar el sitio de excavación y regresar a la finca varias horas antes de lo planeado. Los hombres habían colocado lonas sobre las trincheras para tratar de evitar que el suelo se empantanara demasiado, pero a medida que avanzaba la tarde, la lluvia parecía volverse más intensa.

Hallie pidió un baño y, con la ayuda de una criada, pudo quitarse la ropa empapada sin problemas.

"La llevaré abajo para que se seque, señorita Evans. ¿Necesitará algo más antes de que me vaya?"

"No, gracias," dijo, caminando hacia la puerta para cerrarla antes de bañarse. "No necesitaré nada más esta noche." Hallie cerró la puerta y luego, afortunadamente sola, se hundió en su baño caliente. Los sirvientes lo habían colocado frente al fuego bien encendido y ella se recostó, relajándose en el pequeño lujo que brindaba esta estancia en la casa.

Sonrió al pensar en estar de vuelta dentro su cabaña en Felday. La pequeña casa no tenía espacio para un baño tan grande. Tendrían que conformarse con un baño moderno y uno en la cocina cuando surgiera la necesidad.

Hallie tomó el jabón que olía a hierbas frescas y limpió la suciedad del día de su piel. Una vez que se completó este trabajo, esperaba hacer una o dos excavaciones arqueológicas más antes de recoger a su hijo de manos de su prima y regresar a Surrey. La amenaza del Sr. Stewart ahora le impedía seguir su plan.

¿Qué iba a hacer ella?

Quizás podría buscar al caballero y pedirle que reconsidere su amenaza. Había muy pocos a los que podía acudir. Por supuesto que Willow la ayudaría, pero si la sociedad se enterara de su hijo y de que no estaba casada, las personas asociadas con ella quedarían contaminadas.

No podía contarle a Willow la demanda del señor Stewart, porque sabía que su amiga la defendería incluso si fuera bajo su propio riesgo.

Lamentablemente, se le había ocurrido la idea de enterrar al Sr. Stewart en una de sus trincheras. Ciertamente solucionaría todos sus problemas y siendo un hombre que amenazó a una mujer vulnerable, dudaba que lo extrañaran mucho en este mundo.

Un ligero golpe sonó en su puerta y se sentó en la bañera, el agua salpicando por el costado. "¿Quién es?" preguntó, agradecida de haber cerrado la puerta.

"Soy yo. Duncannon. Necesito hablar contigo."

Se sentó en la bañera un momento más, sin saber si quería hablar con él. Cada vez que estaba cerca de él, la hacía sentir y hacer cosas que se había prometido a sí misma que nunca sentiría o haría desde que perdió a Omar. Aun así, se puso de pie, agarró la toalla de una silla cercana y se envolvió en ella, caminando hacia la puerta. "¿Qué deseas?" susurró, esperando que nadie viera a su señoría susurrar a su puerta como un amante después de una cita de medianoche.

"¿Puedes reunirte conmigo en el salón trasero de la planta baja? Todos están en el salón del frente esperando que se anuncie la cena, pero necesito hablar contigo".

Hallie frunció el ceño. ¿De qué necesitaba hablarle Lord Duncannon? "Bajaré directamente. Nos vemos allí."

Escuchó en la puerta mientras sus pasos se alejaban sonando en el pasillo alfombrado. Hallie se vistió rápidamente con un vestido de tarde limpio. El corpiño le quedaba un poco ajustado y el corte del vestido tenía un par de años, pero todavía estaba razonablemente sin usar y le quedaba bien a su color.

Mientras bajaba las escaleras, no pudo evitar preguntarse de qué quería hablar él. Tampoco pudo evitar debatir si debería confiar en él sobre el señor Stewart. No tenía que

mencionar a su hijo, pero podía mencionar cuál había sido su pasado en Egipto y que el señor Stewart amenazaba con exponer. Le daría una buena indicación de lo que lord Duncannon pensaba de sus acciones.

Su pasado como una mujer que se había enamorado y se había acostado con otro hombre fuera del matrimonio. Si él la apoyaba y no se ofendía, podría ser alguien a quien ella pudiera acudir en busca de ayuda, para eventualmente hablarle de su hijo. Lord Duncannon tenía amigos poderosos, muchos de los cuales podían hacer que Stewart mantuviera la boca cerrada y la dejara en paz para siempre.

El salón estaba a oscuras y, sin embargo, una pequeña vela ardía en la repisa de la chimenea y se había encendido el fuego. Lord Duncannon se acercó a ella cuando entró y cerró la puerta detrás de ella, ayudándola a sentarse en una silla frente a la chimenea.

"Hay algo que necesito preguntarte y puedes decirme que me vaya al diablo, pero realmente espero que puedas decirme la verdad."

"Si puedo lo haré." Ella lo miró mientras él se sentaba en una silla cercana, moviendo las manos en su regazo. Los nervios se acumularon en su estómago de que tal vez el Sr. Stewart ya había estado trabajando con su señoría y envenenando su mente contra ella.

"Estoy nervioso de preguntarte lo que quiero," admitió.

Hallie sonrió para tranquilizarlo y, sin embargo, su estómago se revolvió. ¿Qué era lo que quería saber? O peor aún, ¿qué sospechaba? "Pregúntame, Arthur, o me pondrás tan nerviosa como tú."

Respiró hondo y la miró fijamente. "Quería preguntarle sobre su tiempo en Egipto. Cómo era tu vida allí".

Todo dentro de ella se calmó. Hacer una pregunta así dejaba muy claro que Stewart había estado susurrando ideas en la cabeza de la gente. ¿Con quién más había hablado? ¿Qué otras sugerencias les había hecho pensar? Por supuesto, podría estar volviéndose paranoica, pero lo dudaba mucho. El hombre estaba empeñado en arruinar su reputación. "Era una vida muy ocupada. Teníamos varios sitios de excavación que el Sr. Shelly estaba supervisando y cada día se encontraba y catalogaba un nuevo artefacto. Eres el benefactor del Museo Británico, seguramente sabrás tan bien como cualquiera lo ocupados que estábamos. El museo recibió varios artefactos de nuestra parte".

"Por supuesto," dijo, con un pequeño ceño fruncido entre los ojos. Ella lo miró un momento y pudo ver que él estaba luchando con alguna verdad o una pregunta que no estaba seguro de que debía hacer. O saber cómo infringir. "¿Tenías mucha vida social en Egipto?"

Y ahí estaba, la única pregunta que había estado temiendo. Aun así, sintió un poco de alivio por lo que él había pedido. No tenía por qué hablarle de Ammon, pero no ocultaría el noviazgo con Omar. Ella lo había amado, con todo su corazón y nadie cambiaría ese maravilloso momento de su vida. "Disfruté de cenas y bailes similares a los celebrados en Londres en la casa del Cónsul General en El Cairo. El Sr. Henry Salt tenía estrechos vínculos con el gobernante de Egipto, el Pasha Mohamed Ali, y las noches siempre eran interesantes y placenteras. El Sr. Salt es egiptólogo e inmensamente inteligente. Lo conoces, por supuesto. "

"Lo he visto una o dos veces. También ha donado antigüedades al Museo Británico".

"Por supuesto," dijo ella, creyéndolo bien. "Al igual que en Inglaterra, el gobernante de Egipto tenía una milicia, hombres que estaban bajo su dominio y lo protegían. Ellos también estaban a menudo en estos eventos, pero siempre observando, sin interesarse demasiado". Excepto por uno, por supuesto. Omar, que había visto a Hallie desde el otro lado de la habitación, y su mundo se había detenido al verlo. A él también, lo sabía.

Los ojos de Lord Duncannon se entrecerraron y ella pudo ver que estaba sopesando sus palabras. "¿Tú..." Se aclaró la garganta. "¿Te cortejaron mientras estabas en el extranjero?"

Hallie arqueó las cejas mientras pensaba en ese momento. Cómo la vista de Omar había hecho que su corazón se detuviera. Él no se había movido, simplemente la había mirado, y sin embargo, sus ojos se habían encendido de interés al verla y ella había sabido, de alguna manera, que sus vidas se entrelazarían.

"Mi tiempo en Egipto fue muy memorable y agradable. Lo extrañaré para siempre".

La miró y ella pudo ver en sus ojos que no quería secretos entre ellos. Si hablaba en serio acerca de cortejarla, suponía que no deberían tener secretos, pero algo en los ojos de Arthur la hizo detenerse. El miedo a escuchar sobre su pasado puede hacer que no le guste lo que escuchó paralizar su lengua. Le impidió formar las palabras de que se había enamorado en esa tierra antigua y maravillosa y no se arrepintió ni un poco de eso.

"Quiero que seamos honestos el uno con el otro, Hallie. Sin secretos."

"No hay nada que necesite saber, mi señor," mintió, esperando que él no pudiera leerla demasiado bien o decir cuando estaba tratando de ocultar un secreto. Él no estaba listo para escuchar sus verdades y, honestamente, ella no estaba lista para decírselas. No realmente.

"¿Que pasa contigo?" preguntó, cambiando el tema. "Eres bien conocido en Londres y muchas mamás desean volver la cabeza hacia sus cargos. ¿No hay nadie que tu abuela haya elegido para ti?"

Se rio entre dientes, reclinándose en su silla, juntando los dedos. "Estoy seguro de que hay muchas, pero ninguna de ellas adecuada. Nunca he sido de las mansas y apacibles," dijo, dándole una mirada aguda que hizo que su piel se calentara.

No era tan tonta como para no saber que él se refería a ella. Quería cortejarla después de todo, pero aun así, había tantos secretos entre ellos. Tantas cosas que no le agradarían si supiera la verdad. Por un momento pensó en contárselo todo de todos modos, poniendo toda su vida en Egipto sobre la mesa y dejando caer el hacha sobre su cuello o no.

Estaba segura de que Lord Duncannon era sobre todo un hombre de honor, pero claro, algunos eran de piel delgada cuando se trataba de mujeres y pensaban que habían sido engañados por el sexo opuesto "Supongo que eso explica por qué me estás cortejando entonces."

"Yo no soy ninguna de esas cosas".

"No lo eres." Vino y se sentó a su lado. Su cercanía la abrumaba. Por terrible que fuera, incluso escandaloso, anhelaba que la abrazaran, ser el centro de atención de otra persona. La forma en que lord Duncannon la hacía sentir era una reminiscencia de cómo se había sentido con Omar y era realmente embriagador.

Él extendió la mano, trazando sus labios con su dedo. "Eres tan hermosa que me quedo sin aliento cada vez que te veo."

Los nervios revoloteaban en su estómago. "¿Incluso cuando estoy vestida con mis pantalones y cubierta de barro?" bromeó, tratando de aligerar el estado de ánimo. Su mirada acerada puso fin a ese intento de negación y ella tragó.

"Incluso entonces."

Ella jadeó cuando él tomó sus labios en un beso feroz, su lengua recorrió la de ella. Su cabeza giró un momento antes de rodearle el cuello con los brazos y devolverle el beso. Ella también había querido besarlo de nuevo. Cada vez que lo veía en el suelo, fuerte y alto, musculoso y delgado, sus manos ansiaban recorrer su cuerpo. Sentir su piel cálida contra la de ella, su toque en su persona.

"Me distraes," admitió, besándola aún más profundamente.

Ella se apartó y se encontró con su mirada. "Es lo mismo para mí," dijo, besándolo de nuevo perdiéndose en él y en todo lo que él le ofrecía, al menos por ahora.

Arthur trató de controlar su necesidad de Hallie, pero sus dulces jadeos y sus besos decadentes hicieron que su ingenio se disparara. Él apretó su rostro y tomó todo lo que ella estaba dispuesta a darle. Había anhelado a esta mujer en sus brazos desde el mismo momento en que se separaron. Había soñado con ella constantemente y con las pocas mujeres con las que se había acostado a lo largo de los años, todas palidecían en comparación con ella.

No le importaba lo que su familia pensara de su elección, estaba bien y perfectamente hecha. Una esposa sin ingenio, una muñeca de sociedad que complacía a la alta sociedad, chismorreaba y tomaba té todo el día hacía que le doliera la mandíbula con disgusto.

Se encontró a sí mismo bajándola en el sofá, acercándose a ella. Hallie nunca lo aburriría, su mente por sí sola era lo suficientemente aguda como para mantenerlo alerta. Le encantaba viajar y estaría dispuesta a visitar lugares extranjeros sin dudarlo. Su vida apareció ante él, rica y plena y no pudo comprenderla lo suficientemente pronto.

Ella era toda curvas suaves y carne femenina que le hacía doler. Se sentó encima de ella, disfrutando de su calidez y aquiescencia. Quería esta vida con una desesperación que lo asustaba y, sin embargo, no podía evitar sentir que ella le estaba ocultando algo. Su vacilación al responderle sobre su tiempo en Egipto fue reveladora.

Quizás el señor Stewart estaba insinuando algo después de todo. ¿Qué era tan malo que ella no pudiera confiar en él? Él nunca haría nada que la lastimara, había pagado por ese error durante siete años, no lo volvería a hacer.

Una de sus piernas se deslizó sobre la de él y se apretó contra él. Frotó su polla dura como una roca contra su pubis y ella gimió a través de su beso. Tal como era en la vida, en el entorno privado en el que estaban ahora era reactiva, emocionante y tan dulce como recordaba.

Sería muy fácil seducirla, pero no lo haría. Aquí no. Necesitaba que ella confiara en él por encima de cualquier otra cosa y que viera qué podían estar juntos. Él no la apresuraría en esto.

Él se echó hacia atrás, su respiración entrecortada y, mirándola, notó que la suya también era trabajosa, sus pechos tensos contra su corpiño. El aroma de las flores se elevaba de su piel y supo que se había bañado antes de bajar. La imagen de ella en un baño, jabonándose y relajándose en el agua le hizo gemir.

“Debería acompañarte de regreso a tu habitación antes de que algo avance esta noche. No tenemos prisa”.

Se mordió el labio, sus ojos muy abiertos y un poco nublados por la excitación. Su mirada se posó en los labios y él maldijo por dentro. Sus pensamientos diciendo lo contrario eran tan claros como la palabra escrita. La elección era imposible. No quería irse. Quería levantarle el vestido, deslizarse hacia abajo en el sofá y darse un festín con ella, con cada parte de su persona. Entonces, y sólo cuando la tuviera retorciéndose de placer y rogándole que la tomara, se envainaría en su calor acogedor.

Cerró los ojos, tratando de borrar la imagen de hacer exactamente eso.

"Deberías." Ella deslizó su otra pierna sobre la de él, tirando de él con fuerza contra su núcleo. Incapaz de detenerse, se deslizó contra su carne, el placer lo meció hasta el centro. Su cuerpo rugió por tenerla.

Levantó las caderas, frotándose contra él, obteniendo su propio placer cuando él no se movía.

"Maldita sea, Hallie. Detente."

Una sonrisa maliciosa se deslizó por sus labios y su control se rompió. Él empujó contra ella y ella jadeó en su beso. La deliciosa fricción era demasiado. No se vendría aquí. No en el salón de la fiesta en casa del Barón Bankes.

Esta vez encontró la fuerza para separarse y se puso de pie, caminando hacia la ventana y levantándola. El aire fresco de la noche enfrió su piel y enfrió su necesidad de ella. Se inclinó sobre el alféizar, su cerebro exigiendo que se volviera y terminara lo que ambos querían.

Y maldita sea, él la deseaba.

La sintió llegar detrás de él y se enderezó. Ella envolvió sus manos alrededor de su cintura por detrás, abrazándolo con fuerza. "Haces que sea difícil parar. Te diré un secreto y luego podrás acompañarme a mi habitación".

Sus manos se deslizaron sobre su pecho y se quedó sin aliento cuando sus dedos se sumergieron entre los botones de su chaleco y se deslizaron contra su camisa.

"¿Qué es?" preguntó, curioso y con ganas de saber todo lo que había que saber sobre ella. Su abuela diría que estaba un poco obsesionado con ella, y tal vez lo estaba, pero su certeza de que ella era la indicada para él nunca había disminuido. Ni siquiera después de todos los años que estuvieron separados.

"Incluso con todos mis planes de viajar al extranjero que tenía antes de conocerte en Felday, había una pequeña parte de mí que esperaba que regresaras esa mañana. El destino te puso ante mí y no supe escuchar. Creo que ambos perdimos una oportunidad ese día, una que no estoy segura de que podamos recuperar".

Se volvió y la miró con el ceño fruncido. "Podemos recuperarlo, Hallie. Los sentimientos que tuve por ti no han hecho más que duplicarse desde ese día. Me ganaré tu afecto y tu confianza. Te prometo que nunca volveré a hacerte daño".

Ella asintió y él pudo ver que sus ojos se habían puesto un poco vidriosos por la emoción. "Te haré cumplir esa promesa, Lord Duncannon."

"Espero que lo haga, señorita Evans." Siempre.

* * *

HALLIE SE DESPERTÓ con el sonido de una fuerte lluvia golpeando el cristal de la ventana. Apartó las mantas de la cama y caminó hacia la ventana, apartando las oscuras cortinas de terciopelo para ver que el mal tiempo se había asentado y no parecía ir a ninguna parte.

Ella suspiró, debatiendo qué debería hacer. Había mucho trabajo por hacer en el sitio de excavación y aún podía lograrlo en la pequeña tienda que había levantado como

taller.

Terminando su aseo matutino, se vistió con calzones, camisa y chaqueta, se puso el abrigo y el sombrero de ala ancha que había usado en Egipto. Serviría para evitar que la lluvia le cayera por el cuello al igual que impedía que el sol le quemara la piel.

La caminata hasta el sitio de excavación tomó más tiempo de lo normal. El suelo ya estaba húmedo y pantanoso, sus botas se hundían media pulgada con cada paso. El sitio estaba vacío de trabajadores y eso le sentaba bien. Entró en la tienda, feliz de ver que todo estaba donde lo había dejado la última vez. Hallie encendió una lámpara y sacó su cuaderno de bocetos, necesitando esbozar sus hallazgos del día anterior y explicar qué creía que eran.

Durante algunas horas trabajó, dibujando y estudiando mientras afuera la lluvia golpeaba sin tregua el techo de lona, adormeciéndola con su ritmo tranquilizador.

La lona de la tienda se abrió y saltó al ver a Lord Duncannon, un cálido remolino de placer floreció dentro de ella al verlo.

Suspiró, el sonido se tiñó de alivio. "Estás aquí," dijo, más para sí mismo mientras entraba en la tienda y se quitaba el abrigo. Pasó una mano por su cabello húmedo y goteando, dejando los mechones dorados de punta. Se veía mortalmente guapo y, después de anoche, no estaba segura de que fuera una buena idea que estuvieran solos. Él la había dejado insatisfecha, y toda la noche ella había estado dando vueltas, queriendo más.

Ser molestada de esa manera sin obtener la liberación no era lo que ella constituía como un acto de caballero.

"Así es. Estoy catalogando nuestros hallazgos. ¿Qué estás haciendo aquí? Estás empapado". Ella miró su ropa, sus pantalones húmedos, su camisa que se pegaba a su persona y acentuaba cada una de las deliciosas curvas de los músculos en su abdomen. Hallie no pudo apartar los ojos de su pecho.

"Probablemente deberías dejar de mirarme como si quisieras morderme antes de que te deje," bromeó, enviándole una sonrisa maliciosa. "No te había visto por la casa y me preocupé. Cuando tu doncella dijo que te habías ido antes de que ella tuviera tiempo de servirte el desayuno, vine a ver cómo estabas."

Ella se rio entre dientes. "¿Pensó que me había escapado, mi señor? ¿Que tu seducción de anoche me había asustado?"

No dijo nada por un momento, simplemente la miró un poco mudo antes de aclararse la garganta, una vez más echándose el pelo hacia atrás. La acción hizo poco para enfriar su ardor. Si era honesta consigo misma, había comenzado a pensar que estaba un poco preocupada por él. Más de lo que era sano. Para ambos.

"Me preocupaba que lo hubiera hecho."

Ella lo miró rápidamente. "¿Por qué?"

Él arqueó la ceja, caminando alrededor de su mesa de trabajo, recogiendo algunos de sus hallazgos, inspeccionándolos antes de volver a colocarlos. "La idea de estar contigo de nuevo es lo que me levanta cada mañana y me mantiene avanzando durante todo el día. Que la idea de no tenerte a la vista, de no tenerte a mi lado mientras caminamos por esta vida me asusta. Que lo que siento por ti es más fuerte que lo que he sentido por

nadie y que no puedas corresponder esa emoción”.

Hallie se quedó inmóvil ante sus palabras, pues no esperaba tanta honestidad de su señoría. Tampoco pensó que lo que él había dicho resonaría tanto dentro de ella. Anoche había querido seguir caminando por el pasillo hasta su habitación, cerrar las puertas al mundo y perderse en los brazos del otro.

La puñalada de la decepción cuando hizo exactamente lo que dijo que haría fue profunda. Incluso ahora, aquí en el lugar de la excavación, todo lo que podía pensar era en estar con él así de nuevo, y posiblemente más.

Su mirada se dirigió rápidamente a la cama nido improvisada que le habían traído, por si acaso la atrapaban aquí o necesitaban descansar. Ahora brillaba como un faro de placer. Lo era, nadie se aventuraría aquí hoy con el mal tiempo, implacable.

Los nervios se le agolparon en el estómago y mantuvo su mano en el boceto de la moneda pequeña y redonda que había encontrado.

“Tienes hermosas manos. ¿Lo sabes?” Su mano que se había estado deslizando sobre la mesa de madera, se deslizó por la parte superior de la de ella y lentamente se abrió camino hacia su brazo. Un escalofrío recorrió su espalda y miró hacia arriba, encontrando su mirada. Estaba cargada de deseo y tomó un respiro para calmarse, dejando su lápiz.

"Está tocando mi brazo, mi señor."

Un brillo burlón entró en sus ojos. "Lo hago."

Ella se puso de pie, sus ojos al nivel de su cuello, su cuello muy bonito que conducía a un abdomen aún más bonito que incluso ahora, años después de que lo había visto por última vez, todavía le picaban las manos al tocarlo. Hallie estaba harta de negarse a sí misma. Era obvio que él la deseaba tanto como ella lo deseaba a él. Su respiración era profunda y, aunque lenta, sabía hasta el fondo que estaba tratando de controlar su deseo.

Ella no quería que lo hiciera.

Inclinándose hacia adelante, besó el pequeño hueco en el centro de su garganta, abriéndose camino a lo largo de su omóplato. Él tomó aliento y ella jadeó mientras él se inclinaba, agarrándole la cara y levantándola para recibir su beso. Fue profundo y un poco salvaje, despertó su deseo.

Ella envolvió sus brazos alrededor de su cuello y él la levantó, colocándola sobre la mesa de madera, teniendo cuidado de no arruinar nada de su trabajo. Él retrocedió, aflojándose la corbata, sin perder ni una sola vez el contacto visual con ella. Hallie se mordió el labio mientras él se quitaba el abrigo y el chaleco antes de quitarse la camisa de los pantalones y pasarla por la cabeza.

Era simplemente hermoso, tan perfecto como lo recordaba. Todos los músculos y líneas definidas, su estómago tenso y flexionado con cada respiración. Ella le pasó la mano por encima, maravillándose de su belleza. El calor se acumuló en su núcleo y ansiaba tenerlo.

"Ahora es tu turno." Extendió la mano y uno por uno, desabrochó los pequeños botones que corrían por la parte delantera de su camisa. Al igual que él, ella tenía pantalones, y prefería usarlos en lugar de vestidos cuando trabajaba en los sitios de excavación. Le quitó la camisa de los pantalones y la deslizó sobre sus hombros,

dejándola sobre la mesa.

Su mano ahuecó su pecho a través de su corpiño y ella cerró los ojos, deleitándose con el contacto del que había estado muerto de hambre durante tanto tiempo.

"Tan perfecto," susurró, deslizando sus soportes por su pecho y exponiéndola a su vista. No había estado tan expuesta a un hombre en años y el impulso de cubrirse era fuerte, pero forzó sus manos sobre la mesa, dejando que él se llenara de ella. Arthur se inclinó hacia adelante y besó su pecho, colocando suaves y dulces besos contra su pezón. La lengua se deslizó sobre su carne de guijarros y ella ahuecó su cabeza, sosteniéndolo contra ella.

"Extrañaba esto. Todo de ti." Hizo un breve trabajo con los cordones y, tirándolos al suelo con poco cuidado, la dejó al descubierto. Arthur agarró sus pantalones por la parte delantera y la levantó de la mesa para ponerse de pie. "Ahora estos tienen que irse."

Hallie se agachó, soltó los botones en la caída y los deslizó por sus piernas. Los pateó a un lado antes de encontrarse con la ardiente mirada de Arthur que amenazaba con derretirla en un lío líquido. Estaba tan desnuda como un bebé y, sin embargo, el placer en su rostro, la reverencia que leía allí, alejaba cualquier duda o miedo.

Sin ayuda, se sentó en la mesa, apoyándose en las manos, esperándolo. "¿Va a reunirse conmigo aquí, mi señor?"

Tragó, el sonido casi audible. "Arthur".

"Por favor, llámame Arthur".

Ella sonrió. "¿Te unirás a mí aquí ... Arthur?"

* * *

OH DÍABLOS, claro que lo haría.

Iría al infierno y volvería si pudiera vivir el resto de su vida con la mujer que tenía delante. ¿Cómo la había dejado ir tantos años atrás? Debería haberle dicho a sus amigos que detuvieran el carruaje y lo dejaran salir. Debería haberla obligado a llevarlo con ella a Egipto y nunca dejar su lado. Debería haber sido una bestia atormentadora. Tantos errores que no podía revertir.

Necesita montarla con fuerza, le levantó las faldas se bajó y se quitó los pantalones. Se puso entre sus piernas y una sensación de rectitud lo inundó. Su polla se tensó entre ellos y luchó por no apresurarse. Para tomarse su tiempo y saborear este momento. Ella le rodeó los hombros con los brazos y él la besó, saboreando té y miel en sus dulces labios.

Se agachó y agarró uno de sus muslos, tomándose su tiempo para disfrutar de su carne cálida y suave, deslizando su polla contra su coño húmedo y dispuesto.

Ella gimió contra su boca y él mordió su labio. "Te gusta," dijo, desliziéndose contra su calor de nuevo y ganando un gemido de aprobación.

"Oh sí."

Su mano recorrió el hombro de él, hasta su cintura, antes de rodear su miembro. La mano se deslizó por su falo, provocándolo con movimientos largos y constantes y, por un momento, Arthur pensó que veía estrellas.

Cerró los ojos, disfrutando de la fricción que provocaba su toque. Su miembro se tensó y se agachó, deteniendo su mano. "Me harás perderme."

Observándolo, ella lo guio hacia su calor húmedo. Lo envolvió, cálida y apretada. Su cuerpo rugió para tomarla, fuerte y rápido, follarla hasta que ambos se agotaron y jadearon por respirar.

Maldita sea, se sentía bien.

Su boca se abrió en un suspiro y él la besó, tirando de ella con fuerza contra él, su carne tocándose desde el pecho hasta las piernas. La empujó y se dio cuenta de que nunca sería suficiente. La necesitaba más que nunca. Ella envolvió la pierna alrededor de su cadera, sosteniéndolo contra ella con su pie. La folló, duro y rápido. Sin importar dónde estuvieran o el hecho de que cualquiera pudiera entrar en la tienda en cualquier momento.

Ella era suya, de eso estaba seguro y sería su esposa si podía convencerla de que lo tomara por marido.

Arthur aceleró el paso, la sensación de su cuerpo dispuesto, sus pequeños jadeos y suspiros lo dejaron sin sentido. Se apartó de besarla, mirándola mientras la tomaba. Sus labios hinchados y un poco rojos por sus besos, sus ojos nublados por el deseo.

"Sí," jadeó, mirándolo, sus manos apretadas sobre sus hombros mientras él empujaba implacablemente en su calor. Echó la cabeza hacia atrás, su cabello se derramó por su espalda. Se inclinó hacia adelante, besando su cuello con ásperos besos. "Así. No te detengas", jadeó, sus dientes blancos y rectos mordiéndose el labio inferior.

Arthur hizo lo que le pidió, no se atrevía a hacer nada que no le proporcionara placer.

Un gemido y su nombre brotaron de sus labios. Apretó los dientes, necesitando que ella se viniera antes que él. El sudor goteaba de su piel, sin importar el día fresco. Y luego sintió los fuertes estremecimientos alrededor de su polla, arrastrándolo por el camino del placer. Se soltó de un tirón en el último momento, derramándose sobre el suelo de tierra debajo de la mesa, su mano moviendo su polla mientras observaba como Hallie recuperaba la respiración y la compostura.

Se sentó, apoyándose una vez más en sus brazos, una pierna balanceándose distraídamente sobre la mesa. Una sonrisa de satisfacción apareció en sus labios. "Debería llover más a menudo si así es como voy a pasar el tiempo aquí cuando me visite."

Él se rio entre dientes, colocándose entre sus piernas y acercándola. "Te das cuenta de que no podrás deshacerte de mí ahora."

Ella encogió un hombro perfecto. "No eres tan malo."

Él apretó su rostro. "Tú tampoco," dijo, besándola de nuevo y perdiéndose una vez más en sus brazos.

Desafortunadamente, la lluvia paró durante la noche. El suelo en el sitio de excavación todavía estaba anegado, por lo que Hallie continuó catalogando sus hallazgos y bosquejándolos, haciendo un diario y un mapa de todo lo que habían encontrado y en qué parte del mapa había dibujado antes de cavar las trincheras.

Una vez más estaba sola en el lugar de la excavación y, sin embargo, cuando estaba empacando sus lápices y su cuaderno de bocetos, no fue Arthur quien la encontró afuera para acompañarla de regreso a la propiedad, sino el Sr. Stewart.

Ella lo saludó con fría cortesía, esperando que no la volvieran a sorprender sola con él. Él era un problema, principalmente un problema para ella y todavía no estaba segura de cómo sobreviviría si él quería todo el dinero que ganaba.

"¿Cómo va el progreso, señorita Evans?"

"Muy bien, gracias," dijo, abrochándose el abrigo, poniéndose el sombrero de ala ancha y comenzando a bajar la colina hacia la propiedad. Se había marchado más tarde de lo previsto y en la distancia podía ver que las luces de la finca del Barón Bankes ya estaban encendidas y brillando a través de las muchas ventanas en preparación para las festividades de la noche.

"Pensaba que, ya que teníamos un minuto para nosotros, deberíamos discutir si ha tenido más preguntas sobre excavaciones similares en las que podría estar interesada. ¿Recuerda nuestro trato, por supuesto, o necesita que se lo recuerde?"

Ella se volvió hacia él, mirando al fanfarrón. Era un infiltrado que la sociedad expulsaría, cualquiera que estuviera a menos de un kilómetro de este hombre sabría que no era bueno. Podrido hasta la médula como una fruta con un gusano. "Arruinarías mi vida, me quitarías todo simplemente porque no puedes aceptar el hecho de que tu primo era un loco que mató gente y casi mata a mi amiga. ¿Cómo se atreve, señor?"

Él la agarró del brazo y la apretó con fuerza. Ella luchó por no inmutarse bajo su asalto. "Me atrevería, sí. Mi primo era inocente y solo porque tu amiga se folló a un duque no la sorprendieron siendo la perra intrigante y mentirosa que es. Mi primo me escribió, conocía su carácter mejor que nadie. Las cosas de las que lo acusaban eran ridículas. Él nunca haría ninguna de esas cosas". "Tampoco mi amiga," le espetó ella, soltándose de su agarre. "Y si me tocas de nuevo, te sangrará la nariz. ¿Entiende eso, señor Stewart?" Él se rio, el sonido condescendiente y repugnante.

"Me debe una deuda que se pagará y se continuará pagando hasta que yo considere apropiado que la deje de pagar. Hasta entonces, recuerda que sé todo sobre tu vida en Egipto y el pequeño y sucio secreto que tienes. ¿Qué pensará Lord Duncannon cuando descubra que la mujer por la que es feliz se ha follado a otro en el extranjero? Dígame, señorita Evans" dijo, frotándose la mandíbula con la mano. "¿Siempre ha sido libre con sus artimañas?"

Sin pensarlo, lo golpeó en la cara. El chasquido de la bofetada rebotó en su brazo y apretó el puño mientras el dolor atravesaba su palma.

"Te daré esa, querida, pero solo obtendrás una. La próxima vez que me pegues, te

devolveré el golpe."

Hallie se quedó quieta y observó mientras él continuaba colina abajo hacia la casa como si no le importara nada en el mundo. Bastardo. Las lágrimas quemaron sus ojos y su visión del bosque nadó ante ella. ¿Qué haría ella? ¿Podría contárselo a Lord Duncannon?

El miedo a lo que el Sr. Stewart la acusara acabó con esa idea. Su señoría la pensaría rápida si le dijera la verdad. En cuanto a su hijo, esa sería la gota que colmaría el vaso y nunca volvería a pensar en ella sabiendo que tenía un hijo.

Su familia haría bien en mantenerlo alejado de ella. No era pura, no provenía de una gran familia acomodada, ni había querido serlo nunca. Pronto se daría cuenta de que sus tontos sueños no eran realistas.

No es que le importara lo que su familia pensara de ella, pero no pondría a su hijo en una situación en la que lo despreciaran, lo ignoraran y lo trataran injustamente. No por Arthur y ciertamente no por su abuela, que era una fuerza formidable en la alta sociedad.

El amor tenía sus límites, el amor por los demás al menos. Su hijo y su amor por él no era un precio que estuviera dispuesta a pagar por tener al hombre en el que había empezado a pensar más de lo que debería. Ver una vida que pudieran tener y soñar. Si tan solo no hubiera tantos otros factores destructivos, ella intentaría vivir con él.

Pero no era tan tonta como para seguir ese pensamiento.

Su afecto estaba condenado al fracaso y también su tiempo.

* * *

ARTHUR ENCONTRÓ a Hallie en la biblioteca al día siguiente. Estaba sentada en el suelo detrás de un grupo de estanterías. El Barón Bankes tenía una biblioteca bien surtida que parecía más una librería con muchos estantes alineados en una fila en un extremo de la habitación. Su señoría había llevado a la mayoría de los invitados a dar un paseo hasta el río que atravesaba su propiedad, pero Arthur había permanecido oculto hasta que se fueron.

La vio morderse el labio inferior mientras se inclinaba sobre un viejo tomo, con el pelo recogido apresuradamente en una sola cinta, mechones de su cabello oscuro deslizándose sobre su rostro. Un dolor se formó en su pecho y se aclaró la garganta, dando a conocer su presencia.

Ella lo miró y él había esperado ver placer en sus rasgos. En cambio, todo lo que vio fue temor y arrepentimiento. La inquietud se deslizó por su columna y se sentó, estirando las piernas delante de él y cruzando los pies.

"Lord Duncannon, por favor únase a mí," dijo, su tono rezumaba sarcasmo.

Él la miró a los ojos. "Había esperado que hubiéramos pasado títulos formales, señorita Evans. Ayer eras Hallie para mí y yo era Arthur. ¿No podemos volver a ser eso?"

"Lo que pides es imposible," dijo, cerrando el tomo con fuerza, provocando una nube de polvo.

Sacudió el polvo, tosiendo. "Nada es imposible. Tus viajes al extranjero y el trabajo que hiciste allí son prueba de ello". Ella miró fijamente la estantería frente a ella, sin

mirarlo a él. ¿Qué estaba mal? Repasó mentalmente todo lo que había pasado entre ellos desde ayer, y se habían separado en buenos términos. Muy bien de hecho.

Ella suspiró, volviéndose hacia él. "Deberías cortejar a alguien más, Arthur. Sabes que tu familia nunca me aceptaría y que nunca me conformaré para encajar y hacer feliz a la gente. Solo te traeré dolor a largo plazo".

Frunció el ceño, la idea de que ella no fuera buena para él era una idea ilógica. Ella era perfecta para él. Nunca con nadie más tuvo conversaciones inteligentes, ella era dulce y honesta, no estaba afligida por la alta sociedad, ni estaba envenenada por sus muchas púas.

"Yo creo que no." Se inclinó hacia ella y la besó en la mejilla. Olía a lavanda, fresca como una mañana de primavera. "Siento que me estoy enamorando de ti, si es que aún no lo he hecho." La desesperación que cruzó sus rasgos ante su declaración hizo que se le encogiera el estómago. "¿Por qué no me dejas amarte?"

Ella negó con la cabeza con vehemencia. "Por favor, créeme cuando te digo que no podemos ir a ninguna parte. No es justo para ninguno de los dos si continuamos con este enlace".

"No soy voluble, Hallie. No te dejaré de nuevo. Lo prometo." El día que la dejó en Felday fue un error que no volvería a cometer. Siempre. Lucharía para conservarla, lucharía para convertirla en su esposa. "Confía en mí, por favor," suplicó, sin avergonzarse en lo más mínimo. Haría más que eso si solo significara que ella le daría una oportunidad.

"Eres tan enloquecedor," dijo, dándole una pequeña sonrisa. La primera de hoy. Verla le calentó el corazón y le devolvió la sonrisa.

"¿Sobre qué estás leyendo?" preguntó, mirando el libro que sostenía en sus brazos, queriendo cambiar de tema y hacerla olvidar todo lo que le preocupaba sobre ellos.

"Es un libro sobre el Imperio Romano. Estaba dibujando otra moneda que encontré ayer y me pregunté si podría haber sido acuñada localmente, y no traída del extranjero."

"Si este libro dice lo que creo que dice, los romanos la hicieron después de su conquista".

"¿Cuánto más tienes que hacer en el sitio? Solo quedan un par de semanas para la fiesta en casa".

"Ah, pero olvidas que no estoy aquí para la fiesta en casa, tú sí. Soy libre de quedarme todo el tiempo que lleve la excavación. La estimación original era de tres meses". Una sombra entró en sus ojos, antes de que parpadeara y desapareciera.

¿Qué le preocupaba? Había algo, estaba seguro de eso, al igual que estaba seguro de que ella le estaba ocultando algo. Con el tiempo, esperaba que ella confiara en él lo suficiente como para que le contara.

"¿Qué le diré al barón Bankes para evitar que me despida cuando todos se vayan?"

Ella se rio entre dientes, levantando las piernas para apoyarse en las rodillas. "Que estás teniendo una aventura ilícita con su arqueóloga y no puedes irte todavía."

"¿Así que todavía estamos teniendo una aventura ilícita? Qué atrevidos somos". Extendió la mano, necesitando tocarla. Le pasó la mano por la cintura, deseando que hubiera menos ropa entre ellos. Anhelaba sentir su piel suave, escuchar sus dulces

suspiros de placer mientras la llevaba al clímax.

"Si no escuchas la razón cuando se trata de nosotros, entonces supongo que mi única opción es dejar que te hartes de mí y sigas adelante. ¿No es eso lo que hacen la mayoría de los hombres?" Ella extendió la mano y tomó su polla. Arthur gimió ante el contacto y su audacia. Maldita sea, era tan perfecta.

"No soy la mayoría de los hombres." Puso su mano sobre la de ella y la movió hacia abajo, acariciando su ya dura polla. "A pesar de toda la diversión que podamos tener juntos, no me iré a ningún lado." Pronto vería que eso era cierto.

* * *

EL ESTÓMAGO de Hallie se apretó al sentirlo.

Toda perfección masculina y era suya para jugar si quería. Incluso si no fuera para siempre, ciertamente podría tenerlo mientras él estuviera aquí en la fiesta en la casa.

Su futuro era imposible, pero aquí y ahora no lo era. Ella se movió y se sentó a horcajadas sobre él, fácil de hacer ya que vestía pantalones. Sus manos rodearon y agarraron su trasero, tirando de ella con fuerza contra su pene hinchado. El calor la recorrió en espiral y sintió que se humedecía.

Hallie se movió contra él, buscando su propia liberación y placer sin tenerlo dentro de ella.

Su boca se torció en una sonrisa malvada y ella lo besó, deleitándose en su necesidad de ella, sus promesas de siempre. Promesas que sabía que nunca podrían ser, sin importar si tiraban de una parte de ella que anhelaba estabilidad, protección para su hijo y para ella misma.

"Te sientes tan bien en mis brazos."

Ella gimió a través del beso mientras un temblor de placer la recorría. "Tú también," se las arregló. Hallie se onduló contra él, sus pantalones eran lo único que los separaba. Que estuvieran haciendo esto en la biblioteca del Barón Bankes no era la idea más inteligente y, sin embargo, no podía irse. Ahora no. Quería disfrutar de su placer y olvidar todos sus problemas al menos por un momento.

"Te deseo." Arthur rompió el beso. Besó su mandíbula, recorriendo su cuello y hasta su oreja, mordiendo su lóbulo. Malditos sean estos pantalones.

Hallie empujó con más fuerza contra su hombría, mientras ella ondulaba en su regazo y su respiración se entrecortaba. Su polla hinchada estaba deliciosa contra ella y podía llenarse sin demasiado alboroto. Tampoco le importaba cuánto ruido hacían. Todos estaban fuera, y los que se habían quedado tenían mejores lugares para estar que la biblioteca. Los espasmos comenzaron en la parte baja de su núcleo y florecieron por todas partes y echó la cabeza hacia atrás, disfrutando del clímax mientras atravesaba su cuerpo. Besó su suspiro de alivio en sus labios, sofocando el ruido. Hallie se hundió en sus brazos, apoyando la cabeza contra su hombro mientras ambos intentaban recuperar el aliento.

"Eso fue muy placentero," murmuró contra su hombro, colocando un pequeño beso en la base de su cuello.

Su falo sólido como una roca se movió contra ella y ella se sentó hacia atrás, encontrándose con su mirada. "¿No te liberaste?"

Sacudió la cabeza y tragó. "No, pero quiero que vengas a mi habitación esta noche. ¿Podrías?"

Hallie asintió sin pensar. Ella tomaría todo lo que pudiera de él por el tiempo que tanto ella como él habían dejado aquí. Demasiado pronto terminaría y tendría que encontrar un nuevo empleo. Fondos que tendrían que entregarse al Sr. Stewart. Un poco de distracción ante las realidades de la vida era justo lo que necesitaba.

"Me reuniré contigo cuando todos estén en la cama." La idea de dormir en sus brazos calentó su alma y la noche no podía llegar lo suficientemente pronto.

Hallie recibió una carta de su prima más tarde ese día y se sintió aliviada y complacida de saber que Ammon estaba bien y había comenzado a aprender las letras. Una punzada de decepción de que ella no fuera la que le enseñara a su hijo a leer y escribir le dolió la conciencia, pero luego se recordó a sí misma que su trabajo le permitía el consuelo en el que ahora vivía y le proporcionaba todas las cosas que necesitaba para aprender y crecer.

Eso había sido hasta que la realidad del Sr. Stewart y su chantaje pusieron en riesgo todo por lo que ella había estado trabajando duro. No podía permitir que él la usara de esa manera. Tenía que haber una forma en la que ella pudiera deshacerse de él.

Ella le respondió, contándoles de todos sus hallazgos e incluso dibujando un par de bocetos de artefactos que sabía que Ammon podría disfrutar, siendo un niño le gustaban las cosas militares. ¿A qué chico no?

Después de dejar su carta para ser enviada al día siguiente, Hallie ordenó un baño y se preparó para ir a la cama, despidiendo a su doncella temprano ya que no quería que nadie estuviera aquí más tarde esta noche cuando se escabullera para reunirse con Lord Duncannon en su habitación.

Su estómago se apretó ante la idea de estar con él de nuevo. No había pensado en desear nunca a otro hombre, pero aquí estaba, con el primer hombre que había tocado su alma y su perversidad, su determinación de conquistarla era un placer difícil de negar.

Un golpe sonó en su puerta y la abrió para ver a Willow, con su rostro afligido.

"Willow, entra. ¿Qué pasa?"

Willow miró arriba y abajo del pasillo y luego, entrando en su habitación, cerró la puerta y echó el cerrojo. "Nunca crearás los chismes que acabo de escuchar antes de retirarme por la noche."

El terror se alojó en su estómago y apretó su abdomen. "¿Chisme? ¿Cuál?"

Los labios de Willow se tensaron en una línea de desaprobación. "Se habla debajo de las escaleras de que una pareja fue sorprendida en flagrante delito en la biblioteca hoy. El Sr. Stewart dice que los vio con sus propios ojos. No sabía que podía oír cuando le estaba contando al Barón Bankes todos los detalles, de lo contrario, estoy seguro de que no habría dicho una palabra". Willow hizo una pausa para respirar. "Conozco a la mayoría de los que estuvieron hoy de paseo con el barón, pero hubo varias personas que se quedaron atrás. Lord Duncannon fue uno de ellas y tú también."

La inspección directa que hizo su amiga de ella hizo que se le revolviere el estómago. Hallie levantó la barbilla, negándose a romperse bajo la mirada de su amiga. "El señor Stewart debería avergonzarse de contar esas historias. Estoy segura de que no le gustaría que la gente hable de él si se encuentra en esa posición". Hallie estaba furiosa por dentro. ¿Cómo se atrevía a empezar tales historias sobre alguien, no solo sobre ella? Demostró que su inquietud era correcta sobre él. Estaba decidido a derribarla, y no solo económicamente.

"Oh, estoy segura de que no lo haría. Aun así, no le impedirá hablar. Parece bastante

chismoso".

Hallie bostezó, esperando que Willow se diera cuenta de su necesidad de dormir, aunque no tenía intención de dormir, al menos durante las próximas horas. Quería ver a Arthur y contarle lo que Willow había dicho. Quizás podría hablar con el Sr. Stewart para asegurarse de que el hombre no difundiera rumores sobre ellos. Que sabía que estaban en la biblioteca, estaba claro que entendía lo que había sucedido entre ellos.

El calor floreció en su rostro por sus acciones y se encogió. Si ya no tenía suficientes problemas de los que preocuparse, ahora tenía que lidiar con esto.

Willow extendió la mano y le tocó el brazo, devolviendo su atención a su amiga. "Te daré las buenas noches. Puedo ver que estás cansada. Buenas noches, Hallie".

"Hablaré contigo por la mañana. Buenas noches." Hallie cerró la puerta detrás de Willow y se dejó caer contra ella. Miró el reloj de la chimenea que marcaba poco después de la medianoche. Le daría otra media hora y luego se escabulliría a la habitación de Arthur.

Hallie se sentó en la silla frente al fuego para esperar el momento. Observó cómo las llamas lamían la madera, parpadeaban y la arrullaban adormeciéndola.

* * *

CON UN GRITO ahogado se despertó, sentándose con los sonidos de la criada abriendo las cortinas y el sonido del canto de los pájaros en los árboles fuera de su ventana. Una taza de té y unas tostadas estaban en una bandeja de plata en la mesita frente a ella, una taza de mermelada de fresa a un lado que hizo que su estómago se quejara al ver la comida.

"Maldita sea," murmuró, frotándose la cara para tratar de despertar. ¿Cómo podía haberse perdido una noche en los brazos de Arthur? Maldijo en voz baja, moviendo los rígidos hombros por haber dormido en una silla en lugar de la cama. Una cama muy cómoda con un hombre sensual y caliente que solo quería complacerla a su lado.

Hallie comió y se vistió rápidamente, sus pantalones, camisa y chaqueta hicieron que progresara mucho más rápido de lo que se había puesto un vestido. Como de costumbre, se dirigió a las escaleras de servicio, queriendo escabullirse al sitio de excavación sin ver al señor Stewart o al barón Bankes, a quien se preguntaba si alguna vez podría volver a mirar a la cara, especialmente ahora que él sabía que algunos de los huéspedes de su casa se estaban divirtiendo.

Si se enteraba de que eran ella y lord Duncannon, no le ofrecerían trabajo en ningún otro lugar. Él se aseguraría de eso.

Salió por la puerta trasera, miró hacia el cielo despejado y respiró hondo el aire fresco de la mañana.

"Buenos días mi querida."

Hallie sofocó un grito y se apretó la garganta, el corazón latía con fuerza dentro de su pecho. "Lord Duncannon. Te levantaste temprano."

"Noche de insomnio," bromeó y ella no pudo evitar reír.

"Lamento eso. Me quedé dormida." Continuó hacia la puerta trasera del patio y vio

que un carruaje estaba enganchado en los establos. El pánico la asaltó de que Arthur se hubiera levantado y el carruaje enganchado significaba que se iba. "¿Te unirás a mí en el sitio de excavación hoy?" preguntó, esperando que el carruaje no fuera para él.

Sacudió la cabeza y se puso los guantes. "No, desafortunadamente, pero tú tampoco. Quiero que vengas a dar un paseo conmigo".

"¿A caballo?" Nunca le agradaron demasiado los animales, ciertamente no cuando estaba encima de ellos y la idea de cabalgar todo el día no era algo que la tentara.

"No, en el carruaje. Quiero que visites mi finca. Soy vecino del Barón Bankes, por si no lo sabías. Tengo una propuesta para ti".

La mención de una proposición era intrigante y ella lo estudió un momento preguntándose qué quería decir con eso. Miró hacia los establos y vio a Greg y Bruce esperándola. Tomada la decisión, se acercó a ellos.

"Voy a visitar la finca de Lord Duncannon hoy. No los necesitaré en el sitio de excavación. Nos reuniremos allí mañana a las siete si están libres".

Se inclinaron el sombrero. "Por supuesto, señorita Evans. En su lugar estaremos allí mañana".

Ella sonrió en agradecimiento. Caminando de regreso, le dio la mano a Lord Duncannon y él la ayudó a subir al carruaje. Se acomodó en los cojines de cuero y vio como Arthur se unía a ella y se sentaba a su lado. El carruaje era similar al que usaba su amiga y ahora la duquesa de Whitstone. Hallie no poseía tal vehículo, tenía que viajar por Inglaterra en una diligencia, solo tenía un lujo como este cuando estaba con sus amigos que estaban acomodados.

Su señoría cerró la puerta y golpeó el techo con el puño. El carruaje se balanceó hacia adelante y él se quitó los guantes, colocándolos a su lado. Hallie tomó sus manos grandes y fuertes. Sin previo aviso, sus dedos se entrelazaron con los de ella y tomó su mano.

Ella lo miró y, sin embargo, él estaba estudiando el exterior a través de la ventana, con una expresión serena en el rostro. El calor se extendió a través de ella ante el dulce e inocente gesto, simplemente para abrazarla y estar cerca sin que se insinuara nada más.

Hallie deseaba que pudiera ser tan fácil como esto. Solo una unión de dos personas que se agradaban, posiblemente incluso más de lo que les gustaba si sus emociones fueran creíbles. Y si lo que Lord Duncannon había dicho en la biblioteca el otro día era cierto.

"¿Qué es lo que querías mostrarme en tu finca?"

"¿Cuál es esta proposición de la que hablas?"

Él sonrió. "Bueno, en cuanto a eso, tengo una sorpresa para ti con la que creo que estarás muy satisfecha." Él se encogió de hombros. "También quería mostrarte mi propiedad, mi casa."

Sería una mentirosa si la idea de ver dónde vivía no la intrigara. ¿Era su casa tan cálida como estaba resultando ser Arthur? ¿Un faro de luz contra el que no podía evitar calentarse y ahuyentar el frío de sus preocupaciones?

Viajaron en silencio durante algún tiempo y en una hora el carruaje se detuvo, sin

señales de ningún hogar. Hallie se inclinó hacia adelante y miró por la ventana, sin ver nada más que un área densa de árboles en un valle poco profundo debajo. "¿Por qué nos hemos detenido?"

Su sonrisa traviesa la hizo sonreír. "Ya verás," dijo, abriendo la puerta y ayudándola a salir. Bajaron la colina hacia los árboles y Hallie miró a su alrededor, preguntándose qué le iba a mostrar. Cuando entraron en los árboles, las sombras le enfriaron la piel y se frotó los brazos, deseando haber traído un chal. Arthur la miró y luego, como el caballero que era, se quitó el abrigo y se lo puso sobre los hombros.

"Gracias," dijo ella, acercándolo e inclinándose para besarlo. Aquí estaban solos, los sirvientes del carruaje ya no podían verlos y su dulzura merecía algo. Incluso si fuera solo un beso.

Envolvió el brazo alrededor de su cintura y continuaron, llegando a un muro de piedra bajo. "Esto," dijo, señalando la pared y las otras que ella podía ver, algunas más altas como si fueran una pared exterior de un castillo. Hallie pudo ver una chimenea, todavía ennegrecida por el carbón y el uso anterior. Los árboles de hayas y olmos crecían por toda la estructura.

"Es el sitio original de nuestro hogar ancestral. El castillo de Cadding se construyó durante el reinado de Enrique VII y se deterioró cuando mi tatarabuelo decidió construir una casa ancestral más grande y mucho más grandiosa, Cadding Hall".

Hallie pasó la mano por los grandes bloques de piedra, solo podía imaginar lo imponente y grande que habría sido el castillo. Caminó alrededor del muro de piedra y entró en el centro de una de las habitaciones inferiores que ya no tenía techo. Ella se volvió hacia él. "Es muy grandioso, pero ¿por qué querías que viera esto?"

"Bueno, en cuanto a eso." Rodeó el muro de piedra y se unió a ella, mirando las ruinas con interés. "Me gustaría que excavaras las ruinas. Quiero reconstruir la estructura, pero me gustaría catalogar y preservar cualquier historia del sitio. Pensé que si tenía a alguien que supiera qué buscar, tal vez podrías ayudarme a reconstruirlo. Preservarlo".

Por un momento, Hallie no pudo responder. Ella no había pensado que él le ofrecería tal propuesta, pero tampoco podía hacer el trabajo gratis. Necesitaría trabajadores y equipo. Este era un trabajo grande y llevaría meses completarlo. ¿Lord Duncannon quería pagarle un salario o esperaba que ella lo hiciera gratis?

"Me siento honrada, de verdad, pero ..."

"Te pagaré generosamente. No estoy seguro de cuál es la tarifa vigente para un arqueólogo, pero pagaré lo que crea que es justo. Quinientas libras, mil. Dí tu precio y yo lo pagaré".

Hallie cerró la boca con un chasquido. "No necesito tanto, mi señor." La idea de tales sumas la ayudaría a asegurar a su hijo y no tendría que buscar más trabajo a menos que el puesto fuera algo que le interesara. Es decir, si pudiera engañar al Sr. Stewart de lo que él decía que tenía derecho a tener.

Si bien esta era una propuesta de trabajo interesante, no pudo evitar preguntarse si él lo estaba haciendo para mantenerla cerca. Mantenerla en su cama un poco más. No era una idea horrible, pero aun así, estar cerca de él, día tras día, noche tras noche, solo la hundiría más en ese pozo de emociones que había escondido durante tanto tiempo.

"Si tuviera que hacer esto, necesito una promesa, una declaración y contratos firmados para que todo sea correcto."

"Por supuesto," dijo, acercándose a ella y tomando su mano. "Admitiré que te quiero conmigo, pero esta reconstrucción ha estado en mis planes para la finca por algún tiempo. Ya tengo los dibujos hechos, solo necesito que alguien se asegure de que la propiedad o cualquier cosa que se encuentre aquí esté protegida contra daños. Cualquier cosa que fuera parte de la estructura original, me gustaría volver a incluirla en la construcción si es posible. Ahí es donde entras tú".

Todo tenía sentido ... pero aun así ... "Insisto en que me darán una cabaña o un pequeño edificio cercano para quedarme. Nuestra aventura en la cama tiene que terminar mientras hago esto. No quiero que hablen de mí como tú amante residente a quien le pagan por su trabajo en el sitio de excavación durante el día y me pagan por mi tiempo en su cama durante la noche".

Pasó una mano por su cabello, mirando alrededor de las ruinas por un momento antes de volverse hacia ella. "Muy bien. Haré que te instalen en una cabaña cercana en la que solía vivir mi antiguo jardinero y mantendremos nuestra relación puramente comercial hasta que hayas completado la excavación aquí. Pero después de eso" dijo, acercándose a ella y envolviendo las manos alrededor de su cintura. Hallie se relajó contra él, amando el hecho de que la hacía sentir como en casa, segura y adorada. "Voy a seguir cortejándola, señorita Evans y nada se interpondrá en mi camino."

Hallie entrelazó los dedos detrás de su espalda, deseando que pudiera ser así. "Creo que tenemos un acuerdo, mi señor."

"¿Y tú precio?"

Respiró para calmarse, pensando en su hijo y recordándose a sí misma que Lord Duncannon dijo que pagaría cualquier cosa que le pidiera. "Pido mil libras por el trabajo que estoy a punto de emprender, más mano de obra y herramientas". Ella contuvo la respiración mientras él contemplaba sus honorarios.

"Hecho," dijo sin dudar. "Te traeré el dinero mañana."

Ella jadeó y él aprovechó la oportunidad para besarla. Hallie se olvidó por completo de la excavación, el dinero, todo, y se entregó a su afecto. Tendría que contarle después de terminar su trabajo aquí todo lo de su pasado y dejarse vivir o morir por la espada que él podría blandir sobre su alma.

Fiel a su palabra, Lord Duncannon pidió una reunión con ella en la biblioteca del Barón Bankes al día siguiente. Habían pasado un día maravilloso en su propiedad, paseando por los jardines, viendo su casa, los numerosos retratos familiares y los pasadizos secretos.

La recibió en la puerta y la ayudó a sentarse en la silla frente al escritorio del barón. "Tengo todo lo que pediste. Incluso le pedí a mi delegado que redactara un contrato durante la noche y lo trajera aquí esta mañana".

Hallie le quitó el pergamino y leyó el contrato, anotando la cantidad a pagar, el apoyo que pidió durante la excavación antes de que comenzaran las obras de construcción. Todo lo que ella había pedido lo había completado. Miró hacia arriba y vio otro paquete atado con una cuerda. ¿Su pago quizás?

Si el Sr. Stewart averiguaba cuánto le pagó, toda su negociación y aceptación de este trabajo sería en vano. De la noche a la mañana había debatido este dilema y había decidido que pagarle al señor Stewart algo del dinero para mantenerlo feliz y tranquilo sería mejor que no pagarle nada en absoluto. Todavía le dejaría suficiente dinero para finalmente tomar a su hijo bajo su cuidado y regresar a Felday. Sería selectiva con el trabajo que quería hacer en el futuro.

"Todo se ve muy bien, mi señor. Una pluma, por favor" dijo, dejando el contrato sobre el escritorio, listo para firmar. Arthur sonrió, mojando el bocado en la tinta y pasándole la pluma. Hallie firmó y con su garabato de firma se alivió un poco el peso de no tener seguridad, tener que depender de otros para posiciones para mantener a raya los lobos. Este era el comienzo de algo nuevo. Ella se reclinó y encontró su mirada. "Me gustaría que los detalles del contrato permanecieran entre nosotros, mi señor. Nadie necesita conocer los detalles particulares de nuestro acuerdo. ¿Estás de acuerdo?"

Arthur asintió sin dudarlo. "Por supuesto." Empujó el paquete atado con una cuerda sobre el escritorio. "Un último detalle. Aquí están las mil libras que decidimos, entregadas hoy como prometimos".

Lo recogió, girándolo en su mano, nunca habiendo tenido tanto dinero en su poder en un momento dado. "Gracias. Eso es muy generoso".

Se puso de pie y rodeó el escritorio, mojando la pluma una vez más y firmando su parte del contrato, luego, enrollándolo, se volvió y lo entregó. "Una vez que haya completado su trabajo aquí, espero tenerla en mi propiedad, señorita Evans."

Ella se puso de pie. "Yo también." Y era cierto. No podía esperar a salir de los ojos atentos del señor Stewart y, con un poco de suerte, dándole un poco del dinero, él la dejaría en paz por un rato.

"Debo irme, ya llego tarde para ir al sitio de excavación." "Por supuesto," dijo Arthur, inclinándose. "¿Te veré esta noche?" preguntó mientras ella se giraba para irse. El calor floreció en lo bajo de su vientre y se tragó una pequeña sonrisa. "Cuando todos estén en la cama, iré a tu habitación. Esta vez no me quedaré dormida. Lo prometo."

Él sonrió. "Contaré las horas."

Hallie salió de la habitación con una pequeña sonrisa absurda en los labios y esperanza en el corazón. Había más entre ellos que solo atracción física. A él le importaba, estaba segura de ello. ¿Pero eso significaba que le importaba lo suficiente como para quererla cuando lo sepa todo? Más importante aún, ¿era lo suficientemente fuerte como para decirle la verdad y arriesgar su corazón por segunda vez?

* * *

MÁS TARDE ESE DÍA, Hallie se sentó en la carpa del sitio de excavación, comiendo un sándwich y esperando que pasara una lluvia. Greg y Bruce habían pedido regresar a los establos debido a una yegua que estaba en trabajo de parto. Hallie los había despedido sin dudarlo y continuó estudiando los pequeños artefactos que habían salido de la segunda trinchera. Media estatua que podía ser uno de los muchos dioses a los que rezaban los romanos y más piezas de cerámica. El sitio era ciertamente interesante, pero el barón Bankes solo había querido una pequeña excavación para demostrar que alguna vez hubo un fuerte romano aquí. Si su trabajo estas últimas semanas demostraba algo, fue que ciertamente lo hubo. Al menos había demostrado que los pensamientos del barón y su familia sobre el sitio eran correctos, incluso si no había podido hacer que el sitio revelara todos sus secretos históricos.

"Señorita Evans, es la mujer que deseo ver."

Hallie dio un respingo al oír la voz del señor Stewart, una voz que era a la vez nasal y que irritaba los nervios de uno en un momento. "Escuché que la contrataron para trabajar en la propiedad de Lord Duncannon después de terminar aquí."

Ella frunció. ¿Cómo se había enterado? Le había pedido a Arthur que no dijera nada y, sin embargo, aquí estaba el señor Stewart, dos horas después, preguntándole al respecto. "¿Quién se lo dijo?" Él sonrió, la acción más como una mueca. "Tengo mis fuentes, pero eso no es importante. Le diré que el señor Duncannon no proporcionó la información".

Por más agradable que fuera la noticia, tener al Sr. Stewart aquí significaba que conocía parte del acuerdo. "Supongo que quiere su parte."

"Por supuesto," dijo, sentándose frente a ella en la mesa.

Hallie miró su cabello, un poco grasoso y peinado hacia atrás sobre su cabeza. Le recordaba a una anguila, viscosa y poco digna de confianza. Se puso de pie y se acercó a una caja que estaba escondida en uno de los baúles de herramientas de su tienda. No era donde dejaba esos objetos de valor, pero también había aprendido a llevar sus objetos de valor con ella en todo momento. Si estaba en el sitio de excavación, también lo estaba su dinero. No importa cuán grande o pequeña sea esa suma.

Rápidamente sacó las doscientas cincuenta libras que había separado antes, cerrando la hucha y la tapa del baúl. "Aquí está. Esto es lo que me han pagado, menos las cien libras que me quedé. No puedo trabajar y no tengo dinero, así que si desea despojarme de mis fondos, debes aceptar que me quedará un poco para mí".

Se frotó la mandíbula, sin tomar el dinero de su mano extendida. Hallie controló sus rasgos, la inquietud la invadió ante su continua quietud. "¿Y el resto?"

Ella tragó, frunciendo el ceño por si acaso. "No sé lo que quiere decir," mintió, con la esperanza de haberlo engañado.

Se rio entre dientes, el sonido cansado. "Ah, señorita Evans. Sé que le pagaron mil libras. Así que le sugiero que vuelva a la pequeña caja de dinero que hay en ese baúl suyo, que saque las seiscientas cincuenta libras que me debe y que lo haga rápidamente antes de que cambie de opinión y tome las cien libras que estoy dispuesto a dejar. Vamos."

"¿Como supo? Dígame." Ella lo miró fijamente, toda la esperanza de sus planes se redujo a cenizas ante ella. La vida con su hijo donde no tendrían que escatimar y ahorrar por cada centavo perdido en un instante. Que no tendría que asumir varios trabajos, como los que había hecho antes de que el Barón Bankes le ofreciera este puesto.

Por mucho que le encantara la historia, aprender y explorar vidas pasadas a través de la excavación, la posición era un trabajo duro, duro para el cuerpo y agotador. Lo ideal sería que eligiera los lugares para explorar y se le pagara justamente por ello, de modo que pudiera estar en casa la mayor parte del tiempo, criando a su hijo lo mejor que pudiera.

"Estaba en la biblioteca cuando tuvo su reunión con Lord Duncannon. Totalmente por casualidad, pero oportuno para mí. Si no lo hubiera sido, no habría sabido que estaba intentando robarme delante de mis narices. En el futuro tendré que vigilarla más de cerca".

La ira la atravesó y se levantó de su asiento, el taburete en el que estaba sentada cayó detrás de ella. "Seguro que novecientas libras le bastan para que no necesite seguir chantajeándome. ¿No es suficiente? No puedo hacer esto para siempre".

"Como dije antes," dijo, con su tono aburrido e indiferente. ¿El hombre no tenía corazón? ¿No tenía brújula moral? "Seguirás pagándome hasta que te diga lo contrario. Espero disfrutar de lo que este dinero puede comprarme".

"Bastardo. Esa es mi vida la que tienes en tus manos. El futuro de mi hijo conmigo. Soy madre. Me lo estás quitando".

Hizo un puchero ante sus palabras y la necesidad de rascarse los ojos creció. Hallie se agarró al costado de la mesa para no hacer lo que quería. "Lo siento mucho por ti, pero ayudaste a la duquesa de Whitstone a acabar con la vida de mi primo. Cuando lo miras, esta venganza es muy parecida. Heriste a mi familia y ahora yo heriré a la tuya".

"No le hice nada a tu primo. Fue el resultado de sus malas acciones." La visión del Sr. Stewart se volvió borrosa y ella parpadeó, odiando estar molesta y que él la viera así. Regresó al baúl y contó otras seiscientas cincuenta libras, y lo arrojó contra la mesa. "Sal."

"Oh, no llore, querida. Es una mujer dura y trabajadora. Debería estar contenta de poder ayudar a su prójimo," dijo, recogiendo el dinero, con sus ojos codiciosos.

"¿Que está pasando aquí?"

Hallie jadeó y se secó los ojos cuando Lord Duncannon entró en la tienda, con la confusión escrita en sus rasgos hasta que vio el fajo de billetes que sostenía el señor Stewart. Si el asesinato tenía un aspecto, su señoría era la esencia de esa palabra.

"Nada," espetó, "El Sr. Stewart se estaba yendo". "Con tu dinero." Lord Duncannon se

acercó a la mesa y arrancó el dinero de la mano del caballero, la boca del hombre se tensó en una línea disgustada. "¿Qué estás haciendo aceptando el pago de la señorita Evans?"

La bilis subió a la garganta de Hallie y pensó que podría enfermarse. Necesitaba contarle a Arthur su pasado, a nadie más. La odiaría por mentirle. Que otros supieran de su pasado antes que él. Por darle falsas esperanzas.

El señor Stewart se ajustó el abrigo con aire pausado. "En verdad, la he estado chantajeando. No tiene sentido no decirte todo si quieres entender".

Arthur la miró, la confusión y la ira hervían a fuego lento en sus orbes azules. "¿Por qué le haría eso?"

"Porque como le estaba recordando, ella estuvo involucrada en la muerte de mi primo, Lord Oakes si lo recuerda."

Frunció el ceño, antes de que sus ojos se abrieran al recordarlo. "¿El bastardo que casi viola y mata a la duquesa de Whitstone?"

"El mismo", dijo Stewart como si esto fuera de tal importancia que mereciera tales acciones.

"¿Está loco?" le preguntó su señoría al señor Stewart, mirándolo como si al hombre le hubieran salido dos cabezas. "Este no es el comportamiento de un caballero. Debería estar encadenado por un negocio tan deshonesto e ilegal".

El Sr. Stewart simplemente arqueó las cejas, mirando a Hallie. "Quizás a la señorita Evans le gustaría explicar cómo fue que pude chantajearla. Señorita Evans" dijo, "cuénteles todo a su señoría."

Hallie miró entre ellos, luchando consigo misma con la necesidad de huir o quedarse y luchar. El impulso de huir le pisó los talones, pero sabía que no tenía mucho sentido hacer eso. Lord Duncannon necesitaba saber la verdad, ella solo esperaba que no se hubiera enterado de esta manera. Ciertamente no por la insistencia del Sr. Stewart, quien parecía disfrutar del dolor de ambos.

Respiró para tranquilizarse, juntando las manos delante de ella para no moverse nerviosamente. "El señor Stewart me ha estado chantajeando porque sabe de mi pasado. Mi vida en Egipto".

"Sé de su vida allí y, sin embargo, no me ve tratando a la señorita Evans de esa manera."

"Lo hace, ¿verdad?" El señor Stewart miró a su señoría con sorpresa. "¿Lo sabe todo? ¿Todo?"

Lord Duncannon miró entre ellos, la duda se apoderó de su mirada. "Ya me lo imaginaba."

"Pensó mal", dijo el Sr. Stewart, riendo y palmeando a su señoría en la espalda. El Sr. Stewart se dirigió a la salida de la tienda. "Me iré entonces, este pequeño tête-à-tête me ha dejado bastante hambriento. Creo que la cena estará servida dentro de una hora. Nada como un pequeño desacuerdo para calentar la sangre y hacerme salivar".

"¿Hallie?" Dijo Lord Duncannon, atrayendo su atención hacia él. "¿Qué pasó en Egipto?"

El Sr. Stewart asomó la cabeza hacia la tienda ante la pregunta. "Ella tuvo el hijo de

otro hombre, mi señor. Pensé que lo sabía." Él se encogió de hombros. "Debo haber estado equivocado. Mi error."

Hallie encontró la mirada de Arthur y leyó la confusión y el dolor dentro de sus tormentosos orbes azules. Dio un paso hacia él y él levantó la mano, deteniendo su avance.

"¡Eres madre!" Una mirada de repulsión cruzó sus facciones y ella levantó la barbilla, no dispuesta a ser menospreciada, ni siquiera por la aristocracia.

"Soy madre. Puedo ver por su rostro que esto lo decepciona, mi señor, pero si espera que me disculpe por mi vida, no lo haré".

"Dijiste ... pensé que dijiste que no había habido nadie en Egipto."

"Nunca dije eso, simplemente no te dije que había habido. Sacaste tus propias conclusiones sobre mi situación. Estaban equivocadas." Estaba siendo injusta y cruel, pero ahora tenía que protegerme. Nadie más lo haría.

Se pasó una mano por la mandíbula, mirando hacia el lugar de la excavación. "El niño no es mío, ¿verdad? Esa noche en Felday. No quedaste embarazada."

"No, mi hijo no es tuyo. Es un hombre llamado Omar a quien conocí en Egipto".

Los ojos de su señoría se abrieron como platos y se alejó un poco más, como si estar cerca de ella fuera como estar cerca de alguien que tenía lepra. "¿Su hijo es mitad egipcio?"

Ella asintió, sin avergonzarse por eso. "Sí lo es. Actualmente vive con mi prima. Una vez que terminara en la finca del Barón Bankes, planeaba viajar allí para pasar algunas semanas con él. Él solo tiene cuatro años, ¿sabe?"

"No lo creo," dijo, con expresión de incredulidad. "¿Cómo no pudiste decirme tal cosa? ¿Estabas avergonzada?"

"No me avergüenzo de mi hijo, pero tampoco soy una tonta. Sé que mis opciones de puestos como este o incluso como sirviente en una gran casa se verían comprometidas si supieran que tengo un hijo fuera del matrimonio. Necesito dinero, mi señor. No tengo una dote ni grandes propiedades que me permitan obtener ingresos y mantenerme satisfecha y colocada en la vida. Esa es la razón por la que decidí no contarle a nadie mi pasado. Sólo por razones capitales, no morales".

"Me permitiste creer que había una oportunidad para nosotros."

"¿Cómo pudiste hacer algo así?"

Ella se tragó el nudo en la garganta ante sus palabras. Así que la estaba echando a un lado sin escuchar toda la historia, su verdad. Ni siquiera dispuesto a ver su lado o confiar en los sentimientos que ella había pensado que él tenía por ella. "Traté de disuadirte, de decirte que un futuro conmigo no era posible. No escuchaste. "

"No quise decir... Una cosa era para mí pasar por alto tu estatus en la sociedad, el hecho de que llegarías al matrimonio con poco en comparación a mi riqueza y propiedades. Eso es lo que pensé que te preocupaba. Eso no me gustaba y habría ignorado los episodios de melancolía de mi abuela por nuestro matrimonio, pero no puedo pasar por alto esto. Tu eres una madre de un niño nacido fuera del matrimonio".

"No eres mejor que Omar. Hemos tenido intimidad y podríamos haber hecho un niño. ¿Cómo es esto diferente? ¿Es que eres un señor y Omar no lo era, y eso lo hace bueno?"

Se pasó una mano por el cabello, dejándolo de punta. "Simplemente es diferente."

Hallie volvió a sentarse a la mesa y tomó su pequeño cepillo que usaba para quitar el barro de los artefactos. "Supongo que hemos terminado aquí entonces." Ella no lucharía por un hombre, por una vida con un hombre que tuviera un doble rasero. Si cambiaba de opinión sobre ella simplemente porque había dado a luz a un niño, no era el hombre para ella.

Las lágrimas pincharon sus ojos y parpadeó por todo lo que había perdido. Si Omar hubiera vivido, posiblemente ella no estaría en esta situación, aunque su familia también estaba en contra de la unión. De hecho, se había negado a considerar tal cosa. Probablemente era lo mejor. Terminaría aquí, volvería a recoger sus cosas mañana y se iría a casa. Habría otros puestos que conseguiría, si Lord Duncannon no les contaba a todos sobre su pasado. "¿Vas a contárselo a alguien?"

"Por supuesto que no," dijo, mirando al suelo como si eso le diera una visión mágica. "Supongo que el señor Stewart se enteró de su pasado. ¿Por cuánto te estaba extorsionando?"

"Lo hizo," respondió ella, viendo poco sentido en ocultarle algo ahora. "Se enteró de mi hijo, de Omar. Amenazó con contarle todo a todo el mundo para que nadie me contratara, ni como arqueóloga, historiadora o sirvienta", le dijo, con total naturalidad, tratando de controlar sus emociones. Le dolía la garganta físicamente por mantener en orden sus sentimientos y estaría agradecida cuando él se fuera.

Ella lo miró y lo encontró mirándola, su rostro era una máscara que no podía leer. "A la luz de lo que me ha dicho, ahora veo que no podrá trabajar en mi propiedad. Sin embargo, te daré el dinero, que es tuyo para que hagas lo que quieras. El señor Stewart no pondrá sus manos sobre ese dinero."

"No quiero su dinero ni su caridad, mi señor. Por favor, váyase." Ella recogió el dinero en efectivo y se lo entregó. "Sabe todo lo que hay que saber sobre mí y mi vida y ha dicho que no está interesado en nada de eso. Creo que ambos sabemos que queda poco que decirnos".

"Lo siento, Hallie. Si las circunstancias hubieran sido diferentes ... "

Ella asintió con la cabeza, sin suficiente juego para mirarlo. "Adiós, Lord Duncannon."

"Adiós, Hallie."

Al oír su retirada, ella miró hacia arriba y lo vio caminar colina abajo, de regreso a la propiedad. Ella se dejó caer de nuevo en su silla, limpiando con enojo la lágrima que se coló por su mejilla. Ella terminaría su trabajo aquí y luego se iría. Ya no quería estar aquí, ni en ningún lugar cerca de donde estuviera Lord Duncannon o gente de su calaña.

Arthur regresó a la propiedad del barón Bankes y, al ver a un lacayo, ordenó que empacaran sus cosas y que un carruaje estuviera listo en una hora. Hizo una pausa a mitad de la palabra con el sonido de la voz chillona y autoritaria de una mujer. Gimió por dentro, reconociendo la voz de su abuela.

¿Qué demonios estaba haciendo ella aquí?

"Exijo ver a mi nieto. ¿Dónde está Lord Duncannon?"

Maldita sea. Esto era lo último que necesitaba en este momento. Su mente era una jungla de pensamientos y negaciones de lo que acababa de suceder. ¡Hallie era madre! No podía pensar en eso. La ira corría por sus venas porque ella le había mentado, había mantenido en secreto detalles tan importantes y personales sobre sí misma. ¿No sentía nada por él? Ciertamente, demostró que no confiaba en él.

Comenzó a subir las escaleras hacia el salón del primer piso. Los invitados a la fiesta en casa del barón Bankes se arremolinaban en el pasillo y algunos también estaban en el salón, con toda la atención puesta en su abuela y sus demandas.

"¿Dónde está Duncannon? Necesita responderme y esta noticia que recibí. ¿Dónde está esa zorra, la señorita Evans, que piensa convertirse en condesa?"

"Mi señora, está equivocada," escuchó Arthur decir al barón, tratando de aplacar a su abuela con un tono suave. No ayudaría. La mujer conocía solo un tono y ese era brusco.

"La señorita Evans trabaja aquí para hacer una excavación de mis ruinas romanas. De ninguna manera busca casarse con Lord Duncannon".

Arthur abrió la puerta, viendo a su abuela agitar una misiva en el aire. "Esto no es lo que dice esta carta. Exijo verlo de inmediato. ¿Dónde está él?"

"Aquí mismo, abuela," dijo, entrando en la habitación. "Todos se van, gracias."

"¿Se ha ofrecido por la señorita Evans? ¿La historiadora que ha dado a luz a un hijo fuera del matrimonio? ¿Un niño de un extranjero? Un egipcio nada menos". Su abuela se apretó el pecho, buscando una silla antes de sentarse con la ayuda de dos invitadas que no parecían tener prisa por irse.

"Hablaemos de esto a solas."

"Oh, no, no lo haremos. No hay nada de qué hablar", dijo, con la mandíbula vibrando con cada palabra. "No te vas a casar con ninguna traviesa. La próxima condesa de Duncannon será una dama de buena cuna y crianza. Cualquiera de estas jóvenes presentes servirá. No permitiré que mi nieto lleve el apellido de una zorra común que debería estar trabajando en St. Giles en lugar de desenterrar tierra en Somerset".

"No hables así de la señorita Evans, abuela. No lo permitiré. No importa cuáles sean tus ideas sobre su pasado". O el de él mismo. Arthur miró las muchas caras que habían escuchado todo sobre Hallie. Regresaría aquí con una manada de lobos, todos esperando para darle un mordisco.

Se volvió hacia el barón Bankes. "Envíe un mensaje para que empaqueten las cosas de la señorita Evans. Puedes ver tan bien como yo que ella no puede quedarse aquí".

"Lo haré," dijo Willow, dando un paso adelante desde detrás de algunos de los otros

invitados, su desdén por él escrito claramente en sus rasgos. La tía de Willow miró a su sobrina, con el rostro pálido por la noticia que su abuela les había contado a todos.

"No volverás a acercarte a la señorita Evans, Willow. Te lo prohíbo".

"Ella es mi amiga, tía. Me aseguraré de que esté protegida antes de que se vaya. A diferencia de algunos aquí, no me olvido de mis amigos ni de los que me importan", dijo, mirándolo directamente.

Sus palabras lo avergonzaron y luchó por no estropear su imagen. "Gracias, señorita Perry."

Ella se volvió hacia él en la puerta, mirándolo. "No hago esto por usted, no se engañe por eso, mi señor. Tampoco deseo volver a ver nunca más su ser cobarde cerca de mi amiga. ¿Todos escucharon eso?" Dijo Willow, su voz alcanzó un pico de una octava o dos. "¿O desean que lo repita?"

Arthur la vio irrumpir por el pasillo, con las faldas volando sobre sus tobillos. Su firmeza hacia Hallie lo avergonzó aún más y maldijo por dentro. "Todos. Afuera. Ahora", gritó, sorprendiendo a los pocos a su alrededor. Salieron de la habitación.

"Me aseguraré de que la señorita Evans se vaya hoy. No podemos tener ese tipo de mujer en nuestro hogar. ¿Qué pensarán todos?" dijo el barón, chasqueando la lengua y cerrando la puerta, dejando a Arthur con su abuela.

"¿Cómo pudiste ser tan irresponsable, Arthur? Sabes que nuestra familia nunca se casa con nadie que no sea el mejor, mejor educado, realizado, que tenga una buena dote y que provenga de una familia respetable. Mantendrás la tradición y dejarás de tener contacto con la señorita Evans. ¿Quién ha oído hablar de una mujer historiadora o de alguien que va por ahí desenterrando pilas antiguas de piedra que a nadie le importan?" Su abuela puso los ojos en blanco y se aferró al collar de diamantes alrededor del cuello para sostenerse. "Tus padres se revolcarían en la tumba si te vieran ahora."

Arthur se dejó caer en un sillón orejero cercano, destrozado por lo que acababa de suceder. No le importaba que su abuela estuviera expresando sus preocupaciones, ella podría haber continuado durante meses y no lo habría convencido de su elección de Hallie.

Sacudió la cabeza. La idea de que ella fuera madre era inimaginable. Nunca se había deslizado y mencionado a su hijo o al hombre que había amado lo suficiente como para darle un hijo.

Sus manos se cerraron en puños a los costados. La necesidad de golpear algo, cualquier cosa, lo cabalgaba con fuerza. Odiaba al bastardo, fuera quien fuera quien la amaba. Si el hombre la amaba tanto, ¿por qué no se casaba con ella, la llevaba a casa y la cuidaba a ella y a su hijo? ¿Los había abandonado en Egipto?

Él gimió, no habiendo pensado en preguntarle por qué no estaba con él.

"¿Me estás escuchando, Duncannon?"

Levantó la cabeza para mirar a su abuela, su rostro era una máscara de desaprobación. "¿Qué estabas diciendo?"

"Debes irte y regresar a Cadding Hall esta noche. El Barón Bankes, mientras hablamos, se dispone a sacar a la señorita Evans de su casa. Después de que le expliqué que el hecho de que un barón estuviera cerca de una mujer así no le haría ningún bien a

su reputación en Londres, vio el sentido de este consejo y actuará en consecuencia”.

La ira cabalgaba con fuerza sobre el orgullo de Arthur y aun así, la idea de que Hallie sería expulsada como si su tiempo aquí no valiera nada en absoluto lo hizo enfurecer. Ser eliminada en desgracia simplemente porque había elegido una forma de vida diferente a la de los que estaban bajo este techo.

Se levantó. "Voy a mi habitación a empacar." Sin nada más que decirle a su abuela ni a nadie, Arthur regresó a su habitación, ignorando a los pocos que se congregaban en la puerta del salón, sin duda escuchando su conversación.

Una mujer se paró frente a él y él extendió la mano, agarrándola por los hombros para que no los hiciera caer al suelo. Miró los ojos verdes acerados de la señorita Willow Perry.

“¿Cómo pudiste actuar tan cobardemente con Hallie? Por lo que puedo reunir aquí hoy, ahora conoces su pasado y desapuebas su elección”.

Su labio se curvó. No estaba de humor para una conferencia. "Habría pocos que no la desaprobaban. ¿Me equivoco?" preguntó, mirándola con furia ya que ella seguía mirándolo. Ella olió su disgusto.

"Déjeme preguntarle esto, mi señor. ¿Con cuántas mujeres se ha acostado en su vida? Me imagino que serían muchas y, sin embargo, las mujeres no tienen la misma libertad", dijo ella, dándole un golpe en el pecho con su dedo. "Hallie, Ava, yo, diablos, todas nuestras amigas no van a cumplir con la regla de los hombres, incluso si este es un mundo de hombres. Y si no eres lo suficientemente hombre para aceptar y amar a Hallie por todo lo que es, entonces no la mereces”.

"Supongo que no." Las palabras subieron por su garganta y amenazaron con ahogarlo. Aun así, no podía aceptar lo que había hecho Hallie. Lo que dijo Willow era cierto, se había acostado con muchas mujeres desde que probó por primera vez a una hermosa doncella empleada por su madre antes de que ella falleciera. Sin embargo, la idea de que su esposa hubiera sido libre con su cuerpo, su corazón, le dejaba un sabor amargo en la boca y no podía soportar la idea de que Hallie estuviera con otra persona.

Que hubiera tenido su hijo ...

Sí, se hubiera acostado con ella, pero luego se casaba. Si tan solo hubiera sido el único hombre en haber entrado en su cama.

"No intente nunca volver a verla, milord. No permitiré que la lastime de nuevo”.

"¿Ha vuelto del sitio de excavación?" ¿Hallie ya estaba de vuelta en casa? Si era así, el barón se apresuraría a poner fin a sus servicios. La idea lo vació por dentro. ¡Maldición!

"Ella está empacando. El barón le dijo hace menos de media hora que se iba por todo lo que le gritó su abuela a la mitad de la sociedad."

"En mi defensa, no sabía que mi abuela llegaría hoy". Su único pariente ni siquiera era esperada en la casa del barón, así que para que ella estuviera aquí, la noticia de su apego a Hallie tenía que haber llegado a su lado en Londres ...

Apretó la mandíbula, pensando en una sola persona que desearía causarle daño.

"Tus excusas no son relevantes. Déjala en paz, cástate con una debutante joven, rica y pura que tenga intacta su virginidad. Una con la que su familia es tan famosa por alinearse y deja a mi amiga en paz. Ella se merece la felicidad y tú y tu tóxica abuela

solo le traerán dolor”.

Arthur se quedó en silencio, muy pocas palabras vinieron a la mente para tomar represalias contra la señorita Perry. ¿Cómo podía hacerlo cuando todo lo que ella decía era verdad?

Hizo una reverencia. “Tenía la intención de hacerlo, señorita Perry. No hay necesidad de sermonearme”.

Ella se rio, caminando de regreso por el pasillo hacia la habitación de Hallie. “Recuerda lo que dije o no solo me enfrentarás a mí, sino a Ava y nuestras amigas. Y puedo prometerle, mi señor”, dijo, su título lleno de sarcasmo. “Cree que su abuela es una tirana, todavía no has visto nada.”

Sonó un golpe en la puerta y Willow, que la había estado ayudando a empacar, la abrió y entró. Hallie no pudo evitar mirar para ver quién estaba allí, una pequeña parte de ella esperaba que fuera Lord Duncannon quien había venido a disculparse y a pedir perdón.

No es que alguna vez lo perdonara por su trato o, peor aún, por juzgarla. ¿Quién era él para mirarla con desprecio simplemente porque ella había seguido su corazón? Dudaba mucho que él pudiera decir lo mismo. Había pocas dudas de que se había acostado con muchas mujeres, ninguna de las cuales seguramente estaba enamorado, así que, ¿quién era peor? Ciertamente, no era ella.

Su doncella durante las últimas dos semanas estaba en la puerta con una misiva en las manos. "Señorita Evans, esta noche le llegó un expreso. Lamento que haya tardado tanto en traérselo. No sabía que había vuelto del sitio de excavación". Los ojos de la joven sirvienta recorrieron la habitación, viendo su ropa y baúles fuera. "¿Se va, señorita? ¿Necesitas ayuda?"

Su estómago dio un vuelco al ver la misiva y casi olvidó sus problemas con el barón Arthur, incluso la pregunta de su doncella. Hallie tomó la misiva y rompió el sello, leyendo la carta. Palabras de enfermedad, regreso a casa, apresuramiento saltaban del texto y se quedó inmóvil un momento, su mente un torbellino de planes.

Se sobresaltó cuando Willow cerró la puerta y le habló en voz baja a la criada sobre un carruaje y dos lacayos para ayudar antes de acercarse a ella. "¿Qué pasa, Hallie?"

"Debo irme de inmediato. Mi prima está enferma".

"¿La que cuida de Ammon?" Willow regresó a los baúles y comenzó a empacarlos con menos cuidado que antes. "Te he ordenado un carruaje y pronto llegarán un par de lacayos para ayudar a bajar el equipaje. Te llevaremos a Berkshire antes de que acabe la hora".

"No creo que el barón me permita llevar el carruaje hasta Berkshire. Tendré que tomar la diligencia desde la ciudad más cercana".

"Déjame a mí. Me aseguraré de que te entreguen a salvo en Berkshire mañana. Puede que solo sea sobrina de una vizcondesa, pero eso no me deja sin mérito del todo. Después de lo que te ha pasado hoy, no te dejarán en la posada local para que encuentres tu propio camino a casa. No sucederá."

Hallie abrazó a su amiga, muy agradecida de que todavía tuviera a sus verdaderos amigos y que la apoyarían, sin importar nada. Debería haber confiado en esa amistad cuando se encontró embarazada. Ya no se escondería en las sombras, asustada de lo que la gente pensara de ella o de sus elecciones. Fingiría ser la viuda de Omar El Sayed, la madre de su hijo y todos podían irse al diablo si no les gustaba.

"Gracias, Willow. Eres mi mejor amiga."

"Lo soy y siempre te apoyaré." Se sonrieron la una a la otra un momento antes de que Willow le palmeara el hombro. "Ven, más equipaje." Se volvió hacia un baúl cercano y metió en él algunas de las botas de Hallie. "¿La misiva dice algo sobre tu prima? ¿Qué

tan grave es?

"Tiene mucha fiebre y está muy enferma. No están seguros de si es contagioso. Espero que Ammon no lo agarre. Odiaría que le pasara cualquier cosa. Es solo un niño".

"Todo irá bien, querida. Estoy segura de que tu amiga tiene un médico que la atiende".

Hallie trató de consolarse con las palabras de su amiga, pero la mención de una fiebre que parecía estar afectando la mente de su prima la hizo temer lo peor. ¿Y si ella falleciera? ¿Qué haría ella entonces? No había ahorrado lo suficiente para mantenerse a ella y a Ammon seguros en Felday. Tenía sus amigos, por supuesto, a quienes acudir, pero no podían apoyarla para siempre. Después de la forma atroz en que su verdad salió a la luz aquí en la finca del barón, era muy poco probable que volviera a conseguir un empleo como este, o incluso a trabajar en una gran casa como sirvienta.

Su nombre era, o muy pronto sería, barro.

Hallie se pasó una mano por la frente, su mano salió un poco húmeda de sudor. Al menos el barón le había pagado el total del trabajo que había hecho, y sin rastro del señor Stewart no había tenido que entregarle nada. No es que tuviera que preocuparse más por su chantajeador. No ahora que todos sabían la verdad.

La siguiente hora fue una vorágine de sus baúles, misivas para Greg y Bruce en el establo de ella gracias a ellos, y dónde enviar sus herramientas y papeles, bocetos y equipo que había dejado en el sitio de excavación. Había pedido a los lacayos que bajaran sus cosas por la escalera de servicio y que la hicieran salir de los establos. No deseaba ver a nadie de la fiesta de la casa, ni al barón que se había derrumbado como una piedra bajo presión cuando la abuela de Lord Duncannon le exigió que la rechazara y la despidiera.

Hallie dio una última vuelta por la habitación, asegurándose de no dejar nada atrás. Se volvió y recogió su pelliza y su gorro de lana que prefería llevar. Willow la miró, sus ojos eran una ventana de decepción y Hallie le tomó las manos, apretándolas. "Nada de eso. Haré lo que me digas y mantendré mis pensamientos positivos con respecto a mi prima. Estoy segura de que estará bien y mejorará aún más rápido cuando yo esté allí".

"Te extrañaré. Nos vamos la semana que viene de regreso a Londres, así que escíbeme y cuéntame cómo le va a tu prima y, por supuesto, a ti."

"Lo haré. Lo prometo." Hallie se encaminó hacia las escaleras de servicio, sus pasos se ralentizaron cuando vio a Lord Duncannon esperándola en el pasillo.

"Te estas yendo."

No era una pregunta y ella asintió con la cabeza, la ira subió a través de su sangre al verlo de nuevo. ¿Qué pensaba que iba a lograr al volver a verla? Había dejado claras sus opiniones en el sitio de excavación. Ciertamente, no necesitaba que se repitieran.

"Lo hago. Si me disculpa," dijo, empujándolo y comenzando a bajar las escaleras.

"Hallie," la llamó. "Si las cosas fueran diferentes ..."

Hallie ajustó la pequeña maleta en su mano, ignorándolo. Se tragó el nudo en la garganta que sus palabras dejaron allí. No más lágrimas, no más angustia. Regresaría a casa, recuperaría la salud de su prima y luego regresaría a Felday. Se olvidaría del vizconde Duncannon y enterraría todo lo que él le hizo sentir y desear.

Solo había un hombre en su vida a partir de este momento. Su hijo. El resto podría irse al diablo. Mejor pronto que tarde.

Hallie llegó a Berkshire y a la casa de su prima la tarde siguiente. Afortunadamente, Willow cumplió su palabra y el conductor del Barón Bankes la llevó directamente a la puerta de su prima y la ayudó a descargar todos sus baúles en la casa.

La única sirvienta que su prima podía pagar la ayudó a meter sus cosas. ¿Cómo está Charlotte, Betty? ¿Dónde está Ammon? preguntó, desatando su sombrero y colocándolo en un aparador cercano. La casa de su prima era más grande que su cabaña en Felday. Su única pariente se había casado con un señor granjero y, tras su muerte en la finca, se quedó con los ingresos de la tierra y la casa. Sin hijos propios, había estado feliz de ayudar a Hallie cuando regresó a casa, embarazada y sin apoyo. Hallie le debía mucho. En verdad, nunca podría devolverle su amabilidad.

"Ella está arriba, señorita Evans. Ammon está sentado con ella. Quería contarle todo lo que pasó hoy en la escuela".

Por supuesto, era miércoles y Ammon habría asistido a la escuela parroquial local. Solo tenía cuatro años y, sin embargo, era brillante para su edad. "Es bueno que estés levantada y hablando. Pensé que era mucho peor que eso".

"Oh, no, señorita Evans. Es simplemente un resfriado insignificante". La criada miró por encima de sus muchos baúles. "¿Va a quedarse algún tiempo, señorita Evans? Haré que arreglen el dormitorio de invitados si es así. Me disculpo, pero no te estábamos esperando".

Hallie frunció el ceño. "¿No lo hacían? Por favor. Estaré aquí varios días". Hallie empezó a subir las escaleras. ¿Cómo no la habían esperado cuando habían escrito la misiva?

Llamó a la puerta de madera del dormitorio y escuchó a Ammon, su voccita emocionada contando la historia de un árbol y su amigo que había intentado trepar a la cima. "¿Puedo pasar?"

"¡Mamá!" Ammon saltó de su silla y corrió hacia Hallie. Ella se arrodilló, lo tomó en sus brazos y lo abrazó con fuerza. Sus pequeñas manos se aferraron a su garganta, y las lágrimas brotaron de sus ojos al tenerlo cerca de ella nuevamente. Ya no lo dejaría atrás. No era justo para ninguno de los dos. De alguna manera encontraría trabajo y podría mantenerlo cerca.

"Oh, te he echado de menos, cariño," dijo, echándose hacia atrás y mirando su dulce rostro. Los ojos, al igual que los de Omar, la miraron fijamente y la hicieron extrañarlo aún más. Extrañó lo que pudo haber sido. "Has crecido. Serás un hombre joven demasiado pronto".

Ammon salió de su agarre, poniéndose más alto ante sus palabras. "La tía también lo piensa. La señorita Smith tuvo que bajarme los pantalones. Se me estaban viendo los tobillos".

Hallie se rio entre dientes, lo levantó y se sentó en la cama, colocando a su hijo en su regazo. No lo quería demasiado lejos de ella. Dirigió su atención a su prima. "¿Cómo

estás, Charlotte? Recibí una carta que decía que estaba muy enferma. ¿Es eso cierto?"

Charlotte negó con la cabeza, con un semblante confuso en su rostro. "Nunca te escribimos, excepto hace quince días sobre Ammon y lo que hemos estado haciendo. Tengo un resfriado, pero no lo suficientemente severo como para que debas regresar a casa".

"Que extraño." La boca del estómago de Hallie se revolvió mientras trataba de averiguar quién podía haber enviado la carta. "Si no la enviaste me pregunto quién lo hizo."

"Ammon, ¿por qué no bajas con la señorita Smith? Estoy bastante segura de que me dijo en el almuerzo que hoy te hizo un dulce. "

Ammon miró por encima del hombro a Hallie. "¿Puedo, mamá?"

Ella se inclinó y lo besó en la mejilla. "Claro cariño. Pronto me reuniré con ustedes abajo".

Salió corriendo, el sonido de sus pequeños pasos en las escaleras hizo sonreír a Hallie. "Al enviar a Ammon abajo, ¿supongo que hay algo que deseas decirme, Charlotte?"

La boca de su prima se tensó en una línea disgustada. "Ha habido algunas personas en la ciudad, alojadas en la posada. Son egipcios y los he visto mirando a Ammon cuando lo recojo de la escuela parroquial. Es demasiada casualidad. Creo que saben quién es".

Un escalofrío recorrió su espalda y la urgencia de correr escaleras abajo, levantar a su hijo y mantenerlo a salvo y en su visión en todo momento zumbaba por sus venas. "¿Sabe la señorita Smith que debe vigilarlo?"

"Por supuesto. Ella fue quien realmente me lo mencionó primero". Charlotte frunció el ceño. "¿Crees que están aquí para llevárselo?"

"No los dejaré ir a ningún lado con mi hijo, pero también me niego a vivir con miedo. Iré a la posada hoy y veré de qué se trata su presencia. No permitiré que nuestra familia se sienta amenazada."

"Bien, muy bien," dijo su prima, extendiendo la mano y estrechándole la de ella. "Me he encariñado tanto con el chico, odiaría que alguien nos lo quitara. Incluso si son la familia de su padre". Hallie asintió con la cabeza, tratando de ocultar el miedo que latía por sus venas. Si la familia de Omar estaba aquí, solo significaba una cosa. Sabían que había tenido un hijo y lo querían en Egipto.

* * *

ARTHUR ESTABA SENTADO en el carruaje, casi de regreso a Londres, pasando por las casas de las afueras de la ciudad. Prestaba poca atención, su mente era un torbellino de pensamientos, de arrepentimientos, sobre todo de cómo había manejado la situación con Hallie.

La había defraudado, le había dado la espalda cuando debería haber estado detrás de ella, ser un pilar de fuerza y apoyo. Debería ser azotado por juzgarla. ¿Por qué estaba muy bien que hombres como él se acostaran con quien quisieran y cuando quisieran? Hallie no había hecho esas cosas, sino que había entregado su corazón a un hombre en Egipto y había tenido un hijo.

Se encogió y apoyó la cabeza contra los cojines. No importaba cuánto lo odiara en ese momento, no podía odiarlo tanto como él se odiaba a sí mismo. No solo la decepcionó, también se decepcionó a sí mismo. Lord Duncannon no era un caballero que juzgara a nadie. La vida era para vivir, amar y disfrutar. Desde el momento en que conoció a Hallie, su deseo de vivir, de vivir y ver el mundo le habló de un alma que no sería domesticada, y él no deseaba que ella lo fuera. Él sabía eso de ella, era una de las razones por las que la amaba y, sin embargo, le había devuelto eso a la cara, le había dicho de manera indirecta que su vida era escandalosa y estaba por debajo de la de él. Que ella no sería una esposa adecuada.

"A la mierda," dijo en voz alta.

Los ojos de su abuela se agrandaron inusualmente, su rostro se puso de un rojo rojizo. "Arthur, te ruego que te disculpes. No blasfemes delante de mí. Ni ahora ni nunca".

"¿Por qué no?" preguntó, mirándola. No debería culpar a su abuela, ella era producto de su tiempo, una mujer que tenía una opinión sobre todos, sin importar si estaba bien o mal. "La he cagado y nunca podré reparar el daño que hice."

Olisqueó, puso los ojos en blanco y miró por la ventana como si el propio rey estuviera afuera y mantuviera su atención. "Supongo que estás hablando de la señorita Evans. La ramera".

"Ella no es una puta. No permitiré que hable de ella de esa manera".

"Hablaré de ella como me plazca. A diferencia de ti, investigué un poco sobre ella antes de ir a buscarte a Somerset. ¿Sabías que su hijo es el único heredero de la difunta familia Omar El Sayed en Egipto? Recibí una carta muy interesante de un caballero que se había interesado por la vida de la señorita Evan. Otro amante hastiado, sin duda, pero impartió una información muy interesante. Un dato sobre que le había escrito a la familia de su amante en Egipto contándoles sobre el niño. Están en camino para recoger al niño, o eso me informaron la semana pasada".

A Arthur se le heló la sangre ante las palabras de su abuela. "¿Esta carta que le informaba de esto estaba firmada por casualidad por un tal Sr. Stewart?"

"Bueno, sí lo fue. ¿Lo conoces?" preguntó, aparentemente emocionada por la posibilidad de que ambos conocieran al hombre. Por Dios, sí, Arthur lo conocía y cuando pusiera sus manos sobre el Sr. Stewart lo estrangularía para que no causara más problemas. "Puede que no le importe, pero el señor Stewart ha estado chantajeando a la señorita Evans durante algunas semanas. Amenazó con revelar a su hijo, arruinar sus posibilidades de obtener ingresos, todo porque es primo del difunto Lord Oakes, el mismo caballero que intentó matar a la duquesa de Whitstone. Dudo mucho que el duque considere favorablemente a cualquiera que ayude a un hombre así". Arthur vio como su abuela entendía su insinuación, con el rostro pálido. "No olvidemos que la señorita Evans también es amiga íntima de la duquesa."

Los ojos de su abuela se entrecerraron. "Amenázame, no importa lo vago que sea con las palabras, no funcionará, muchacho. Debe admitir sus errores y dejarlos atrás. La señorita Evans puede haber sido una pequeña distracción para usted mientras estaba en el campo, pero sobre mi cadáver le permitiré que se convierta en la próxima condesa de

Duncannon".

"¿Qué pasa si quiero que ella sea mi esposa? ¿Aceptarás eso y silenciará su lengua víbora? Odiaría tener que enviarla al campo. Y por favor, mi querida abuela, comprenda que mis palabras no son una amenaza vaga, sino una promesa de lo que vendrá si causa más problemas".

"¡Te vas a casar con ella! ¿Cómo puedes hacerle eso a tu familia? Los Duncannon no se casan con mujeres caídas. Llevarás a toda la familia a los abismos del escándalo y el libertinaje".

Se encogió de hombros, habiendo escuchado suficiente. "La amo. Siempre la amé, incluso antes de que se fuera a Egipto y pensé que nunca la volvería a ver. Encuentro que no me importa su pasado, solo que quiero estar en su futuro. Si ella y su hijo me aceptan". Nunca una pregunta fue más importante para hacer. Lucharía para mantenerla en su vida, y si eso significaba que se convertiría en el padre de su hijo, que así fuera. No se alejaría de nadie a quien ella amaba. Ni siquiera el hijo de otro hombre.

Algunos lo llamarían tonto, le darían la espalda y algunas puertas en Londres se cerrarían para siempre ante su elección y, sin embargo, no le importaba. Que cerraran sus puertas, sabía que había algunos que darían entrada para siempre y eso era suficiente. Eran sus verdaderos amigos.

"Te lo prohíbo, Arthur."

Levantó la ceja ante la voz de su abuela que no admitía discusión. "Cuando te deje en Londres, continuaré hasta Berkshire y recuperaré a la mujer que adoro, y nada de lo que digas tú o la sociedad me hará cambiar de opinión. Soy más feliz cuando estoy con ella. No necesito nada más".

Ella lo señaló con un dedo nudoso, con el rostro pálido. Lamentó haberle causado tanto dolor, pero sabía la verdad dentro de sí mismo. Este era el camino correcto. Su cuerpo vibraba con la expectativa de que su vida comenzara y supo a quién quería a su lado cuando lo hiciera.

"Nunca la admitiré en mi casa. Ni los hijos que tengas. A partir de este momento, estás muerto para mí". Suspiró y se encogió de hombros. "Bueno, eso es una pena, abuela, porque soy el vizconde y cabeza de familia y así controlo el dinero que sostiene a la familia. Si castigas a Hallie por una vida vivida al máximo, yo te castigaré a ti de la misma manera. ¿Es eso lo que realmente quieres?" "¡Cómo te atreves a insultarme, niño!"

El carruaje se detuvo y Arthur miró hacia afuera para ver que se habían detenido frente a la casa de Mayfair de su abuela. "Le escribiré los detalles de mi boda. Espero verla allí".

Su abuela se bajó del carruaje y, resoplando su descontento, subió furiosamente los escalones de la entrada de la casa. Arthur vio como ella empujaba la puerta para abrirla, sin darle tiempo al mayordomo para apartarse, haciendo que el hombre tropezara.

Arthur negó con la cabeza, gritó las direcciones de Berkshire y se recostó en los cojines. Si viajaban durante la noche y cambiaban los caballos con regularidad, debería llegar a casa de la prima de Hallie antes de la cena de mañana, tal vez un poco más tarde. Su tarea de suplicar perdón no sería tarea fácil. Hallie no se dejaría convencer

fácilmente de que lo sentía, pero lo estaba. Lamentaba mucho que le doliera el pecho cada vez que pensaba en vivir la vida sin ella.

No perdería esta guerra. Él la ganaría a ella y a su amor. Para él, no había otra opción.

Hallie entró en la taberna de la posada local más tarde esa tarde, el lugar extrañamente tranquilo y sin sus clientes habituales. Estuvo agradecida por la campanilla de bronce que estaba sobre la puerta de la posada, ni un momento después de haber entrado a la habitación, llena de mesas y un fuego, bien iluminada y llenando la habitación de calidez y ambiente acogedor, un breve, un hombre corpulento entró detrás de la barra. Hallie sonrió, esperando que su cortesía la ayudara a hacer que el tabernero molestara a sus invitados y los trajera aquí para hablar con ella.

"Buenas tardes señor. Quisiera hablar con algunos huéspedes que se alojan aquí. No son ingleses y quizás tengan un acento fuerte. ¿Tienes a alguien con esa descripción?"

"Oh, sí, señorita, pero han alquilado la propiedad del difunto Sir Garrick, al norte de la ciudad. Si sigue la carretera que conduce de regreso a Londres, gire a la izquierda aproximadamente un cuarto de milla hacia arriba y llegará a la finca lo suficientemente rápido".

"¿Había alguna mujer que fuera parte de ese grupo?"

El tabernero se frotó la mandíbula barbuda, tirando hacia abajo su mechón de pelo como si acariciara algún tipo de animal pegado a su rostro. "No, eran dos caballeros, muy bien vestidos, pero ninguna dama que yo sepa. Solo se quedaron una noche aquí antes de poder establecerse en la finca."

"Gracias por tu ayuda. Iré allí directamente".

Hallie regresó al patio de autos de la posada y, usando un bloque de montaje, saltó sobre la espalda de la única montura de su prima. Acarició al caballo, esperando que la bestia no la dejara perder su asiento. En momentos como este, deseaba ser tan buena jinete como Ava. Desafortunadamente, no era una de sus especialidades.

Subió por la carretera norte y giró a la izquierda cuando llegó a una carretera muy gastada, el techo de la finca apenas visible sobre las copas de los árboles. Los nervios se le juntaron en el estómago al pensar que las personas allí bien podrían ser la familia de Omar, su madre o su padre. Eran una familia tan rica e influyente en Egipto. Su presencia aquí solo significaba una cosa. Se habían enterado de Ammon y lo querían.

Nunca le negaría a la gente lo que querían, por supuesto que permitiría la visita a Ammon. Si Omar no le hubiera advertido que no se pusiera en contacto con ellos, lo habría hecho ella misma, pero él le había hecho prometer que su unión sería un secreto. Su familia, explicó, nunca entendería su amor por ella o el de ella por él. Hallie había cumplido esa promesa, pero quizás con la muerte de Omar, sus padres se habían suavizado. Perder un hijo cambiaba a la gente, tal vez había cambiado a la familia de Omar en lo que respecta a sus pensamientos sobre ella.

Solo tomó unos minutos antes de que ella tirara del caballo hacia el frente de la casa, atando su montura a la barandilla del escalón delantero. El lugar parecía desierto, no había señales de jardineros o personal en la propiedad. Ella miró hacia el edificio, una hoja de una ventana colgaba al azar de su bisagra rota, y los escalones parecían no haber sido barridos en algunos meses.

Hallie envolvió la aldaba de latón en la puerta, un eco hueco recorrió la casa antes de que los pasos de alguien dentro llegaran a sus oídos. Respiró para calmarse, lista para discutir y negociar con la familia de Omar si fuera necesario, pero no se derrumbaría bajo la presión de esa gran familia.

La puerta se abrió de par en par y ella se tambaleó hacia atrás, el miedo la atravesó. "Señor Stewart. ¿Qué está haciendo aquí?"

Dio un paso afuera, su paso cauteloso como si ella fuera a salir disparada en cualquier momento. El pensamiento había cruzado por su mente, pero el hecho de que ella no era una corredora rápida y su caballo estaba atado detrás de donde estaba parado el Sr. Stewart, la opción parecía inútil.

"Señorita Evans. Pensé que vendría. Es una mujer inteligente, se lo concedo".

Ella frunció el ceño, confundida por el giro de los acontecimientos. Esperaba ver a la familia de Omar aquí, pero entonces tal vez ... "Hizo que pareciera que la familia de mi hijo estaba aquí desde Egipto. Quizás soy yo quien debería decir que es un hombre inteligente. Creo que también cruel."

Se rio entre dientes, el sonido mezclado con amenaza. "Oh, soy todas esas cosas. Hice lo que dijo. Hice que pareciera que la familia de su hijo estaba aquí para recogerlo. Pero ni siquiera yo puedo comunicarles lo suficientemente rápido que descubrí dónde estaba su hijo, o tenerlos aquí para llevárselo. Sin embargo, les he enviado un mensaje, así que estoy seguro de que en el futuro su hijo estará bien atendido. En cuanto a usted, eso es otro asunto".

"¿Qué quiere decir?" Ella retrocedió y él la siguió como un león acechando a su presa.

"Espero que se haya despedido de su hijo porque no lo volverá a ver." Él la tomó del brazo y la empujó hacia la puerta. Entra, querida. He preparado una habitación especialmente para ti".

Hallie trató de soltarse, pero su agarre, más fuerte de lo que ella pensaba, solo se apretó. "No voy a ir a ningún lado con usted."

"Yo tampoco voy a ir a ningún lado con usted. Me marchó de aquí hoy, pero tú, querida, serás bien recibida bajando las escaleras en las entrañas de la casa. Este lugar era propiedad del difunto Sir Garrick. Su familia está discutiendo actualmente quién heredará la casa y las tierras. El desacuerdo durará algunos meses, estoy seguro, tiempo de sobra para que te marchites y te mueras de hambre sola y en el frío. Justo como te mereces desde que ayudaste a acabar con la vida de mi primo".

La empujó hacia una puerta que de no haber estado abierta Hallie no habría visto. Se fusionó con los paneles de la habitación cuando se cerró y si la colocaba allí, nadie la oiría ni la buscaría en ese lugar. Nadie más que el tabernero sabía que estaba aquí y no había dado su nombre.

El pánico se apoderó de ella y se soltó de su agarre, resbalándose en el polvoriento suelo de parquet mientras trataba de correr hacia la puerta. Sus faldas, malditas sean, se engancharon en sus piernas y cayó de rodillas. El Sr. Stewart la agarró por detrás, levantándola contra su frente. "Shhh. Shhh, querida. Solo tendrás hambre durante unos días. Después de eso, simplemente te volverás débil y cansada. Con el tiempo, no te despertarás en absoluto. Podría incendiar la casa, darte un final como mi primo, pero me

compadeceré de ti y no haré eso. No soy un monstruo”.

Se rio de sus propias palabras y Hallie luchó por mantener la calma. Que no cunda el pánico. Ella golpeó su pie con fuerza contra el de él, y él la soltó, maldiciendo. Hallie aprovechó la oportunidad para correr, esta vez concentrándose en sus pies y piernas, asegurándose de que permanecieran erguidos y firmes.

El dolor le atravesó la cabeza mientras él le agarraba el pelo y la tiraba hacia atrás. Aterrizó con un golpe en el suelo, su cabeza se echó hacia atrás y su visión se volvió borrosa.

Se acercó a ella, le apretó la mandíbula y le apretó la boca hasta que el sabor cobrizo de la sangre corrió por su lengua. Ella gimió. “No intentes escapar de nuevo, perra. No seré tan amable la próxima vez”.

Las lágrimas nublaron su visión y él la puso en pie, empujándola hacia la puerta que conducía a los sótanos y quién sabía qué más. La escalera que bajaba era de piedra y parecía mucho más antigua que la estructura de la casa misma.

“¿Tu mente inteligente se pregunta si este es el sótano original de la casa?” Él la miró, su sonrisa fácil y cortes de nuevo en lugar de la ira y el odio letales que ella había leído en ellos solo unos minutos antes. Cómo un hombre podía ser tan cambiante era imposible de comprender y era algo de lo que ella no quería volver a estar cerca nunca más. No es que hubiera una posibilidad de que fuera enterrada viva aquí abajo.

“Una vez hubo un castillo aquí, durante el siglo XI, creo. El sótano es todo lo que queda y cuando se construyó la casa, simplemente se construyó sobre los cimientos existentes. Perfecto para usted, querida. Mientras se está consumiendo, puede estudiarlo si lo desea. No soy tan bárbaro para dejarla en la oscuridad. Le he proporcionado velas para que pueda ver durante su estancia. ¿No está contenta? preguntó sonriendo.

Hallie cerró la boca con fuerza y mantuvo las manos quietas a los costados para que no le arrancara los ojos. El bastardo estaba loco. Tan loco como su primo. Debe haber algún tipo de desorden en la familia para que estos primos se comporten de una manera tan cruel y mortal.

El pensamiento de Lord Duncannon pasó por su mente, que nunca volvería a verlo. Que su hermoso hijo nunca sabría adónde fue su mamá ni por qué. Las escaleras descendían en espiral e incluso si ella gritara pidiendo ayuda hasta que su voz se volviera ronca, nadie la oiría. De hecho, esto era una tumba. Su tumba.

Qué apropiado, de hecho, ya que había pasado su vida estudiando a los muertos en lugares como estos y ahora iba a ser uno de ellos.

El señor Stewart había encendido unos candelabros en la pared que les indicaban el camino hasta que se reveló una puerta de madera que conducía a una habitación al final del pasillo. Hallie se frotó los brazos, la oscuridad se cerró a su alrededor, amenazando con hacer que el pánico recorriera su mente. Ella no sucumbiría al pánico. El pánico significaba la muerte. Probablemente más temprano que tarde.

Su prima enviaría un grupo de búsqueda. Ella encontraría su camino aquí. Este no era el final. El Sr. Stewart la empujó dentro de la habitación, cerrando la puerta de golpe. Una vela ardía en la esquina y corrió hacia ella cuando el sonido de los candados de acero se deslizó hacia la piedra del exterior.

“Adiós, señorita Evans. Le deseo una muerte agradable” le oyó decir, con la voz ahogada por el grosor de la puerta.

Hallie recorrió la habitación con la vela, buscando en el espacio alguna salida, más iluminación. El miedo le heló la sangre y se estremeció. Le había dejado una vela después de toda su charla de no dejarla en la oscuridad, y nada con qué encenderla. Ella iba a morir. Sola y en la oscuridad. Se apoyó contra la pared, sus rodillas de repente se sintieron menos que firmes y se deslizó para sentarse en el suelo.

La piedra le arañó la espalda, pero no le importó. No había forma de salir de este lío. Ella contuvo un sollozo y luchó por no llorar. Ella era una mujer fuerte, inteligente y valiente. Ella no se rendiría, no ahora. Si ella estaba aquí en una semana y todavía no venía nadie, entonces podría acostarse y esperar a morir, pero hasta entonces, lucharía como el infierno para permanecer en este mundo. Por más cruel e injusto que fuera a veces, todavía era mejor a que la enterraran viva como ahora.

* * *

ARTHUR LLEGÓ al pequeño pueblo de Slough la tarde siguiente justo cuando el sol comenzaba a caer en el cielo del este. Pidió indicaciones en la ciudad y una mujer joven que llevaba una canasta de pan y otros alimentos le indicó que continuara por la carretera en la que estaba hasta llegar a la pequeña cabaña con techo de paja en las afueras de la ciudad donde la prima de la señorita Evans residía.

En la posada cercana en la que se había registrado antes, había ordenado que empacaran sopa, pan y queso y la llevaran a la residencia en caso de que fuera necesario. No estaba seguro de lo que estaba pasando, o al menos de la gravedad, pero la criada de la posada había mencionado a la señora Nibley, la prima de Hallie se había enfermado hace una semana o así y no le iba bien.

Arthur llegó a la cabaña que tenía una gran puerta de entrada y dos ventanas a cada lado. Era pintoresca, pero no tan pequeña como había pensado que sería. El jardín, en su mayoría vegetales, parecía bien cuidado, las ventanas brillaban limpias bajo el sol de la tarde. Llamó a la puerta, el miedo le heló la sangre de que a Hallie le disgustara que la hubiera seguido. Que ella no lo viera y lo despidiera.

Bien podía entender eso. No le impresionaría si la situación se invirtiera. Su ira se merecía más que nada, solo esperaba que de ese dolor y desilusión pudieran reconstruir una vida. Juntos como familia. No permitiría que la familia de su hijo le quitara al niño. No después de todo lo que había hecho para mantenerlo a salvo y protegido.

Las palabras de su abuela lo habían perseguido este último día, y no pudo evitar temer que ya era demasiado tarde. Que la malvada venganza del Sr. Stewart ya había marcado a sus víctimas y que su hijo estaba perdido para ella. En un barco hacia el este. Arthur se paró ante la puerta roja.

Respiró profundamente y llamó. Se arregló la corbata cuando la puerta se abrió de par en par, pero en lugar de que hubiera un sirviente o Hallie, abrió la puerta un niño pequeño que lo miró, sus grandes ojos marrones absorbieron cada uno de sus rasgos y lo evaluaron. El chico era sin duda de Hallie, podía ver sus rasgos en el rostro del chico,

siempre curioso por saber más. Algo en la región de su corazón se apretó y se arrodilló, sonriendo para tratar de tranquilizar al joven.

"Hola, soy Arthur Howard, vizconde Duncannon. Me pregunto si la señorita Hallie Evans está aquí".

El joven negó con la cabeza, pero abrió más la puerta.

Arthur entró y miró la casa. Estaba tan limpio y bien cuidado por dentro como por fuera. La pequeña sala de estar a la que se abría la puerta principal tenía una chimenea grande y crepitante y un sofá de aspecto cómodo con un patrón floral. Se acercó a la chimenea y se paró ante las llamas, calentándose la espalda y las manos.

El niño corrió hacia la parte trasera de la casa y en un momento el ritmo constante de pasos sonó en el piso de madera pulida. "¿Puedo ayudar ...," las palabras de una joven vacilaron al verlo y frunció el ceño?

La acogió con su modesto vestido de mañana que estaba un poco gastado y cubierto con un delantal poco favorecedor. Su cabello estaba ladeado y parecía como si le faltaran la mitad de las horquillas. Aun así, podía decir que era pariente de Hallie. Parecía que estaba condenado a ver gente que le recordaba el gravísimo error que había cometido. De perder a la mujer que amaba.

"Soy Lord Duncannon."

"Sé quién es usted, mi señor. La señorita Evans no está aquí". Su abrupta respuesta fue más de lo que se merecía, pero necesitaba hablar con Hallie. Para pedirle perdón. Prometerle todo lo que siempre había querido, si tan solo fuera suya. Que fuera su esposa.

"La estoy buscando. Por un asunto de gran importancia que, si estás dispuesta, pensé en comentarle." Miró al niño pequeño y sonrió cuando la boca del niño se abrió hacia él, observando la interacción con entusiasmo. Arthur le guiñó un ojo, sonriendo cuando una pequeña sonrisa pellizcó los labios del chico. "Solo si está dispuesta, señorita Nibley, supongo."

"Señora Nibley." Ella miró al niño pequeño, girándolo para mirarlo a los ojos. "Ve a la cocina y ayuda a la señorita Smith con las galletas. Estoy segura de que están casi listas para entrar en el horno." Hizo un gesto para que Arthur se sentara en uno de los sofás de la habitación, antes de sentarse ella misma, ajustarse las faldas y encontrar su mirada. "¿Qué quiere, mi señor?"

"Primero, vine a disculparme con la señorita Evans, pero también a contarle lo que me he enterado de la familia de su hijo. Creo que pueden estar de camino aquí desde el extranjero para llevarse al niño. Necesito advertirle. "

La Sra. Nibley se inclinó hacia adelante, con las manos apretadas con fuerza en su regazo. "Ya están aquí y no sé qué hacer. ¿Confía en Hallie? ¿Sabe todo?"

La pregunta lo avergonzó. Estaba en la confianza de Hallie hasta cierto punto, pero luego la había rechazado como todos los demás harían eventualmente con su pasado. Él se encogió. Era el peor de los hombres. "Lo estaba, y deseo volver a serlo, si ella me perdona. Pero dígame lo que sabe. Tal vez pueda ayudar antes de intentar algo".

"Hemos visto hombres por la ciudad. Hombres que sin duda son extranjeros. Han estado observando a Ammon durante varios días. Los hombres se habían alojado en la

posada local y Hallie fue allí ayer. El tabernero le habló de la casa que estos caballeros habían alquilado en las afueras de la ciudad, en la carretera norte a Londres y ella fue allí. Sé que lo hizo porque encontré a mi caballo vagando por los terrenos al día siguiente, pero no puedo encontrarla a ella ni a los hombres."

"No hay rastro de nadie en la casa. La propiedad era del difunto Sir Garrick. La familia está discutiendo sobre la herencia y hace meses que no se vive en la casa. Ciertamente no se habría alquilado a nadie, por lo que me dijo el tabernero que es donde fueron los caballeros no tiene sentido".

Un escalofrío recorrió la espalda de Arthur mientras asimilaba esta información. Su abuela le había dicho que el Sr. Stewart le había escrito a la familia de Omar, pero que podría llevar meses llegar a ellos y luego actuar en base a esas noticias. Pero estaban aquí ahora. O se habían enterado de la existencia del niño por otros medios, o el Sr. Stewart estaba mintiendo y estaba detrás de la desaparición de Hallie.

"¿Dónde está esta casa?"

La señora Nibley se puso de pie, se dirigió a la cocina y se quitó el delantal mientras se alejaba. "Señorita Smith, llevo a Lord Duncannon a la finca de Sir Garrick. Creemos que podemos encontrar lo que estamos buscando allí".

"¿Qué estás buscando, tía?" preguntó el joven, mirándola con interés. Arthur vio como ella se agachaba y le tomaba la mejilla. "¿Es mamá? Dijo que me llevaría a pescar antes de irse de nuevo".

La ira corría por las venas de Arthur pensando que Hallie pudiera haber resultado herida, y se la hubieran quitado a su hijo y a él mismo, mataría a quien la sacara de su vida. Más le valía al señor Stewart estar a kilómetros de ellos, porque cuando alcanzara al demonio, tendría suerte de sobrevivir al asalto.

"Tu mamá llegará pronto a casa. Lo prometo. Ahora, vete y ayuda a la Srta. Smith. Volveré en breve."

Utilizando el carruaje de Arthur, la señora Nibley dio indicaciones para llegar a la casa y en media hora estaban aparcando frente a la gran e imponente casa que necesitaba algunas reparaciones.

"Aquí es donde encontré a mi caballo deambulando ayer," dijo la Sra. Nibley, señalando el césped cubierto de maleza frente a la propiedad. "Le escribí a sus amigas de la escuela pidiendo ayuda después de no poder encontrarla. Espero que estén aquí dentro de unos días para ayudar a buscarla aquí o en Londres. No tenía sentido que Hallie hubiera hecho eso. "No puedo evitar pensar que estos dos hombres que hemos visto en la ciudad la han llevado a alguna parte. Por qué se la llevarían a ella y no a Ammon, es lo que no puedo comprender."

Arthur tampoco podía. No tenía sentido. Probó la puerta y la encontró abierta. Empujándola para abrirla gritó. Al no escuchar respuesta, entró y miró alrededor del gran vestíbulo. "¡Hallie!" gritó, quieto para ver si podía oírla. Se volvió hacia su prima. "Busquemos en la casa y luego sigamos desde allí. Empezaré por la planta baja, tú sube y registras los dormitorios y las dependencias de los criados.

"Muy bien." Arthur vio como la señora Nibley subía corriendo las escaleras. Se volvió hacia la primera habitación a su izquierda, una biblioteca, los libros quedaron como

estaban en el momento de la muerte de Sir Garrick. La casa no valdría nada si la familia continuaba discutiendo sobre ella durante mucho más tiempo. Llamó a Hallie mientras iba de habitación en habitación, revisando los armarios y las puertas cerradas que a veces tenían que abrirse a la fuerza. La cocina tenía un pequeño sótano, pero estaba vacío, salvo por unos bloques de queso que se habían dejado pudrir.

Dio media vuelta en el sótano, se acercó a la pared y la sintió. Estaba hecho de piedra, grandes bloques grises. La casa estaba hecha de piedra arenisca, pero al mirar estas paredes que lo rodeaban, la casa estaba construida sobre una estructura más antigua. Una mucha más vieja.

Arthur corrió de regreso al vestíbulo, gritándole a la Sra. Nibley quien comenzó a bajar las escaleras por sus gritos. "¿Qué pasa, mi señor? ¿Ha encontrado a Hallie?"

"¿Esta casa siempre ha estado aquí o alguna vez hubo una estructura más antigua en esta área?"

Sus ojos se iluminaron. "Oh, sí, tiene razón. Esta finca fue construida sobre los cimientos de un antiguo castillo".

Se miraron el uno al otro un momento antes de que Arthur reconociera el momento en que la señora Nibley tuvo el mismo pensamiento que él. Sus ojos se abrieron, recordándole a Hallie y haciéndole extrañarla aún más.

"Un castillo a menudo tiene una mazmorra."

"Mazmorra," dijo la Sra. Nibley al mismo tiempo que Arthur, mirando a su alrededor.

"No está en la cocina," dijo, antes de ir a las escaleras y abrir la puerta debajo de la escalera central. El espacio estaba vacío, salvo por algunos trapos de limpieza y una vieja escoba polvorienta. Regresó al vestíbulo, mirando al suelo. "¿Quizás una trampilla?"

Arthur frunció el ceño, notando que el polvo del suelo se había alterado más que en otros lugares. Se hizo a un lado, lo inspeccionó desde otro ángulo y siguió la perturbación hacia la pared donde se detuvo. "¿Qué demonios?," murmuró, acercándose a la pared y sintiendo los paneles de madera. Palpó a lo largo del cordón, sin sentir ninguna pequeña palanca o cerrojo escondido en la madera.

"Empuje la pared", dijo la Sra. Nibley, uniéndose a él y empujando más a lo largo de la pared como si esperara que la pared se abriera.

Hizo lo mismo y, para su sorpresa, la pared se soltó y una puerta se abrió a lo largo del reborde, revelando otra puerta. Arthur tomó una vela cercana, la encendió rápidamente con el pedernal al lado y la sostuvo en el vacío negro.

Escalera...

"¡Hallie!" gritó, sin escuchar nada a cambio. "Espere aquí, señora Nibley. Si no regreso dentro de una hora, vaya a la ciudad y pida ayuda. No estoy seguro de cuán estable y segura es esta estructura antigua. Mejor que no me siga".

"Por supuesto," dijo sin dudarlo.

Arthur entró en la parte antigua del edificio y comenzó a bajar las escaleras en espiral que estaban desgastadas en el centro por cientos de años de uso. El aire estaba fresco, mohoso y el agua se filtraba a través de la piedra cuanto más bajaba.

Al pie de las escaleras, que pensó que nunca terminarían, llegó a un espacio abierto que conducía a un pasillo más profundo en el suelo. Sacudió la cabeza, odiando la idea

de que Hallie pudiera estar aquí abajo. No era lugar para nadie. Incluso Arthur sintió el escalofrío del pasado arrastrándose sobre su piel y susurrando para retirarse.

Más adelante, de la oscuridad, apareció una puerta. Levantó su vela, sin ver ninguna luz proveniente del espacio. "Hallie, ¿estás aquí abajo?"

Un crujido y luego dos fuertes golpes sonaron al otro lado de la puerta. Se quedó quieto, su corazón latiendo fuerte en sus oídos, antes de escuchar el débil grito femenino de su nombre.

Corrió hacia la puerta, teniendo cuidado de no apagar la vela antes de desatornillarla y empujarla para abrirla. Tan pronto como la abrió, se vio envuelto en un abrazo feroz, con los brazos tan apretados alrededor de su cuello que pensó que podría desmayarse por falta de aire.

Arthur la sacó de la celda, abrazando a Hallie, frotando su espalda y tratando de contener su miedo de que él pudiera sentir latir a través de su cuerpo. Su piel estaba helada y se estremeció en su abrazo. "Estoy aquí. Te tengo" dijo él, besando la parte superior de su cabeza, arrullando pensamientos calmantes de estar a la luz del sol en unos minutos. De volver a ver a su hijo.

"Mi vela se apagó y no pude ver. No pude ver nada". Su sollozo desgarró su corazón y juró vengarse del bastardo que le había hecho esto.

Las lágrimas brotaron de sus ojos y tomó un respiro para calmarse, necesitando ser fuerte. "Ven." Le rodeó la cintura con el brazo y, tomando la vela, se volvió hacia las escaleras. "Vamos a llevarte a casa."

"Te preguntaría cómo me encontraste, pero tienes razón, lo único que quiero es salir de aquí, por favor. Solo necesito sentir el sol en mi piel y ver a mi hijo".

"Sé que lo haces" Subieron las escaleras y, a medida que se acercaban al vestíbulo, la escalera comenzó a verse desde la luz del sol del exterior. "Casi hemos llegado, Hallie. No dejaré que te pase nada. Estás a salvo conmigo". Mantendría esa promesa y descubriría a quienquiera que le hubiera hecho esto para asesinar al bastardo.

Hallie se despertó temprano a la mañana siguiente, el sol entraba por la ventana del dormitorio y la sacaba del sueño. Ella rodó sobre su espalda, con su cadera dolorida por estar acostada en el frío suelo de piedra del calabozo durante casi dos días. La idea de seguir allí, de que nadie la encontrara jamás hizo que un escalofrío le recorriera la espalda.

Miró alrededor de la habitación, pensando en Lord Duncannon, sólo para verlo durmiendo en una silla al lado de su cama, con la cabeza apoyada en el asiento y la boca un poco abierta en sueño. Incluso desaliñado como estaba ahora, seguía siendo el inglés más apuesto que había conocido y ayer, cuando escuchó su nombre en su voz, podría haber llorado de alivio. Bueno, quizás lo hizo un poco.

Como si sintiera que ella lo miraba, abrió los ojos, sus orbes azules se cerraron pesados, su cabello ladeado y levantado en algunos lugares. La urgencia de pasar los dedos por sus mechones rubios y domar su melena la abrumaba, contempló esos sentimientos y lo que significaban, incluso ahora, después de su terrible desacuerdo.

"Te quedaste."

Se frotó la mandíbula con la mano, sentándose para apoyarse en las rodillas. "¿Cómo te sientes esta mañana?"

Hallie se sentó y se apoyó contra la cabecera de la cama, tapándose el pecho con las mantas. "Estoy adolorida, mi cadera está magullada por dormir en el piso y creo que me he desgarrado algunos músculos. Tuve un pequeño altercado antes de que me metieran en la mazmorra".

Arthur gruñó ante sus palabras. ¿Quién te hizo esto, Hallie? Necesito saber."

"El señor Stewart". La idea de lo que ese hombre le había hecho pasar no le impedía contarle todo a Arthur. Merecía saber quién era y cómo sucedió. Este no era un secreto que ella pudiera ocultarle. Nunca más le ocultaría nada. "Contrató a dos hombres que parecían extranjeros para vigilar a mi hijo. Lo suficiente para que se volviera obvio para mi prima y su sirvienta. Me escribieron para que regresara a casa, pero ya me había ido cuando llegó la misiva. También había recibido una carta que decía que mi prima estaba enferma el mismo día que el barón me pidió que dejara su propiedad. Todas eran mentiras que el Sr. Stewart había inventado para que regresara a Berkshire".

Se encogió ante el recordatorio de su fracaso. "¿Y entonces?"

"Los hombres que estaban en Slough nos hicieron pensar a todos que la familia de Omar estaba aquí. Fui a enfrentarme a ellos en la posada, pero me dijeron que habían alquilado la propiedad de Sir Garrick. Cuando llegué me di cuenta de mi error. Era simplemente otra amenaza del Sr. Stewart y un medio para dejarme a solas. Nunca vi a los otros dos hombres de los que me había hablado mi prima, así que creo que no eran más que matones a sueldo. El Sr. Stewart me encerró en el calabozo sin intención de regresar. Si no me hubieras encontrado ..." Un estremecimiento sacudió su cuerpo. La idea de ser enterrada viva, muy bajo el suelo, donde nadie pudiera escuchar sus gritos de ayuda, le revolvió el estómago.

"Lo mataré."

El calor se filtró en sus huesos ante su intención de defenderla. Ella lo miró un momento, él también la estaba mirando, la preocupación y la calidez en sus ojos la hicieron preguntarse si él había cambiado de opinión. Que la hubiera encontrado ciertamente lo hacía parecer de esa manera. "¿Por qué estás aquí, mi señor?"

Se puso de pie y fue a sentarse al borde de su cama, tomando su mano. "Porque estaba equivocado. No debería haberte juzgado como lo hice. No debería haber colocado lo que pensaba mi familia, lo que la sociedad pensaría por encima de lo que yo sentía. Me he enamorado de ti. No serías la primera mujer en tener una vida antes del matrimonio. Nunca te lo reprocharé. Prometo en mi vida que no lo haré".

Hallie estudió sus manos entrelazadas. "Tu familia nunca me aceptará. Ya es bastante malo que sea pobre y no tenga un gran linaje para traer a tu familia, pero tengo un hijo. Nacido fuera del matrimonio y es mestizo. No estoy segura de que estés preparado para lo que eso significará para ti y tu familia. Por progresista que seas, o por tratar de ser, la sociedad es cruel y hay quienes caminan entre ella y no te volverán a recibir en sus casas, ni le ofrecerán amistad a mi hijo cuando llegue el momento de que ocupe su lugar en el mundo."

"Lucharé todos los días por el resto de mi vida para asegurarme de que Ammon sea tratado con el respeto que se le debe."

"¿De verdad lo harás, Arthur? ¿O simplemente está diciendo todo lo que deseo escuchar? En la finca del Barón Bankes, me contaste todas las razones por las que no funcionaría esto entre nosotros. No soy tonta. Sé que una de las razones es porque mi hijo nació fuera del matrimonio y es egipcio. No permitiré que te resientas con él en un tiempo si otros nos dan la espalda. Si alguna vez hicieras eso, sin importar el escándalo, nuestro matrimonio terminaría. Así que, si realmente quieres decir lo que dices, debes hacerlo sinceramente y de todo corazón".

"Sí, Hallie. Por mi alma, nunca te defraudaré".

Quería creerle, pero era un lord, un vizconde. Para ella, el matrimonio significaría muchos sacrificios. Entregarse a él, permitirle convertirse en la figura paterna de su hijo en su joven vida, era una apuesta de la que no estaba segura. Ella jugueteó con su ropa de cama, incapaz de encontrar su mirada. Tantos pensamientos pasaron por su mente, sus palabras pasadas, la declaración de Arthur ahora. Negación de todo lo que él la hacía sentir. Negarse a aceptar que su corazón había sido tocado una vez más. Todo confuso y complicado para su mente.

La puerta de la habitación se abrió de golpe y Ammon entró corriendo, saltando sobre su cama y envolviendo sus pequeños brazos alrededor de su cuello. Ella lo atrajo, respirando profundamente el aroma de su cabello. Tenerlo de nuevo en sus brazos, volver a verlo, era la mejor medicina para sus músculos doloridos y su cadera magullada.

"Mamá, has vuelto. Pensé que te habías ido de nuevo".

"Estoy aquí ahora, cariño, y nunca más nos separaremos."

Él se echó hacia atrás y ella apartó un mechón de pelo del ojo de su hijo. Tenía los ojos de su padre, de un marrón intenso con motas doradas que le recordarían para siempre la cálida tierra egipcia. Como si recordara que había otra persona en la

habitación, Ammon se volvió hacia Arthur, sonriendo.

"Buenos días, Lord Duncannon. Gracias por traer a mi mamá a casa".

Hallie observó las reacciones de Arthur hacia su chico y no vio nada más que dulce diversión e interés en sus orbes azules. Sin cálculo sobre qué hacer con él para apartarlo de la vista, para mantener a su hijo oculto de la esfera social por la que circularían. Lord Duncannon simplemente miró a su hijo, un niño de modales dulces que estaba feliz de tener a su madre de vuelta y sonrió.

"De nada, Ammon. Te dije que la traería a casa, ¿no es así?"

"Lo hiciste. Cuando la señorita Smith me explicó lo que era un lord, sabía que no fallaría."

Arthur se rio entre dientes y Hallie sonrió ante su intercambio. Su hijo, siempre el niño curioso, se sentó con las piernas dobladas sobre la cama y miró entre ellos, entrecerrando los ojos, pensativo.

"¿Amas a mi mamá?"

Hallie parpadeó para aclarar la visión nublada que le provocó la pregunta de su hijo. No podía decir por qué estaba llorosa por una pregunta así. El temor de que él pudiera negar tales sentimientos, o peor aún, afirmar que lo hace.

"Amo mucho a tu mamá, pero he sido un tonto estos últimos días y por eso me encuentras, Maestro Ammon, arrastrándome a los pies de tu mamá, suplicando perdón."

Una sonrisa apretó sus labios y suspiró.

"Mamá, deberías perdonarlo. Se ve triste y siempre me dices que cuando la gente se ve triste debemos intentar hacerlos felices. Creo que, si te casaras con él, sería feliz". Su hijo asintió con la cabeza como si fuera la mejor idea.

"Creo que Ammon tiene razón. Deberías casarte conmigo y hacerme feliz. Y hacerte feliz a ti también."

Hallie miró a su hijo, su dulce rostro iluminado por la esperanza. En cuanto a Arthur, sus ojos se habían nublado por la incertidumbre ante su continuo silencio. Se mordió el labio, confundida si debía arriesgar su corazón por segunda vez. El recuerdo de Arthur tomándola en sus brazos después de encontrarla en la mazmorra nadó por su mente. Había venido por ella. La había salvado de una muerte terrible y agonizante.

"Prométeme que nunca me decepcionarás, Lord Duncannon y me casaré contigo."

Sonrió mientras Ammon aullaba de alegría, aplaudiendo. Arthur atrajo a su hijo en un abrazo de celebración y las lágrimas que ella había estado conteniendo cayeron desatendidas. Nunca había visto a su hijo ser abrazado por un hombre, no solo ningún hombre, sino por su hombre. Su futuro esposo.

Arthur buscó dentro del bolsillo de su abrigo, sacando una pequeña caja antes de mostrársela. "Cásate conmigo, mi hermosa, inteligente y amorosa Hallie."

"Sí, sí, sí," vitoreó su hijo, riendo.

Hallie miró el anillo de diamante solitario amarillo. Nunca había visto algo tan hermoso. Ella inhaló y asintió. "Sí, me casaré contigo, mi comprensivo, amoroso y protector Arthur."

Ella sonrió cuando él la atrajo hacia un abrazo feroz, besándola profundamente, sin prestar atención a nadie a su alrededor. Su hijo hizo un sonido de disgusto y ella lo

escuchó salir corriendo de la habitación, gritando por su prima.

"Ammon parece muy complacido," dijo Arthur, mientras ella le dejaba retroceder a regañadientes.

"Y yo también. Siento no haber sido más honesta contigo. Prometo no ocultarte nada más".

Le secó las lágrimas de las mejillas con los pulgares y la besó suavemente. "Entiendo por qué lo hiciste. No volveré a hacerte daño, Hallie. Ni a Ammon. Te doy mi palabra de caballero y de hombre que te ha adorado desde el momento en que detuviste tu carruaje y me miraste como si fuera un loco. Me enamoré de ti ese día y nada ha cambiado esa emoción en mí. Te amo mucho." La atrajo hacia él, abrazándola con fuerza. El anhelo familiar se elevó en ella y no pudo evitar besarlo a lo largo de su cuello, hacia su oreja.

"Te pensé tan guapo, tan intocable la primera vez que te vi. Creo que yo también me enamoré un poco."

Él gimió cuando ella le mordió el lóbulo de la oreja. "¿Solo un poco enamorada?"

"Te dije que nunca más te ocultaría nada ni te mentiría. Te estoy diciendo la verdad."

La empujó hacia las almohadas y la besó profundamente. El calor la recorrió y no pudo evitar desear que estuvieran solos, encerrados en una habitación y ya siendo marido y mujer. "Hmm. Quizás ahórrame esas verdades. Un hombre tiene sus límites".

Ella se rio entre dientes, deslizando la mano por debajo de su camisa y sintiendo los músculos tensos flexionarse bajo sus dedos. "¿Tú lo haces?"

"Lo hago, y permítame ser honesto ahora, señorita Evans, usted me está empujando al borde del mío ahora mismo."

"Bien, porque tú también me empujas también." No es que no le gustara cada momento.

Dos años después, Somerset

Hallie escuchó el terrible y fuerte bramido de un animal que no había pensado escuchar emanando de su jardín en Somerset. Se levantó de su escritorio donde estaba mirando los últimos hallazgos en el castillo que estaba ayudando a Arthur a renovar y miró por la ventana. "¿Qué diablos?," jadeó, incapaz de creer lo que estaba viendo.

Un camello.

"¿Qué estás haciendo, querido?" murmuró para sí misma, mirando con diversión cómo su hijo se acercaba cautelosamente a donde estaba Arthur, de pie junto a él mientras el camello se inclinaba para sentarse en el suelo, con las dos patas delanteras primero, seguidas de las traseras.

Se frotó la barriga cada vez mayor mientras el bebé pateaba, riendo cuando el camello soltó un gemido de tristeza.

Hallie se acercó a las puertas que daban a la terraza y las abrió de un empujón y se situó junto a la balaustrada. "¿Debería preguntarte qué estás haciendo, Arthur?"

Se rio y le mostró a Ammon que no tenía nada que temer al tocar el cuello del camello. Llamó a un hombre al que no había visto apartarse. El dueño del camello, supuso.

Arthur la besó cuando se acercó a ella y le rodeó la cintura con el brazo. "Con nuestros viajes al extranjero planeados para los próximos dos años, pensé que era necesario mostrarle un camello a Ammon. Los montaremos, no tengo ninguna duda, cuando lleguemos a Egipto".

Ella puso los ojos en blanco, riéndose de su previsión. "Tienen caballos en Egipto, ¿sabes? Carruajes también. No es necesario que montemos camellos".

Se encogió de hombros, sus ojos brillaban con diversión. "¿Dónde está la diversión en eso?" Dijo, lanzándole una sonrisa malvada que dos años después de su matrimonio todavía hacía que su corazón se acelerara y dejara de latir.

Arthur había cumplido todas las promesas que le había hecho ese día en la casa de su prima. Se había vengado del Sr. Stewart. Había contratado a un corredor callejero de Bow y había arrestado al hombre por soborno y secuestro en un infierno de juego que era propiedad de uno de los amigos de Arthur. Un hombre que Hallie nunca había conocido, pero que al parecer había sido amigo del duque y de lord Duncannon desde Eton.

Hallie no pudo evitar sentir pena por el señor Stewart viviendo sus días en la prisión de Newgate. No sería un lugar en el que ella alguna vez desearía estar, pero luego, cada vez que tenía esos pensamientos, se recordaba a sí misma que todo lo que tenía ahora habría sido imposible si el plan del Sr. Stewart hubiera tenido éxito.

En cuanto a Ammon, bueno, Arthur se había destacado como su padrastro. Eran un par que se podía ver en la finca. Siempre tenían sus cabezas juntas, hablando de libros y caballos, uno de los animales favoritos de Ammon y uno que su nuevo esposo le había

regalado a su hijo al casarse. Un caballero siempre tenía un caballo, había declarado Arthur.

Arthur levantó a Ammon en el camello y ella se agarró a la barandilla. "No estoy segura de que sea una buena idea. Es muy alto allí".

"No, mamá, será divertido."

Con el corazón en la boca, vio cómo el camello se ponía de pie, los ojos de su hijo se agrandaron ante la brusca acción y la altura. "Agárrate fuerte, Ammon."

Arthur se acercó a ella mientras el dueño lo conducía por el patio. "Tengo algo que decirte."

Hallie vigiló a Ammon, asegurándose de que no se cayera. "¿Qué es?"

"Ammon me llamó papá esta mañana durante el desayuno". Hallie jadeó, volviéndose para mirar a Arthur. "¿Lo hizo?"

Su visión se volvió borrosa y se mordió el labio, nunca pensó que él llamaría a alguien con ese término. Habían sido honestos y le habían hablado de su padre, de lo valiente y bueno que era. La carta que el Sr. Stewart había escrito a la familia de Omar no provocó la respuesta que él deseaba. De hecho, la familia respondió con una sola carta, disputando su reclamo y pidiendo no ser contactada nuevamente. Hallie se había sentido decepcionada por Ammon, que merecía saber de dónde venía tanto como cualquiera, pero esperaba ese tipo de respuesta. No la habían recibido en su casa cuando Omar estaba vivo, era poco probable que lo hicieran ahora que él se había ido.

"Lo hizo y eso me lleva a qué más he decidido hacer." Arthur tomó su mano y la besó.

"¿Por favor dime que no te vas a quedar con el camello?" Él rio entre dientes. "No, eso no. Pero he decidido dejarle Cadding Castle a Ammon tras mi muerte. Esa parte de la tierra no está vinculada y con ella incluiré varios miles de acres para mantener la propiedad. El castillo será reconstruido en un par de años y me gustaría verlo pasar a mi hijo mayor, aunque no sea mío por sangre, es mío en todos los demás aspectos. Quiero que sepa que lo amo tanto como amaré al niño pequeño que hemos creado. No veré que ninguno de mis hijos se quede sin nada."

Hallie se arrojó a los brazos de Arthur. ¿Cómo había sido tan afortunada? "Eres demasiado para mí. Gracias, Arthur. Gracias por hacer algo tan maravilloso por nuestro chico. Si Omar estuviera aquí, te agradecería por cuidar y amar a Ammon cuando él no pudo".

Él se echó hacia atrás y le tomó la cara entre las manos. "¿Qué es la vida si no es para vivir, para amar y hacer felices a los que amas? Te amo, Hallie, muchísimo. Ammon no es solo tu hijo, también es mío."

Hallie lo besó, profundo y largo. Un dolor embriagador le recorrió las venas y le rodeó el cuello con los brazos. Si tan solo pudieran subir las escaleras, desaparecer por unas horas... "Yo también te amo. Gracias por ser mía".

Él le lanzó una sonrisa maliciosa. "Gracias por decir que sí. Siempre supe que seríamos perfectos el uno para el otro".

Y lo eran... perfectamente felices.

NOTA DE LA AUTORA

Como probablemente habrás notado, tomé cierta licencia creativa con respecto a que mi heroína era una arqueóloga / egiptóloga / historiadora. Por supuesto, durante el período de la Regencia, esas posiciones no estaban abiertas a su sexo, pero quería que tuviera la vida que anhelaba.

Las mujeres han recorrido un largo camino desde el ostracismo de estas carreras, pero eso no significa que en el siglo XIX las mujeres no siguieron el camino de las que vinieron más tarde y querían explorar y aprender sobre civilizaciones perdidas. y culturas.

Algunas de estas mujeres, a las que les recomiendo que miren y admiren, se enumeran a continuación.

Margaret Murray (1863-1963)

Gertrude Bell (1868-1926)

Gertrude Caton-Thompson (1888-1985)

Dorothy Garrod (1892-1968)

Royal House of Atharia Series

TO DREAM OF YOU

A ROYAL PROPOSITION

FOREVER MY PRINCESS

League of Unweddable Gentlemen Series

TEMPT ME, YOUR GRACE

HELLION AT HEART

DARE TO BE SCANDALOUS

TO BE WICKED WITH YOU

KISS ME DUKE

THE MARQUESS IS MINE

LEAGUE - BOOKS 1-3 BUNDLE

LEAGUE - BOOKS 4-6 BUNDLE

Kiss the Wallflower series

A MIDSUMMER KISS

A KISS AT MISTLETOE

A KISS IN SPRING

TO FALL FOR A KISS

A DUKE'S WILD KISS

TO KISS A HIGHLAND ROSE

KISS THE WALLFLOWER - BOOKS 1-3 BUNDLE

KISS THE WALLFLOWER - BOOKS 4-6 BUNDLE

Lords of London Series

TO BEDEVIL A DUKE

TO MADDEN A MARQUESS

TO TEMPT AN EARL

TO VEX A VISCOUNT

TO DARE A DUCHESS

TO MARRY A MARCHIONESS

LORDS OF LONDON - BOOKS 1-3 BUNDLE

LORDS OF LONDON - BOOKS 4-6 BUNDLE

To Marry a Rogue Series

ONLY AN EARL WILL DO

ONLY A DUKE WILL DO

ONLY A VISCOUNT WILL DO

ONLY A MARQUESS WILL DO

ONLY A LADY WILL DO

A Time Traveler's Highland Love Series

TO CONQUER A SCOT

TO SAVE A SAVAGE SCOT

TO WIN A HIGHLAND SCOT

Time Travel Romance

DEFIANT SURRENDER

A STOLEN SEASON

Scandalous London Series

A GENTLEMAN'S PROMISE

A CAPTAIN'S ORDER

A MARRIAGE MADE IN MAYFAIR

SCANDALOUS LONDON - BOOKS 1-3 BUNDLE

High Seas & High Stakes Series

HIS LADY SMUGGLER

HER GENTLEMAN PIRATE

HIGH SEAS & HIGH STAKES - BOOKS 1-2 BUNDLE

Daughters Of The Gods Series

BANISHED-GUARDIAN-FALLEN

DAUGHTERS OF THE GODS - BOOKS 1-3 BUNDLE

Stand Alone Books

TO SIN WITH SCANDAL

OUTLAWS

ACERCA DE LA AUTORA

Tamara es una autora australiana que creció en una antigua ciudad minera al sur de Australia, donde se originó su amor por la historia. Tanto es así, que hizo que su querido esposo viajase al Reino Unido con ella para celebrar su luna de miel, momento donde le arrastró desde los monumentos históricos hacia los castillos y viceversa.

Es madre de tres, dos pequeños caballeros en crecimiento, y una futura lady (eso espera ella) y un trabajo de medio tiempo la mantienen ocupada en el mundo real, pero cada vez que encuentra un momento de paz, ama escribir novelas románticas en una plétora de géneros, incluyendo las regencias, el medievo y viajes en el tiempo.

www.tamaragill.com
tamaragillauthor@gmail.com

